



# DESEO

TRILOGÍA  
BEST SELLER  
DEL  
*NEW YORK  
TIMES*

# MEGHAN MARCH



VERGARA

# DESEO

Meghan March

Traducción de Ana Isabel Domínguez Palomo  
y M.<sup>a</sup> del Mar Rodríguez Barrena



SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

## Acerca de este libro

Lo que es mío lo conservo, y eso incluye a Keira Kilgore.

Ya no me basta con mantenerla endeudada conmigo. Ya no me basta con poseer su cuerpo.

Quiero algo más.

Aunque intente resistirse, jamás renunciaré a ella.

Nada nos separará.

Ni ella. Ni mis enemigos. Nadie.

Su deuda solo podrá saldarse de una forma: con su corazón.

*Deseo* es el tercer y último libro de la trilogía Mount.

## Mount

*Veintiocho años antes*

—¡Tú, desgraciado! ¡Ven aquí! Irás a la cárcel por esto.

Me interné entre la multitud, golpeando a los turistas al pasar por su lado y girando de un lado para otro con la intención de despistar al hombre que me perseguía. Una lástima, porque no pude aprovechar la distracción para robar más carteras repletas ni más relojes buenos.

Y todo porque quería comerme una barrita de Snickers para calmar el hambre durante unas cuantas horas y no me apetecía desprenderme de parte del dinero que tanto me había costado ganar. Vivir en las calles de Nueva Orleans siendo un niño no era para pusilánimes. La cara oscura de esa ciudad podía devorarte y escupirte en un abrir y cerrar de ojos.

«No hagas amigos. Haz aliados. Pero no te atrevas a confiar en ellos más de la cuenta.»

—¡Te he pillado, chaval! ¡La policía viene de camino! ¡Esta vez no escaparás!

Ernie, el dueño del supermercado donde más fácil era robar en todo el Barrio Francés, estaba decidido a mandarme al trullo sí o sí, el muy imbécil. Pero antes tenía que pillarme.

Nadie conocía mejor que yo las calles de Nueva Orleans después de haber vivido tres años en ellas.

Corrí entre la multitud, me interné en un callejón y me colé entre los dos

barrotes doblados de una verja de hierro. El gordo de Ernie no pasaría por ese hueco tan pequeño. Corrí por un callejón adoquinado y acabé topándome con una puerta metálica. Cerrada. No era un problema para mí, joder.

Trepé por ella como si fuera un mono y salté al otro lado. Ese gilipollas no me encontraría, porque estaba al otro lado de la manzana. Me metí las manos en los bolsillos y saqué las carteras que había robado antes de entrar en el supermercado de Ernie. Tenía que librarme de ellas por si acaso me pescaban.

Miré a un lado y a otro de la calle, antes de darme media vuelta para abrir una de ellas. Saqué dos billetes de veinte. No estaba mal. Con eso tendría para comer durante dos semanas. Le eché un vistazo al carnet de identidad antes de tirar la cartera a la alcantarilla.

Rocky Mount. Qué pardillo. ¿Cómo se le había ocurrido a alguien ponerle ese nombre a su hijo?

Tan pronto como lo pensé, desterré la idea. Por lo menos se habían molestado en ponerle un nombre cuando nació.

Abrí la segunda cartera y encontré un billete de cien nuevecito. Genial. Si me andaba con ojo, podría vivir tranquilo durante un par de meses. O, si quería arriesgarme, podía doblar esa cantidad.

Miré el segundo carnet de identidad. Lachlan Thorpe. Mejor que Rocky Mount. Un poco mejor, por lo menos.

Arrojé la segunda cartera a la alcantarilla y rasgué el envoltorio de la barrita de chocolate, que me metí entera en la boca para librarme del resto de las pruebas y mastiqué aunque se me pegara a las muelas. El vacío que tenía en el estómago pareció agrandarse en espera de lo que sabía que estaba por llegar. Intentaba no pasar más de dos días sin comer, pero a veces no podía elegir.

Volví la cabeza al oír la voz de Ernie.

—¡Te pillé, ladrón!

Mierda.

Lo vi doblar la esquina, ese corpachón seguido por dos policías, y eché a correr en la dirección contraria.

Yo era más rápido. Más listo. Al menos, eso era lo que me decía mientras volaba sobre el pavimento agrietado.

—¡Para, niño!

Oía los pasos acercándose a mí y miré hacia atrás cuando llegué al cruce en vez de mantener la vista al frente.

Error de principiante.

Un Mercedes negro se saltó la señal de STOP y me arrolló.

«Mierda, esto duele.»

Tensé el cuerpo por el impacto, pero logré encogerme y rodar por encima del capó. Golpeé el parabrisas delantero con los codos cuando el coche frenó en seco y me envió de nuevo hacia delante. Algo me golpeó en el costado antes de caer al suelo y estrellarme contra el asfalto.

«Joder, esto sí que duele.» Contuve un gemido mientras plantaba las manos en el suelo para incorporarme.

Ernie y los policías, todos gritando como idiotas, corrieron hacia mí.

Me puse en pie a duras penas. Si no quería que me pescaran, tenía que salir pitando.

Descubrí que un tobillo me dolía horrores cuando intenté apoyar el peso en él, lo que hizo que acabara cayéndome hacia delante y me aferrara al coche en un intento por mantener el equilibrio. Me ardían las costillas por el dolor, pero apreté los dientes. No era la primera vez que me las rompía, así que sabía por experiencia que iba a pasarlo mal. Solo tenía que largarme de allí. Encontrar un sitio donde refugiarme antes de desmayarme por el dolor. Porque si llegaba a ese extremo, sería el final para mí.

Las puertas del coche se abrieron. La del conductor y una de las traseras.

Me aferré a la insignia doblada para mantenerme en pie y no caer de rodillas al suelo.

«Joder con los ricos y sus coches caros con la mierda de los adornos estos.»

—¡No te muevas de donde estás, chaval! Vas a la cárcel de cabeza ahor...

Ernie dejó la frase en el aire justo cuando empezaba a ver motitas negras con mi visión periférica e intentaba enfocar la vista al frente. Tanto el dueño de la tienda como los policías que lo seguían parecían haberse quedado paralizados en mitad de la calle.

—Señor Morello, lo siento mucho, señor. Quitaremos a este desgraciado de su camino ahora mismo. —Eso lo dijo uno de los policías.

—Caballeros, ¿les importaría explicarme qué está pasando aquí? —preguntó una voz ronca con un leve acento italiano.

Morello. Morello. Mi cerebro no funcionaba como debería, pero el nombre me sonaba. Debería conocerlo. Morello.

—Solo es un ladronzuelo de los que viven en la calle. Llevo dos años intentando pillarlo.

La explicación de Ernie se ganó una carcajada ronca.

—O es más listo que el hambre o ustedes son unos incompetentes del copón. ¿Cuál es el motivo correcto? —El tono del hombre no transmitía el menor respeto por los policías ni por Ernie y fue entonces cuando se me encendió la bombilla.

¡Mierda! Morello era Johnny Morello, el capo de la familia Morello. La mafia que dirigía la ciudad. Los dueños de la ciudad.

Lo mirara como lo mirase, la había cagado. Había abollado el coche de Morello, y su escolta seguro que me metía un tiro en la cabeza por eso, mientras los policías miraban sin decir ni pío porque ese hombre era intocable. Intocable. Y si el escolta no me mataba, me dejaría en manos de la

policía y de Ernie, y no me cabía duda de que ese sería mi final. De un tiempo a esa parte trataban a los niños como adultos por cualquier cosa que hacían. Ernie lucharía con uñas y dientes para enviarme a la cárcel de por vida.

Mientras seguía apoyado en el coche para poder mantenerme en pie, vi que dos lustrosos zapatos negros aparecían en mi campo de visión. Tragué saliva para no vomitar encima del Mercedes y de los zapatos, y me obligué, en cambio, a enderezar la espalda pese al dolor punzante de las costillas cada vez que respiraba.

—¿Cómo te llamas, chaval? —me preguntó Morello en voz baja, pero con una autoridad inconfundible. Según tenía entendido, no era un hombre al que pudieras joder y salir con vida.

Enfrenté su mirada, decidido a no demostrar miedo, que era más de lo que podía decir de Ernie y de los policías. «Seguro que se han meado encima.»

Llevaba dos años viviendo sin nombre en la calle. Había dejado a Michael Arch detrás del contenedor desde donde vi cómo la asistente social se llevaba a Hope y a Destiny del albergue de la iglesia. Nací sin nombre y había vivido sin él. Pero no podía decirle eso a Johnny Morello. Y ni de coña iba a decirle que me llamaba Michael Arch. Era posible que todavía lo buscaran por asesinato.

—Jamás me repito, muchacho.

Alguien me dio un empujón en la espalda y me enderecé mientras las costillas protestaban, si bien no pensaba demostrar el dolor.

Los ojos negros de Morello me taladraron mientras me devanaba los sesos en busca de un nombre que decirle. Recordé los carnets de identidad que había tirado a la alcantarilla y me inventé algo sobre la marcha.

—Me llamo Lachlan Mount, señor. Siento haberle abollado el coche. No ha sido mi intención. No quería faltarle el respeto.

Morello me observó, sin duda percatándose de mi desastrosa apariencia, mi

mirada acerada y mi cara demacrada.

—Lachlan Mount. Un nombre con fuerza para un chico listo. ¿Eres un chico listo, Mount?

—Sí, señor.

—¿Llevas dos años dándole largas a la poli? —Entrecerró los ojos como si esperara que le mintiese. Pero Morello desconocía que yo ya no tenía nada que perder.

—Sí, señor.

Levantó un poco esas cejas oscuras.

—Entonces hoy no te han salido bien las cosas.

—No, señor. Nada bien. —Apreté los dientes porque el dolor empeoraba cuanto más rato estaba de pie.

—Mount, me has jodido el coche. Así que estás en deuda conmigo.

Asentí con la cabeza y me metí la mano en el bolsillo para sacar el dinero que acababa de robar.

—Lo siento, señor. —Le entregué el dinero—. Esto es todo lo que tengo.

Él miró los billetes que le ofrecía y se echó a reír. Una carcajada grave y estentórea que pareció reverberar en los altos edificios de ladrillo que nos rodeaban y que me habían bloqueado la huida.

—Chaval, ¿sabes cuánto cuesta este coche? Porque lo que tienes en la mano ni siquiera va a arreglar el adorno del capó.

—Es lo único que tengo, señor.

Esperé a sentir el roce del cañón de una pistola en la nuca; porque, según tenía entendido, esos tíos de la mafia preferían asesinar a sus víctimas como si las ejecutaran, pero no pasó nada.

Morello ladeó la cabeza sin dejar de observarme.

—¿Cuánto has tardado en robar ese dinero?

—Unos minutos. Lo pillé de camino a la tienda del gordo asqueroso ese.

—¡Oye! —protestó Ernie, dispuesto a defenderse, pero Morello levantó una mano y guardó silencio al instante.

Morello se frotó el bigote, que ya empezaba a lucir algunas canas, y siguió mirándome.

—¿Cuántos años tienes, Mount?

Cuanto más repetía el apellido que yo me había inventado, más me gustaba. Me parecía adecuado. Como si hubiera nacido con él.

Cuadré los hombros, pese al insoportable dolor. Tenía orgullo, y eso era más fuerte.

—Quince, casi dieciséis. —Me inventé lo último porque, en realidad, no tenía ni idea de cuándo era mi cumpleaños.

Morello se apartó la mano del bigote y me atravesó con su mirada.

—Mount, te voy a ofrecer tres opciones hoy, porque me siento generoso.

Guardé silencio, a la espera de oír la sentencia que estaba a punto de pronunciar.

—La primera, te entrego a la policía y ellos te tratan como a un adulto y te envían a la cárcel. Dudo mucho que pase un solo día antes de que alguien te convierta en su juguete preferido.

Me obligué a no reaccionar, aunque sus palabras me provocaron unas ganas enormes de vomitar, porque sabía que tenía razón.

—La segunda, Frankie te pega un tiro aquí mismo por haber jodido mi coche preferido y después te tiramos a una cuneta, que seguramente es donde siempre has pensado que acabarías.

No se equivocaba mucho, pero no dije ni mu.

—La tercera, te subes al coche, te llevamos al médico para que te eche un vistazo y trabajas para pagarme la deuda que me debes por la reparación del coche. Si no la cagas, a lo mejor encajas y hasta consigues un trabajo de verdad en vez de ir por ahí robándoles a los turistas.

Uno de los policías por fin le echó huevos y dijo:

—Señor Morello, si no le importa, nosotros nos encargaremos de él. No es necesario que usted se moleste...

Morello lo miró al instante y lo interrumpió.

—Si quisiera tu opinión, so cerdo, te la pediría. Cierra la puta boca.

Su mirada regresó a mi cara mientras oía que alguien desenfundaba una pistola. Supuse que era Frankie, el escolta de Morello, preparándose para llevar a cabo la segunda opción o para matar a un policía a plena luz de día.

Me cagué por dentro, pero no lo demostré. Y tomé la única decisión posible.

—La tercera, señor. Elijo la tercera opción.

Morello asintió con la cabeza.

—Me lo imaginaba, porque no eres tan tonto como esos gilipollas. — Señaló a los policías con un gesto de la cabeza antes de mirar por encima de mi hombro—. Mételo en el coche. Llama al médico y avísalo para que se prepare.

Tan pronto como me puso las manos encima, me di media vuelta y apreté los dientes para no soltar un grito de dolor.

—Puedo subir al coche solo.

Un brillo jocosó apareció en los ojos de Frankie.

—Siéntate delante, chaval.

Cojeé hasta la puerta, la abrí y prácticamente me derrumbé sobre el asiento antes de cerrarla de nuevo. Por suerte, nadie pudo oírme sisear por el dolor, porque Morello y Frankie seguían fuera, hablando con Ernie y los policías. Sus voces se oían altas y claras porque la puerta trasera estaba abierta.

—Señor, sin ánimo de ofender...

—Jamás habéis oído el nombre de Lachlan Mount. Nunca lo repetiréis. Nunca lo habéis visto. Olvidaréis que existe. Ahora forma parte de mi

organización, y como se os ocurra ir a por él, le ordenaré a mi gente que os despelleje vivos y yo me reiré a carcajadas mientras gritáis como los cerdos que sois. ¿Os gusta la idea?

Los tres hombres, incluyendo los dos vestidos con uniforme, asintieron con la cabeza como idiotas y balbucearon sus respuestas.

—Entendido, señor.

—No lo he visto en la vida.

—No sé de quién está hablando, señor Morello. Ahora mismo volvemos a la comisaría.

El miedo que les provocaba Morello era evidente, como si fuera un mal olor que emanaba de sus cuerpos. O a lo mejor uno de ellos se había cagado en los pantalones. A juzgar por el temblor de los policías, no me extrañaría. Además, estaba la mancha húmeda que se extendía por los pantalones de Ernie.

Se había meado encima. Joder, qué fuerte.

Claro que tampoco me sorprendía. El porte de Morello era severo. Sus órdenes, absolutas. No me cabía duda de que los habría matado a todos allí mismo y habría cumplido todo lo que había dicho al pie de la letra.

Nunca había visto antes ese tipo de poder en acción. Nunca había visto ese miedo en la cara de un policía. Me dejó fascinado.

¿Qué se sentiría al ostentar semejante respeto?

Morello se sentó en el asiento trasero del Mercedes y Frankie cerró la puerta.

—Mount, no hagas que me arrepienta de esto, porque te aseguro que te enterraré vivo si me traicionas o traicionas a los míos, joder.

—Entendido, señor. No se arrepentirá.

—Bien.

Frankie se sentó al volante y arrancó el coche que me había salvado la vida.

En algún momento del accidentado trayecto hasta el lugar al que nos dirigíamos, me desmayé por el dolor.

## 2

### Keira

#### *En la actualidad*

El dolor me consume cuando recupero el conocimiento. La puerta del coche se abre de repente, y la fuerza de la gravedad hace que me caiga de lado. Unos fuertes brazos detienen mi caída.

—Te tengo. Abre los ojos, fierecilla. Abre los ojos por mí, joder. Me cago en la puta, no te voy a perder ahora.

Esa voz. Grave. Ronca. Pecaminosa. Era la voz del diablo, pero ha dejado de serlo. Ahora es la voz del hombre que me enfurecía no poder retener una vez de regreso en Nueva Orleans.

Parpadeo y tengo la sensación de que tengo una brecha en la cabeza, donde me golpeé contra la ventanilla cuando giramos en la esquina y nos estampamos contra la farola. El dolor me martillea las sienes. Cuando enfrento esos ojos oscuros que conozco tan bien, su temor se transforma en alivio. La ardiente pasión que veía en esos ojos solía provocarme escalofríos de pánico, pero ahora me da fuerzas.

—Joder, gracias a Dios. —Su frente roza la mía, y aspiro su olor cítrico y amaderado.

—¿Crees que te ibas a librar de mí tan fácilmente? —Hablo con lengua de trapo, arrastrando las palabras, sin la seguridad que quería transmitir. Intento sentarme, pero siento un dolor lacerante en el costado.

—Joder, me duele. ¿Qué ha pasado?

—No importa. Te vas a poner bien. Te juro por mi vida que te vas a poner bien.

Su forma de decirlo, con una convicción absoluta y enfatizando las palabras, hace que lo crea.

Aparto la mirada de sus ojos y me percato de la sangre que me cubre la ropa y de que hay cristales por todas partes.

—Ay, mierda.

Me toma la cara entre sus fuertes manos y me obliga a mirarlo de nuevo a los ojos, pero no antes de que vea la sangre que le mancha la ropa también a él.

—Ay, Dios, necesitamos ayuda.

—No nos va a pasar nada. ¿Me entiendes? Tienes que mantener la cabeza fría. ¿Serás capaz?

Asiento con la cabeza aunque tengo la sensación de que me va a estallar por el dolor. La bilis me sube por la garganta.

—No pienses en el dolor, Keira. Puedes hacerlo.

Trago un poco de saliva y me estremezco.

—Puedo hacerlo —le aseguro, aunque no sé si estoy mintiendo o no.

—Muy bien. —Se quita la chaqueta y me la pega al costado—. Aprieta con esto como si te fuera la puta vida en ello. ¿Me entiendes?

Cuando Lachlan Mount dice que hagas algo como si te fuera la vida en ello, tal vez sea así. Recuerdo el miedo que he visto en sus ojos hace un momento.

—¿Me estoy muriendo? —En vez de tristeza, la rabia me consume. «No estoy preparada. No he terminado con este mundo. No he terminado con este hombre», me digo.

—No te estás muriendo, joder. No pienso permitirlo —dice, imprimiéndoles a las palabras una voluntad férrea y una tenacidad feroz.

—Vale. —Me pego la chaqueta con más fuerza sobre el lugar donde más me

duele en el costado derecho al tiempo que él me rodea la espalda con un brazo.

—Vamos a largarnos de aquí cagando leches. Mi gente viene de camino. Agárrate fuerte.

Asiento de nuevo con la cabeza y se me nubla la vista con cada movimiento mientras Lachlan me saca del coche, agazapado en todo momento, antes de rodearlo para detenerse entre el capó destrozado y el edificio contra el que ha quedado. Se tambalea con un gruñido, y esa muestra de sufrimiento me duele más que mis heridas.

—Para. Estás herido. No...

—No hasta que estés a salvo. No pienso permitir que corras ningún riesgo, joder. ¿Dónde coño se han metido? —Mueve la cabeza de un lado a otro mientras la oscuridad amenaza con engullirme de nuevo.

¿Qué me pasa en la cabeza?

Me obligo a mantenerme despierta, porque ni de coña pienso perder el conocimiento otra vez. Soy más fuerte.

Le doy un apretón en la mano para llamar su atención.

—Yo tampoco pienso perderte. ¿Me entiendes? Deja de ser tan cabezón, joder.

Me mira a los ojos, y toda muestra de dolor desaparece cuando esboza una sonrisilla torcida.

—Trato hecho.

Oímos el chirrido de unas ruedas en el asfalto y vuelvo la cabeza, aunque hago una mueca cuando el dolor me invade las sienes. Sin embargo, no puedo ver nada porque Lachlan gira el cuerpo y me estrecha con fuerza hasta darle la espalda al coche que se avecina. ¡Está haciendo de escudo humano!

—No te atrevas a...

—Cierra la boca, Keira. En lo que a ti respecta, haré todo lo que tenga que

hacer. —Una fuerte mano me sujeta por la nuca y me pega la cabeza a su pecho.

Otro coche se detiene en seco, y el ruido de las puertas al abrirse se abre paso en mi dolorida cabeza. Los pasos resuenan sobre el asfalto mientras Lachlan vuelve la cara.

—Joder, menos mal —susurra, y su cuerpo se relaja al tiempo que se da la vuelta, y por fin veo a Cicatriz.

Otra cara que hasta hace poco solo me inspiraba miedo ahora me provoca un enorme alivio. Cicatriz corre hacia nosotros, tan silencioso como de costumbre, pero lleva la furia escrita en la cara.

Lachlan me pega con más fuerza a su pecho.

—Llévatela. Enciérrala. Tu vida por la suya. ¿Me entiendes?

Cicatriz asiente con la cabeza en silencio, y Lachlan afloja los brazos.

—Joder, Keira, no se te ocurra morirte. Te juro que echaré abajo las puertas del Cielo con mis propias manos y que iré a buscarte.

Los brazos de Cicatriz me rodean, y es una sensación que conozco muy bien, pero mis dedos se niegan a soltar el cuello de Lachlan. La tela de la camisa se abre cuando Cicatriz se aleja, obligándome a soltarla.

—¡No pienso dejarte! —Me debato entre los brazos de Cicatriz, aunque cada movimiento hace que el estómago se me revuelva y que mi cuerpo pida a gritos que me quede quieta—. Suéltame. Me quedo con él.

Cicatriz me gruñe al oído, y clavo la mirada en la camisa que lleva Lachlan. Tiene el costado izquierdo empapado de algo rojo. Al principio, creo que la sangre es mía, pero la tela desgarrada y la hemorragia constante me indican que me equivoco.

—¡Déjame! ¡Sálvalo a él! Él te necesita más que yo.

Las lágrimas me caen por la cara mientras Cicatriz me sujeta con más

fuerza, sin que mis débiles esfuerzos por liberarme le impidan alejarme cada vez más de Lachlan.

Otros dos hombres se acercan corriendo a él, pero no los conozco.

—¡Mátalos! —le grito, sin reconocer mi propia voz—. ¡No lo toquéis, cabrones!

Lachlan se tambalea y los hombres lo sujetan, uno a cada lado.

—Ponla a salvo... —Lachlan deja la frase en el aire cuando su cuerpo se queda laxo entre los dos desconocidos.

—¡No! —grito, pero Cicatriz sigue hacia el coche sin prestar atención a lo que acaba de suceder—. ¡Para! ¡Tienes que volver a por él!

Intento zafarme de sus manos, le arañó los hombros y me da igual el dolor agónico que me recorre de la cabeza a los pies. El espanto anula el dolor al ver cómo se llevan el cuerpo inconsciente de Lachlan a un coche que no reconozco, mientras Cicatriz se acerca a uno que sí me suena.

—¡Suéltame! —chillo, pero se me quiebra la voz cuando me deja en el asiento trasero y cierra de un portazo para silenciar mis protestas.

Intento abrir la puerta, desesperada por impedir que esos hombres se lleven a Lachlan, pero Cicatriz ya está al volante. Activa los seguros de las puertas antes de poner en marcha el coche y salir disparado por una calle del Barrio Francés.

Hace unas semanas, me habría encantado que me llevaran a toda leche en la dirección contraria adonde se encontrara Lachlan Mount, pero eso fue antes. Lo que ha dicho en el hangar es cierto: «Todo ha cambiado».

Las lágrimas me bañan la cara mientras me vuelvo para mirar por el parabrisas trasero tintado. Cada vez más lejos, veo cómo los dos hombres meten a un inconsciente Lachlan en el asiento trasero de otro coche.

Me quedo ronca de tanto gritarle a Cicatriz para que dé la vuelta, pero al doblar en una esquina, lo pierdo de vista por completo.

—¡No!

## Keira

No recuerdo haberme desmayado, pero al despertarme en una habitación de paredes blancas, suelo gris industrial y olor a desinfectante, sé que en algún momento perdí el conocimiento.

Me incorporo en la cama del hospital y miro a un lado y a otro. Mala idea. El dolor empeora, y lo veo todo más borroso todavía.

Pero, pese a la falta de claridad, consigo atisbar otra cama situada a escasa distancia de la mía.

¿Dónde está Lachlan? Recuerdo a dos desconocidos llevándose a rastras, y me parece una pesadilla. Tengo que encontrarlo.

Tengo cables pegados al pecho, y me los arranco. El pitido estable de una máquina se convierte en una alarma.

Me han colocado una vía intravenosa, pero me arranco el esparadrapo y me preparo para quitármela. La puerta se abre en ese momento, y aparece una desconocida.

—No. Si se la quita, tendremos que ponerle otra. Ha insistido en que no corramos ningún riesgo con usted. Yo creo que exagera, pero como no pinto nada...

—¿Dónde está? —Me aferro al tubo de plástico como si fuera una paciente de un psiquiátrico, amenazando con rajarme una muñeca—. Dímelo o me quito esto antes de que puedas acercarte más.

La mujer retrocede un paso al oír la vehemencia de mi amenaza.

—Los médicos lo están atendiendo ahora mismo. No hace falta que se haga

daño ni que haga que se cabree conmigo.

Suelto el tubo de plástico.

—¿Lo están atendiendo? ¿Es grave? —Recuerdo el agujero de su camisa y la sangre que manaba de la herida del costado—. ¿Qué ha pasado? ¿Dónde estoy?

Mis recuerdos son todavía más confusos que los de la noche de la borrachera en Dublín. La noche que bailé con Lachlan en un pub.

La mujer responde a mis preguntas sin seguir el orden.

—Está usted en la clínica del complejo. Somos autosuficientes. Mount ha recibido un disparo, pero es una herida limpia, con orificio de entrada y de salida. Usted tiene una conmoción cerebral de las buenas además de laceraciones superficiales, hematomas y un buen corte en el costado derecho. Tiene suerte de que no haya sido más profundo. No ha necesitado puntos de sutura, solo adhesivo tópico. Hemos limpiado las heridas y le hemos hecho unas cuantas pruebas. Se pondrá bien.

Miro el pijama azul de hospital que llevo como si pudiera ver a través de la tela.

—¿Laceraciones, hematomas y una conmoción cerebral? ¿No debería sentirme más dolorida?

La mujer, que a esas alturas supongo que es médico o enfermera, se ríe.

—Le hemos chutado tal dosis de calmantes que seguro que se siente como nueva. Pero... no se arranque la vía. Va a montar un estropicio, y ya hemos limpiado bastante sangre por hoy.

Ya vale de hablar de mí.

—¿Cuánto tardará en volver? ¿Ha sido grave el disparo? Va a ponerse bien, ¿verdad? Me dijo que se pondría bien. Me lo prometió.

La mujer me mira como si yo fuera una especie de animal salvaje y, ahora mismo, así es como me siento.

—Ha perdido mucha más sangre que usted. Ni siquiera se molestó en intentar detener la hemorragia, y él no es tan tonto como para hacer eso.

Tengo el recuerdo borroso de Lachlan dándome su chaqueta para detener mi hemorragia. Seguramente a costa de poner en riesgo su propia vida.

—No va a morir. —No es una pregunta. Es imposible que muera, porque si no, me da algo.

Pero la enfermera o la doctora, o lo que quiera que sea, me da la razón.

—No, es cierto. No va a morir. Es demasiado testarudo. Hasta el diablo lo mandaría de vuelta.

Una punzada de alivio se cuele entre el pánico que me atenaza el pecho.

—¿Estás segura?

Ella asiente con la cabeza.

—Ahora mismo lo están atendiendo un par de eminencias médicas. Solo lo mejor para Mount. Pero ese idiota testarudo no permitió que lo tocaran hasta que acabaron de atenderla a usted.

—¿Cómo? —Se me quiebra la voz.

—Incluso los amenazó con una pistola.

Eso parece típico del hombre que yo conozco y amo.

Un momento.

¿El hombre al que amo?

Ese pensamiento me atraviesa el cerebro como la bala que al parecer había resquebrajado el parabrisas delantero del coche.

¿Es posible siquiera?

Me dejo caer de nuevo en la cama, sin fuerzas de repente, y la mujer se acerca.

—¿Está bien, señora Kilgore?

¿Estoy bien?

No sé qué contestar. Ahora mismo estoy intentando asimilar la revelación

más sorprendente, pero más obvia, de mi vida.

Me estoy enamorando de Lachlan Mount.

No, tiempo verbal incorrecto. Me he enamorado de Lachlan Mount.

—¿Señora Kilgore? ¿Le pasa algo? ¿Le duele en algún sitio?

Niego con la cabeza.

—No, es que... acabo de...

Sus ojos me miran con simpatía.

—¿Shock postraumático?

—Es posible. —Apoyo la cabeza en la almohada y clavo la mirada en el techo mientras acabo por aceptar la verdad.

He oído decir que las experiencias traumáticas pueden tener un efecto muy potente en el cerebro, pero ¿cómo es posible que no me haya dado cuenta de lo que se cocía bajo la superficie?

«Baila conmigo, Lachlan. Baila conmigo en Dublín.»

La sonrisa que esbozó aquella noche aparece en mis recuerdos. ¿Fue entonces cuando sucedió? ¿Qué más da?

—Permítame ponerle otra vez esto para poder controlar sus constantes vitales. Estoy segura de que me matará con sus propias manos si deajo que le pase algo.

Me vuelve a poner el esparadrapo sobre la vía y después se acerca a la máquina, coge los cables que me he arrancado del pecho y me los pone de nuevo, aunque yo no le presto la menor atención.

De ahí que no me dé cuenta hasta que habla de que me ha inyectado algo por la vía intravenosa.

—Necesita descansar —me dice mientras retira la jeringuilla.

—¿Qué has hecho?

—Inyectarle una cosa que la va a ayudar a descansar.

Me pesan los párpados de repente, y abro la boca para protestar, pero es

imposible luchar contra lo que sea que me haya inyectado.

—Mount estará aquí cuando se despierte.

## Mount

Los gritos de Keira resuenan en mi cabeza sin parar mientras me sacudo entre las sábanas y salgo de un inquieto sueño. ¿Qué coño me han dado? Les dije que no quería mierdas. Que necesitaba mantenerme despierto. Alerta.

Hay una sola idea que se repite en mi cabeza desde que esa puta bala atravesó el parabrisas. «No puedo perderla. No me la vais a quitar, joder.»

—¿Dónde está? —Me parece que hablo con voz demasiado ronca cuando por fin me sale, pero es imposible no captar la desesperación de la pregunta —. ¿Keira está bien?

—Estoy aquí.

Su pequeña mano se cierra sobre la mía. La tensión me abandona al sentir su caricia, aunque el olor a desinfectante me inunda las fosas nasales.

—Los he obligado a que me pusieran más cerca de ti, porque amenazaron con esposarme a la cama para que me quedara quieta si no dejaba de intentar acercarme.

Habla con un hilo de voz que apenas oigo por encima de los pitidos de las máquinas, pero sus palabras me envuelven y me tranquilizan todavía más. No tengo ni idea de cómo me he ganado su lealtad. Pero no pienso permitir que la pierda.

Examino cada centímetro de su cuerpo, desde la melena revuelta hasta el pijama de hospital azul que lleva. Ya no veo ni rastro de sangre. Está de una pieza y en su cara no veo reflejado el dolor.

—Joder, dime que estás bien.

En mi pesadilla, ella gritaba porque se estaba muriendo y yo no podía salvarla. Esos gritos eran peores que el dolor de las balas que me han metido en el cuerpo. Un millón de veces peores que el atropello de aquel Mercedes hace tantos años. Peor que cualquier puñalada o cualquier otra herida que haya recibido o que me haya imaginado.

—Estoy bien. Y tú te vas a poner bien. Los dos nos pondremos bien, joder, porque si no, te juro por Dios que iré a por quienquiera que lo haya hecho y lo mataré con mis propias manos. —Una gélida determinación respalda sus palabras.

«Mi fierecilla sedienta de sangre. Mi desafiante reina.»

No debería hacerme gracia, pero nada relacionado con esta mujer sigue las leyes de la lógica. Ha salido de una burbuja, de un mundo en el que yo nunca he vivido. Cuando la arrastré a las sombras y a la oscuridad, no pensé en las consecuencias de mis actos, más allá de la satisfacción que su sumisión me brindaría.

Soy egoísta. Me conozco lo suficiente para aceptarlo. No hago más que tomar, tomar y tomar.

Eso era lo que quería hacer con Keira Kilgore. Hacerla mía hasta saciarme. Pero esta noche lo único que quería era tomar su dolor y hacerlo mío, sin importarme si eso me mataba.

Nunca he creído en el altruismo. Siempre me ha parecido una leyenda urbana. Pero en lo tocante a Keira Kilgore, he cambiado de parecer.

Todo ha cambiado.

La vida me enseñó a no encariñarme con nada, porque nada en este mundo es permanente. Todo es transitorio.

Ya no acepto esa premisa en lo referente a ella. Es mía. Se queda conmigo. Ni siquiera mi ennegrecido corazón soportaría perderla. La mantendré a salvo con mi último aliento si llega el caso.

He evitado tener una debilidad de la misma forma que otros hombres evitaban al demonio... o a mí. Pero mandé a la mierda las debilidades cuando pensé que podía perderla. En ese momento se hizo la luz: perder a Keira sería como perder mi fuerza.

Esta fierecilla pelirroja, con los chispeantes ojos verdes, ha cambiado los cimientos de mi mundo.

—Creía que te había perdido —me dice, y a sus ojos asoma la angustia—. No quiero volver a sentir algo parecido.

—Nunca. Ni el diablo me quiere.

—Prométemelo.

«Nada es permanente», me recuerda la voz de mi conciencia. Pero soy Lachlan Mount, joder, y pongo las reglas y las cambio a mi antojo.

—Te lo prometo.

Me da otro apretón en la mano.

—Vale.

—Debería dejarte marchar. Enviarte a algún lugar seguro, tan lejos de mí como sea posible, pero...

—Tú inténtalo y verás... —Keira levanta la barbilla con gesto obstinado.

—Si fuera mejor persona, eso es lo que haría.

Me mira con expresión enfurruñada y los dientes apretados.

—Pues menos mal que no lo eres.

La puerta se abre y entra uno de los médicos cuyo nombre no atino a recordar.

—Señor Mount, ¿cómo se encuentra?

Mi primer impulso es soltarle la mano a Keira para asegurarme de que no ve lo colado que estoy por ella, porque eso sería admitir una debilidad. Sin embargo, no lo hago.

De hecho, entrelazo nuestros dedos y lo miramos como un frente unificado.

—Como si me hubieran pegado un puto tiro y luego me hubieran cosido.

—Puedo decirle a la enfermera que le aumente la dosis de calmantes. En ese caso, no sentirá nada.

Retrocede hasta la puerta, pero lo detengo.

—No. Ya me han dado más de la cuenta. No quiero nada más. Quiero sentirlo todo. Quiero sentir hasta el último segundo de dolor. No pienso permitir que vuelvan a drogarme.

—Lachlan... —Keira habla en voz baja y me aprieta los dedos con fuerza. Cuando le devuelvo el apretón, se queda callada.

—Asegúrate de que la señora Kilgore tiene todos los calmantes y lo que sea que necesite, pero a mí me dejas tranquilo. Dile a V que entre en cuanto te vayas.

El médico asiente con la cabeza y se vuelve para marcharse, aunque no aparta la vista de nuestras manos entrelazadas.

—Como digas una sola palabra de lo que ha sucedido esta noche...

—No lo haría jamás, señor. Pulse el botón para avisarnos si alguno de los dos necesita algo. Estamos a su servicio todo el tiempo que sea necesario.

En cuanto sale de la habitación, Keira se suelta de mi mano. Quiero volver a cogérsela, pero está demasiado ocupada meneando un dedo delante de mis narices.

—Ni se te ocurra soportar el dolor como un capullo cabezota. Acepta los calmantes.

Me vuelvo hacia ella, aunque el cuerpo protesta cuando me muevo, porque necesito verle la cara para hacerle entender por qué he rechazado los calmantes.

—Si estoy inconsciente, no puedo protegerte, y eso no es una opción. Estás ligada a mí. Tu seguridad, tu vida, está en mis manos, y eso no es algo que

vaya a poner en peligro así como así solo por ahorrarme unas horas de sufrimiento.

—¿Unas horas? —Resopla—. Te han disparado. No estamos hablando de que te haya salido un padrastro.

—No es la primera vez. Y seguramente no sea la última.

Keira gruñe, y es evidente que el miedo que me tenía antes, aunque intentara ocultarlo, ha desaparecido.

—Ni se te ocurra volver a recibir un disparo.

—Eso no te lo puedo prometer.

—Pues miénteme. Dame algo.

Una carcajada ronca brota de mi pecho. Es única. Ya lo sabía, pero me lo ha demostrado todos los días desde que la conozco.

Mentiras. Siempre han salido de mis labios sin problemas. Como algo innato. Como la primera opción. Pero, en este caso, soy incapaz.

—Se acabaron las mentiras. No habrá mentiras entre nosotros. Ya no.

Keira echa la cabeza hacia atrás con la sorpresa pintada en la cara.

—¿Eso quiere decir que me vas a contar tus secretos si te pregunto?

Clavo la vista en el techo. Pues claro que tenía que ir por ahí. No sería la pareja que sabía que yo quería, aunque no supiera que la necesitaba, si no lo hubiera hecho.

Suelto un largo suspiro, aunque una parte de mí no termina de creerse que vaya a hacer lo que estoy a punto de hacer. Pero, tal como he descubierto hace poco, todo ha cambiado.

—¿Qué quieres saber?

## Keira

Venga ya.

No tiene intención de darme carta blanca para que le pregunte cualquier cosa ni me va a decir la verdad, ¿o sí? La sinceridad de esos ojos oscuros es innegable. Claro que también lo es el cansancio evidente en sus rasgos.

Antes habría aprovechado al instante la oportunidad de aplicarle el tercer grado a ese hombre y así conseguir las respuestas a todas las preguntas que tengo acumuladas, pero ahora mismo no puedo hacerlo. Lo que me preocupa es él y que se recupere pronto.

Porque la salud y la seguridad de Lachlan ocupan ahora el primer puesto en mi lista de prioridades, desde que vi cómo lo alejaban de mí en la calle.

—Necesitas dormir. Descansar. Porque tienes que reducir la ciudad a cenizas para que todos sepan que nadie le toca un pelo a Lachlan Mount ni a su mujer.

Me mira de nuevo asombrado y me observa como si jamás me hubiera visto. A lo mejor tiene razón. Porque nunca me he sentido como me siento ahora.

—¿Mi mujer?

Lo miro con los ojos entrecerrados.

—Eras tú quien querías que admitiera que eres mi dueño. Y resulta que las experiencias que te dejan al borde de la muerte tienen el efecto de aclarar las cosas de repente.

Lachlan cierra los ojos antes de hablar.

—Es el efecto de los calmantes. Cuando salgas de esa cama, empezarás a

protestar otra vez y a exigirme que te deje marchar.

Hago un mohín con los labios y cruzo los brazos por delante del pecho, aunque disimulo el respingo de dolor que ni siquiera los calmantes que llevo en el cuerpo logran evitar.

¿Es el efecto de dichos calmantes? Me niego a creerlo. El afán posesivo que sentí y las ganas de aniquilar todo lo que se pusiera en mi camino cuando lo alejaron de mi lado no fueron efecto de los calmantes. De la adrenalina, tal vez. Pero fueron emociones sinceras.

—Bueno, ya veremos quién tiene razón. Porque yo ya sé cómo va a acabar esto exactamente.

—¿Y cómo acaba? —me pregunta él, pero la puerta se abre antes de que pueda responderle.

## Mount

En cuanto V entra en la habitación, veo en su cara todo lo que necesito saber. Está muy mal la cosa. Pero chunga de verdad.

Hace mucho que aprendí que, a menos que nos comunicáramos a través de mensajes de texto, la única manera de conseguir respuestas era hacer preguntas que se respondan con un sí o con un no. Y como no tengo ni idea de dónde está mi móvil, ese tipo de preguntas son mi única opción.

—¿Han encontrado al tirador? —No hizo falta que diera la orden. J empezaría a buscarlo nada más enterarse de lo que había pasado.

V menea la cabeza.

—¿Se han encargado de la policía? —Seguro que alguien avisó del accidente, y necesito que los primeros polis que llegasen al escenario antes de que lo limpiaran se olvidaran de lo que habían visto. Nadie puede saber lo que ha pasado. El equilibrio de poder se desestabilizará si corre la voz de que alguien ha tenido los huevos de intentar quitarme de en medio. Por suerte, muchos policías de la ciudad responden ante mí y no al revés.

V asiente con la cabeza.

—¿Se llevaron el coche y se limpió el escenario?

Asiente otra vez con la cabeza.

—¿Han recuperado la bala?

Levanta la mano, con dos dedos separados unos dos centímetros. Eso quiere decir que todavía no, pero que están a punto.

—Desmonta el coche. La bala tiene que estar dentro. No vi orificio de

salida. Averigua de dónde coño salió y busca al tirador. Tenemos que descubrir quién cojones es tan tonto como para hacer algo así.

Asiente de nuevo con la cabeza y se da la vuelta para marcharse, pero lo detengo.

—Lo has hecho bien. Su seguridad es tu máxima prioridad... con independencia de todo lo demás. Siempre te encargarás de ella primero, como lo has hecho.

Keira interrumpe la conversación.

—Ah, no, de eso nada.

La miro de reajo.

—No tienes voz ni voto. No pienso negociar con esto.

—No a costa de tu seguridad. No me obligues a cargar con eso. El precio es demasiado alto.

V nos mira a uno y a otro, sin duda alucinado por el tema de la discusión.

—¿Quién te da las órdenes, V? —mascullo, obligándolo a mirarme de nuevo. Cuando me señala, obediente, miro a Keira—. Da igual lo que digas, aquí se hace lo que diga yo.

—Pues te digo que es una gilipollez.

—Qué pena.

V me mira a los ojos de nuevo y me dirijo a él.

—Monta guardia. Nadie entra a menos que sea una urgencia médica, y solo si el personal tiene permiso para hacerlo. Me han dicho que tengo que descansar para poder desatar toda mi furia sobre la ciudad y sobre quienquiera que haya hecho esto. —Miro a Keira con una sonrisa torcida.

V asiente con la cabeza y se va hacia la puerta.

Una vez que se cierra tras él, el cansancio hace mella en mis músculos, pero extendiendo el brazo para cogerle la mano a Keira, y ella me da un apretón.

Todo este asunto, de que no discuta conmigo ni intente escapar, es

surrealista. Al igual que mi voluntad de seguir sus órdenes.

—No voy a dejar que...

La interrumpo con una mirada.

—Creía que querías que descansara para poder vengarme.

Levanta las cejas con expresión sorprendida.

—¿De verdad me vas a hacer caso?

—Con una condición.

—Desembucha —me ordena sin titubear.

—Que tú también descanses.

Tuerce el gesto de forma desafiante, pero por un motivo totalmente distinto al habitual.

—Yo haré guardia. Tú descansa.

—V está haciendo guardia fuera. Nadie va a pasar con él ahí. Así que, descansa, joder. Te necesito de una pieza, sana. Tengo muchos planes para ti, que lo sepas.

Keira me observa un buen rato antes de replicar:

—¿Y descansarás si yo lo hago?

—Sí.

—Trato hecho.

Extiende la mano y yo se la estrecho para sellar el trato.

De alguna manera, en mitad de todo este caos, nuestras posturas han cambiado. Ya no soy quien la obliga a plegarse a mis deseos porque no tiene más remedio. Ahora somos iguales. Compañeros.

Es una sensación novedosa y difícil, una sensación que debería acojonarme, pero que de ninguna manera me parece una debilidad. De hecho, nunca me he sentido más fuerte.

Me duermo con los dedos entrelazados con los suyos.

## Keira

Incluso drogada por los calmantes, soy la primera en despertar. Creo que he obligado a mi cuerpo a recuperar la consciencia porque necesitaba asegurarme de que Lachlan sigue respirando.

Ahora me importan una mierda mis heridas. Él me preocupa muchísimo más. El dolor es evidente en su cara, incluso dormido.

Juré que lo odiaría hasta mi último aliento. Que nunca le daría lo que quería. Que erigiría un muro impenetrable alrededor de mi corazón, aunque me comiera la cabeza y obligara a mi cuerpo a traicionarme.

Lachlan Mount ha destruido esos muros. Cuando le dio la espalda al coche, sirviéndome de escudo humano, quedó patente cuál era mi lugar en su vida, y eso fue antes de que supiera que le habían disparado.

Sin embargo, para ser sincera, no fue en ese momento cuando mis muros empezaron a derrumbarse. No, el cemento empezó a resquebrajarse cuando me di cuenta de que me llevaba a Dublín, haciendo realidad un sueño dorado para mí, aunque él no se jugaba nada.

Aunque no haya podido preguntarle lo que quiero, me apostaría lo que fuera a que actuar de forma tan altruista es una novedad para Lachlan Mount.

La puerta de la habitación se abre de nuevo y entra V. Otro cambio, pero ya no pienso en él como en «Cicatriz». Ya no es el hombre que facilita y controla mi cautiverio, sino alguien dispuesto a entregar su vida por la mía.

—¿Va todo bien? —le pregunto en un susurro.

Sé que no me va a contestar, y aunque Magnolia me dijo que es porque

Lachlan le cortó la lengua, estoy convencidísima de que se equivoca. La lealtad que demuestra V no nace del miedo ni de la intimidación. Nace del respeto.

V asiente con la cabeza, pero me ofrece algo.

Mi bolso. ¿Y en la otra mano? Mi móvil.

Deja ambas cosas en la cama, a mi lado, y mira con insistencia el móvil.

Le echo un vistazo a la pantalla y veo varias llamadas perdidas de mi padre y varios mensajes de texto de Temperance.

Mierda... Es la una de la tarde, y un día después de lo que suponía.

He dormido más de lo que creía.

Tampoco me ayuda el haber perdido la noción del tiempo con todo el lío del cambio horario por el vuelo, de los calmantes y de la ausencia de reloj en la habitación.

Desbloqueo el móvil y leo primero los mensajes.

TEMPERANCE: Los teléfonos no dejan de sonar. Tu padre.

La prensa. La junta de turismo. Los distribuidores. Todos quieren saber del premio de la convención. Sé

que fue algo de última hora, pero tengo que decirles algo, jefa. Échame una mano.

TEMPERANCE: ¿Estás bien? ¿Dónde estás?

TEMPERANCE: Keira, joder, contéstame. Tu padre dice que mañana se monta en el primer avión para venir.

El último mensaje es de hace una hora.

Joder. No quiero que mi padre se acerque siquiera a Nueva Orleans ahora mismo. No con el lío en el que estoy metida. Lachlan me juró que mantendría a mi familia a salvo y lo creo, pero no los quiero aquí.

Al comprobar la cobertura, me doy cuenta de que no tengo.

Miro a V.

—Necesito hacer unas llamadas y mandar algunos mensajes. Ayúdame. Tengo que impedir que mi padre venga.

V mira a Lachlan, que sigue dormido en su cama, y luego me mira a mí. Es evidente que tiene un dilema.

—Solo necesito unos minutos. Por favor. Es importante. En serio, si no lo fuera de verdad, no me alejaría de él.

Mis palabras o mi tono de voz han debido de dar en la diana, porque asiente con la cabeza y levanta un dedo. Es el gesto universal para «espera un segundo». Sale de la habitación y vuelve poco después con la enfermera que me dijo que no me arrancara la vía de la mano.

—¿Necesita algo? ¿Qué pasa? —La enfermera nos mira a Lachlan y a mí.

—Necesito que me quite esto. Tengo que hacer unas llamadas. Es urgentísimo.

Me mira con los ojos entrecerrados.

—¿Mount lo aprueba?

—¿Quieres explicarle tú por qué no has seguido una orden tan sencilla? Porque, llegados a este punto, te aseguro que considerará que negarte a cumplir una orden mía será como negarte a cumplir una suya. —Mi voz no deja lugar a la discusión, y respaldo mis palabras con un aire autoritario y seguro.

Mis palabras hacen que titubee, y las sopesa durante menos de un minuto.

—Deme un segundo para quitárselo todo.

El respeto que transmite su voz es inconfundible. Sus manos se mueven, firmes y rápidas, mientras me quita los electrodos del pecho y también la vía.

—Ya no lo necesita, pero será mejor que se lo diga a él o me enfrentaré a las consecuencias.

—No te preocupes. Ya me ocupo yo de él. —Miro a V mientras él me

espera en silencio—. Elige a alguien que ocupe tu lugar fuera de la habitación. Alguien en quien puedas confiarle su vida. —Señalo a Lachlan, que sigue dormido.

V asiente con la cabeza al recibir la orden y vuelve a levantar un dedo antes de desaparecer.

Estoy de pie, más temblorosa de lo que me gustaría admitir, cuando vuelve para acompañarme fuera de la habitación. Al principio, no reconozco a los dos hombres que hay en la puerta, pero sé que los he visto antes.

Son los que sujetaron a Lachlan cuando se desplomó.

—Como lo dejéis solo un segundo siquiera, os mato con mis propias manos. ¿Entendido? —Suelto la amenaza sin titubear, y la sorpresa que veo en sus caras casi resulta graciosa.

De alguna manera, me sorprende menos haber dado la orden que lo bien que sienta hacerlo. A estas alturas, estoy dispuesta a hacer un montón de cosas que en otro tiempo ni se me habrían pasado por la cabeza. Vendí mi cuerpo para mantener a salvo a mi familia y a mis amigos. Ahora vendería mi alma con tal de proteger a Lachlan de todo mal.

—Sí, señora. Nadie pasará —me asegura uno de ellos.

Me despido de ambos con un gesto de la cabeza y ellos me lo devuelven con respeto.

El cambio acaba de comenzar.

Ya no soy una prisionera. Soy la reina consorte.

—¿Dónde coño te has metido? Llevo una eternidad intentando hablar contigo —me suelta Temperance a modo de saludo.

Me duele la cabeza mientras sujeto el móvil contra la oreja, pero me desentiendo del dolor.

—He sufrido un retraso imprevisible en el viaje de vuelta de Dublín. Siento no haber podido hablar contigo hasta ahora. —Me enorgullece lo profesional que parece mi excusa y el hecho de que no me tiemble la voz.

—¿Un retraso imprevisible? —Su voz delata escepticismo, siendo optimista.

—Dime qué está pasando para analizarlo todo y luego te digo un par de cosas. Cosas que no puedes contarle a nadie. Y con nadie, me refiero a absolutamente a nadie.

Mi asistente se queda callada.

—Keira, ¿tiene algo que ver con el chófer que te has buscado desde hace unas semanas?

No me sorprende que se haya dado cuenta de que V me hace de chófer, pero sí que no haya sacado el tema hasta este momento.

—Sí, pero antes las cosas de la empresa. Luego te contaré todo lo demás.

Temperance comienza con la lista de temas que requieren mi atención, todo a raíz del prestigioso premio que el Espíritu de Nueva Orleans se lleva a casa. Un premio cuyo trofeo, ahora que lo pienso, creo que me ha salvado del impacto frontal de la bala después de que esta saliera del cuerpo de Mount. Es lo que más sentido tiene, sobre todo por el corte que me han cosido en el costado derecho, que era donde llevaba la botella de cristal, que seguramente siga en el coche destrozado. Claro que no pienso decirle nada de eso a Temperance.

—Bueno, la prensa quiere un comunicado oficial y la fecha de venta al público. La junta de turismo quiere saber cuándo podemos empezar con las visitas guiadas debido al interés de la prensa. Tu padre quiere saber de dónde coño has sacado el dinero para ir a la convención. Ah, y todos nuestros distribuidores quieren saber cuándo van a poder echarle el guante.

Tomo una honda y lenta bocanada de aire, consciente de lo débil que me

encuentro, y me doy dos segundos para asimilar toda la información y volver a asumir mi papel de directora general.

—Redacta un comunicado de prensa. Diles a los medios de comunicación que el Espíritu de Nueva Orleans saldrá a la venta como un producto exclusivo y de edición limitada en breve, y que les enviaremos botellas antes de la fecha de salida para que puedan realizar sus críticas. —Hago una pausa—. Dile a Jeff Doon que estamos haciendo cambios basados en las fantásticas ideas que he sacado de una destilería que hace visitas guiadas en Dublín, y que en cuanto hayamos implementado las medidas de seguridad necesarias, estaremos preparados para empezar. Dile también que esperamos que nos ayude a coordinar los eventos con los medios de comunicación, de modo que sean los primeros en vivir la nueva experiencia disponible en Nueva Orleans.

—Me gusta, jefa. Estoy tomando notas.

—Vale. En cuanto a los distribuidores... asegúrate de que reciben el mismo comunicado de prensa y diles que empezaremos a aceptar pedidos anticipados, pero que queremos la mitad del pago por adelantado como señal, ya que esperamos vender las primeras remesas en poquísimo tiempo.

—Oooh. Despiadada. Eso me gusta todavía más.

Estoy a punto de decirle que he aprendido del mejor, pero me muerdo la lengua. En cambio, me tomo otro momento para admitir lo mucho que Lachlan me ha cambiado. El aumento de seguridad en mí misma y mi aire de autoridad no son coincidencias. Ha conseguido que crea en mí, y eso ha sido otra mella en los muros que me rodeaban el corazón. Sonrío, sintiéndome más como una directora general de lo que me he sentido desde que el despacho del sótano se convirtió en mío.

Lo que me lleva al siguiente problema.

—Yo me encargo de mi padre. No quiero que ni él, ni mi madre ni mis hermanas vengan por ningún motivo.

Temperance se queda en silencio al otro lado del teléfono.

—¿Tiene que ver con lo otro que tienes que contarme?

Por un instante, me pregunto si es sensato decirle lo que estoy a punto de contarle, pero Temperance debe estar sobre aviso. A juzgar por lo que sé de Lachlan Mount, mientras haya una amenaza potencial contra él que pueda volverse contra mí también, ni de coña va a dejarme volver a mi vida normal, ni siquiera a una vida medianamente normal.

—Sí. Y tienes que jurarme por lo más sagrado que no vas a soltar prenda. Pero ni una palabra. Hablar de algo de lo que te voy a contar puede costarte la vida, literalmente.

Temperance se queda callada un buen rato en vez de acribillarme a preguntas, tal como había esperado que hiciera. De estar en su lugar, yo preguntaría si llamaba desde un manicomio y si ese es el motivo de que no haya podido ponerse en contacto conmigo, pero Temperance no lo hace. En cambio, me sorprende.

—Sé que tú ves la vida en blanco y negro, Keira, pero para algunos de nosotros, hay muchos matices de gris. Lo que me cuentes, sea lo que sea, se quedará entre nosotras. Sé un montón de cosas que podrían mandarme al otro barrio y también sé cómo mantener la boca cerrada. No es la primera vez que mi vida, o que la vida de un ser querido, depende de mi silencio.

No me esperaba esa respuesta, pero desde luego que me alegro de oírla.

—Algún día me contarás qué quieres decir con eso, pero ahora mismo no hay tiempo.

—Trato hecho, jefa. Vamos al meollo.

—No iré al trabajo durante un tiempo.

—Ahora me están entrando ganas de tener un código para que me digas si te han secuestrado o algo.

Se me escapa una carcajada al oírla, y el cuerpo protesta por el dolor que

me provoca.

—Sí, seguramente nos haga falta, pero hoy no. Me he visto involucrada en una especie de accidente y hay una amenaza de seguridad...

Temperance me interrumpe, aterrada.

—¿Un accidente? ¿Estás bien? ¿Qué ha pasado?

—Estoy bien, pero... las consecuencias del accidente tienen más implicaciones además de mi persona. No puedo contarte mucho, solo que necesito que des un paso al frente y te conviertas en mi nueva directora de operaciones. Tienes que ocuparte de todo en persona mientras yo trabajo a distancia.

Un siseo es su primera respuesta.

—Estoy leyendo entre líneas, Keira, y no me gusta.

Trago saliva y me olvido del dolor que me recorre el cuerpo, decidida a ocuparme de todo como la jefa que soy.

—Estoy a salvo y también estoy segura de que no me va a pasar nada. Pero para que siga siendo así, necesito que hagas todo lo que te digo.

—Vale. Nada de preguntas. Sé que menos es más. Dime lo que quieres que haga.

Me paso otros cinco minutos dándole órdenes a Temperance, además de concederle el aumento que le prometí.

—Lo tendrás en tu próxima nómina.

—¿Estás segura?

—Sí.

Me da igual que el dinero de Lachlan financie el aumento temporalmente, porque Seven Sinners está a punto de subir escalafones en el mundo del whisky irlandés, gracias a él. ¿O por fin estoy comportándome como la líder que Lachlan ha conseguido que viera en mí? Otro cambio...

—Ya tengo lo que necesito. Menos... ¿te importa que te diga que tengas

cuidado? Sé que no me lo estás contando todo, pero capto lo suficiente para saber que estás metida en un buen lío. Y si tiene que ver con lo que creo que tiene que ver, quiero que te asegures de que sabes muy bien lo que haces.

—Lo tengo controlado, pero gracias.

Se queda callada otro rato.

—Vale. Será mejor que llames a tu padre.

—A eso voy ahora. Gracias por escucharme... y por leer entre líneas.

—Insisto en un código para avisar de un secuestro.

—Te prometo que se me ocurrirá algo con las palabras «chardonnay» o «prosecco».

A Temperance se le escapa una carcajada.

—Si lo haces, sabré que el lío es de los gordos.

—Eso mismo.

Después de cortar la comunicación, miro el móvil mientras me pregunto cómo narices voy a lidiar con la siguiente llamada.

## Mount

—¿Dónde coño está?

Cuando abro los ojos y veo la cama de al lado vacía y el tubo del suero, colgando del gancho, se me va la pinza y no me da reparo admitirlo.

La puerta se abre al instante, y Z y D entran a la carrera.

—¿Dónde está? —exijo saber, y ambos reconocen la amenaza implícita en mi voz.

—Con V. Tenía que hacer unas llamadas. A la empresa. A la familia.

Mi primer instinto es ponérmela en el regazo para azotarle el culo por haberme dejado sin avisar, pero lo reprimo. Un poco. La cabra siempre tira al monte.

—¿Dónde?

—Arriba, porque aquí abajo seguimos aislados y sin cobertura. Órdenes tuyas, jefe.

V sabe que el castigo si a Keira le pasa algo mientras está bajo su vigilancia es la muerte, y el hombre ya ha demostrado su disposición a morir por mí. Espero que se muestre igual de dispuesto con ella.

—Tráela ahora mismo.

—Pero, jefe, la señora Kilgore nos ha dicho que no lo dejáramos sin protección. Nos ha dicho que...

Al ver que Z deja la frase en el aire, lo animo a continuar.

—¿Qué ha dicho la señora Kilgore?

—Que nos matará con sus propias manos si lo dejamos solo.

Una sonrisa pugna por aparecer en mis labios. Que Keira les esté dando órdenes a mis empleados es toda una sorpresa. Una parte de mí no estaba del todo segura de que las cosas que me había dicho poco antes no fueran producto de los calmantes, la adrenalina y el shock, pero parece que me equivocaba. Keira está asumiendo un papel que yo no estaba seguro de que acabara aceptando y lo está haciendo sin que yo mueva un dedo.

—Y la habéis creído.

Ambos asienten con la cabeza.

—Lo decía en serio, jefe.

Me permito sonreír. Mi fierecilla.

—Envía a alguien para que le diga que se requiere su presencia aquí abajo.

La puerta, que seguía entreabierta, se abre del todo.

—¿Se requiere mi presencia? Eso suena como muy oficial.

Incluso ataviada con un pijama de hospital del color de un pitufo, dos tallas más grande que la suya, sigue teniendo el porte de una reina. Les hace un gesto con la cabeza a los hombres, y estos salen de la habitación y cierran la puerta mientras ella echa a andar hasta el hueco que hay entre su cama y la mía.

—¿Te has ocupado de lo que tenías que ocuparte?

—Sí. Hasta cierto punto. He delegado mucho en Temperance. Será la directora de operaciones en mi ausencia y he usado el chantaje emocional, de forma descarada, lo admito, para que mi padre no venga hasta que yo me sienta preparada para enfrentarlo.

La mención de su padre me deja helado.

—No es un buen momento para que tu familia venga a Nueva Orleans.

—Lo sé. Y no van a venir. ¿Todavía tienes a gente protegiéndolos? ¿A todos ellos?

—Sí. Estarán bajo mi protección hasta que yo dé la orden de que dejen de

estarlo. Algo que no tengo intención de hacer. Pienso cumplir la promesa que te hice.

Keira se detiene entre nuestras camas. Sé que está agotada después de haber estado de un lado para otro. Yo soy capaz de funcionar pese al dolor, pero eso es porque nunca he tenido alternativa. Ella no tiene necesidad de hacerlo.

—Gracias.

—No las merece. —Extiendo un brazo para cogerle una mano—. Ven aquí. —La acerco con cuidado a mi cama, haciendo caso omiso del dolor de la herida de bala.

—No hay espacio para los dos.

—Y una mierda.

En su cara aparece una expresión obstinada, pero me obedece de todas formas, y ambos nos acomodamos en la medida que la cama nos lo permite. La cara de Keira está a escasos centímetros de la mía cuando vuelvo a hablar.

—Me dijiste que no me abandonarías y cuando despierto, descubro que estoy solo.

—Una emergencia. Me aseguré de que estuvieras vigilado.

Niego con la cabeza.

—Ese no es tu trabajo.

—¿Tú no harías lo mismo por mí?

—Eso es distinto.

Me mira con los ojos entrecerrados.

—No, no lo es. No sé cómo hemos acabado metidos en este lío, pero tengo claro que voy a superarlo a tu lado.

«Cómo hemos acabado.» En plural. Siento una opresión en el pecho. Nunca he formado parte de una pareja. Pero su forma de decirlo, más la reacción que ha demostrado desde que las cosas se han puesto feas, hace que me dé cuenta de que es la única mujer que puede estar a mi lado.

—Puedes darles órdenes a mis empleados, pero nunca si eso pone en riesgo tu propia seguridad. Esa es una línea roja que no permitiré que cruces.

—Vale —dice con obvia renuencia.

—Tengo otro trato que discutir contigo.

Me da un apretón en la mano y me reconozco un adicto a sus caricias voluntarias y naturales.

—Estoy lista para oír tus condiciones, Lachlan.

Sonrío de nuevo al oírla usar mi nombre, algo que últimamente hago más de la cuenta, pero a lo mejor algún día me acostumbro al gesto. O quizá puedo ordenar que corran ríos de sangre en las calles y así equilibrio la balanza.

—Condiciones. A menos que yo no esté disponible, que esté inconsciente o en peligro, yo soy quien les da órdenes a mis empleados. —Al ver que abre la boca para protestar, sigo hablando antes de que pueda pronunciar una sola palabra—. Pero dejaré claro que cualquier orden tuya tiene el mismo peso que las mías.

La veo apretar los labios un segundo antes de replicar:

—Eso me vale.

—Además, si te ordeno hacer algo que garantice tu seguridad, hazlo de inmediato. Creo que ya te has dado cuenta de que tu vida puede correr serio peligro si formas parte de la mía.

—Entendido.

Que no discuta ni proteste hace que aflore una nueva emoción en mi pecho. Esperanza por el futuro.

—Y por último... en la cama sigo mandando yo.

Keira alza la barbilla, ese gesto obstinado que ya conozco tan bien.

—¿Vas a mentirme y a decirme que no te gusta?

Ella niega con la cabeza.

—No, pero de vez en cuando me podrías ceder el control.

—Ya veremos.

En esa ocasión, esboza una sonrisa ladina.

—Una cosa más.

—¿Qué? —pregunta con un deje jocoso.

—Bésame.

Se muerde el labio y se inclina hacia delante para rozarme los labios con los suyos. Yo respondo con la misma delicadeza. Cuando me aparto, llevo su sabor en la lengua.

—No vas a dar ninguna orden hasta que estés totalmente recuperado —me advierte.

—Hasta que tú estés recuperada —la contradigo.

—Trato hecho.

Respiro hondo, muy despacio. No quiero cambiar el tema de conversación, pero ha llegado el momento. Antes de que acabe embriagándome con su presencia y con las posibilidades que presenta el futuro, necesito responder a sus preguntas y contarle la verdad.

Ha llegado el momento de que Keira sepa lo negra que es mi alma y de comprobar si va a salir corriendo en dirección contraria.

Que es exactamente lo que debería hacer.

## Keira

—Ahora sí puedes preguntarme lo que quieras.

El cambio de tema de Lachlan después de haber estado negociando me resulta chocante, y lo primero que hago es intentar descubrir por qué ahora. Pero no se lo pregunto. Tengo la impresión de conocer la respuesta.

Esto es una prueba. La que determinará si me aferro con uñas y dientes a mi nueva realidad y a la posición que estoy preparada para reclamar o si, por el contrario, salgo corriendo por la puerta sin mirar atrás.

A estas alturas, estoy segura de que si se lo exijo, Lachlan me liberará del trato inicial. Algo ha cambiado también en él. Lo percibo.

—¿Tienes miedo de que salga corriendo cuando me respondas? —le pregunto.

—¿Esa es tu primera pregunta? —Su tono de voz es mordaz, pero percibo la nota subyacente.

—La preliminar. Solo quiero asegurarme de saber por qué ahora.

Los ojos oscuros de Lachlan se clavan en los míos.

—No te confundas, Keira. No soy un buen hombre. Si esperas una respuesta virtuosa a cualquier pregunta que me hagas, vas a llevarte un chasco. La primera impresión conmigo siempre es la acertada.

Esas palabras me recuerdan precisamente la primera impresión que me causó cuando lo vi en mi despacho. Miedo, pero también algo más. Despertó todos mis sentidos, me puso en alerta por completo. Su reputación me

aterraba, pero irradiaba una energía que me atrajo de inmediato, antes incluso de saber que estaba en peligro.

En realidad, esa no fue mi primera impresión. Porque eso sucedió antes de saber quién era. La noche del baile de máscaras. La noche que cambió el rumbo de mi vida sin que yo lo supiera.

Mi primera impresión sobre Lachlan Mount, la verdadera, fue la siguiente: Este es el hombre que llevo esperando toda la vida, y el que quiero a mi lado para los restos.

Así que, me diga lo que me diga, me aferraré a ese recuerdo y a todas las cosas que ha hecho desde entonces y que han demostrado que yo tenía razón.

—Puedo soportarlo —le digo sin titubear.

—Pues pregunta.

Es casi como si quisiera retarme a que mi resolución flaqueara, algo que aumenta mi testarudez. A lo mejor es psicología inversa. A lo mejor es otro jueguito mental. Pero no lo creo. Estoy segura de que Lachlan se está abriendo en la medida que le resulta posible.

—Vale. Empezaré con una fácil. ¿Le pagaste a mi marido para que desapareciera y fingiera su muerte?

No hay remordimiento alguno cuando contesta:

—Sí, pero ya lo sabías.

—¿Lo mataste?

Lachlan guarda silencio y me pregunto si va a contestar o no. Lo hace al cabo de unos segundos.

—Nunca te diré si maté o no maté a alguien. No porque no confíe en ti, sino porque jamás te pondré en la tesitura de que cargues con ese peso en tu conciencia o de que te obliguen a testificar sobre algo que yo haya dicho.

Me muerdo el labio, porque esa no es la respuesta que esperaba en absoluto. Suponía que sería un cortante sí. Pero esta respuesta es mucho más

compleja. Tan sincera como podía esperar y, en cierto modo, me hace sentir más segura que si me hubiera contestado tal como yo esperaba.

Y entonces se me enciende la bombilla. Lachlan Mount no solo está protegiendo mi cuerpo. Está tratando de proteger mi alma de los pecados que han mancillado la suya.

Una oleada de emoción me abrumba mientras asimilo esa revelación. Afirma no ser un buen hombre, pero es mil veces mejor que el otro de cuya muerte acabo de preguntarle si es responsable. No me cabe la menor duda al respecto. Pero necesito saber si Brett va a volver o si se ha ido para siempre. Necesito esa certeza. Necesito saber si puedo seguir con mi vida sin temor de que el pasado vuelva para torturarme otra vez.

—¿Keira? —lo oigo decir y soy consciente de que llevo en silencio más tiempo del que pensaba—. ¿Vamos a quedarnos solo con la primera pregunta?

Niego con la cabeza con un gesto casi imperceptible.

—No. Solo estaba... pensando.

—¿Y?

—Necesito saber si va a volver. No quiero detalles. Solo confirmación.

Lachlan me dice con gesto solemne:

—No tendrás que preocuparte por él nunca más.

Mis entrañas se convierten en una vorágine de revelaciones y emociones, y la respuesta de Lachlan añade una sana dosis de alivio a la mezcla.

—Gracias —susurro.

Él parece sorprendido por mi reacción.

—¿Por qué me lo agradeces?

—Porque no quería volver a verle la cara en la vida.

—Nunca lo harás. Siguiendo pregunta.

Guardamos silencio un momento mientras decido qué preguntarle a

continuación. Puesta a pensarlo, hay una duda que me corroe desde el principio.

La noche que decidí que era el único hombre para mí, el que llevaba toda la vida esperando. Sigo sin comprender cómo pudo suceder. Da la impresión de que fue obra del destino, pero necesito saber la verdad.

—¿Cómo te llegó mi nota el día del baile de máscaras? —Cuando descubrí que era Lachlan y no Brett, no reaccioné bien y lo culpé a él, pero ahora no tengo intención de hacerlo. Fuera como fuese, necesito saberlo.

—No es el cómo, sino el quién —responde con tiento, y las posibilidades se me acumulan en la cabeza. Cada segundo que pasa aumenta la ansiedad en mi interior.

—¿Quién?

—Magnolia Maison.

## Mount

Al ver que Keira se queda blanca como la pared, me gustaría haberle ocultado la verdad, pero le prometí que se habían acabado las mentiras. Además, es un detalle que tiene que saber, con independencia de lo mucho que me gustaría protegerla del sentimiento de traición que sin duda la recorre ahora mismo.

—¿Magnolia te dio la nota? ¿Cómo? ¿Por qué? No entiendo por qué hizo algo así. Dijiste que creías que yo era un regalo. No tiene sentido.

Ojalá tuviera respuestas más adecuadas, pero no he ordenado que me llevaran a Magnolia para sonsacárselas.

—No sé qué motivos tenía para hacerlo, pero desde luego que fue ella quien lo hizo.

—Pero...

«Destrozada», esa es la única manera de describir la expresión de Keira. Entrelazo nuestros dedos y le doy un apretón, porque no quiero arriesgarme a que esto abra una brecha entre nosotros.

—Magnolia es una madama. Llegó a la cima porque tenía a las mejores chicas y porque es capaz de garantizar la satisfacción de cualquier cliente, pida lo que pida.

—Pero ¿por qué me metió a mí en todo eso? —La voz de Keira está rota de dolor y baja la mano al tiempo que se queda boquiabierta. Se incorpora con una mueca por el dolor y echa los pies al suelo antes de que pueda detenerla.

Quiero estrecharla entre mis brazos y evitar que se mueva, sobre todo

porque detesto verla sufrir, pero así es como asimila las cosas. Es algo que he aprendido, de modo que se lo permito. Al menos, durante un momento.

Ojalá pudiera evitarle todo esto... pero no puedo. Se merece saber la verdad.

—Magnolia sabía que la nota era para Brett. Ella me... —Deja la frase en el aire, y ya veo adónde va.

—¿Te sugirió que la escribieras?

Keira asiente con la cabeza, como si le fallaran las palabras, y la confusión y el resto de emociones quedan bien patentes en su cara. Quiero dejarle una cosa clarísima antes de que termine la conversación: lo agradecido que estoy por haber recibido la nota.

Extiendo el brazo y le cojo la mano, estrechándosela.

—Mírame, Keira.

Me mira a los ojos.

—Me da igual cómo o por qué lo hizo, pero recibir esa nota ha sido lo mejor que me ha pasado en la puta vida. Te puso en mi radar. Sin la nota, nunca habría sabido de tu existencia.

Traga saliva y asiente con la cabeza.

—Eso no es lo que me desquicia. De verdad. No borraría absolutamente nada de aquella noche. —Me da un apretón en la mano.

Sus palabras y el fuerte apretón de sus dedos me dan más esperanzas para el futuro. Somos más fuertes que esta situación. Más fuertes que las circunstancias que nos han reunido. Los motivos de Magnolia ya no me importan, pero sé que a Keira sí, y entiendo por qué necesita respuestas.

Por desgracia, no puedo ofrecerle respuestas si no las poseo. Lo que sí tengo es algo más de información, un detalle que espero que no le provoque más dolor.

—La nota me la entregó un mensajero, y me intrigó. Magnolia me dijo que

una persona anónima me ofrecía a alguien especial como un regalo que sabía que me gustaría. Me garantizó que nunca encontraría a una mujer comparable, y tenía razón. Eres incomparable. Inolvidable.

## Keira

La mano de Lachlan me da un fuerte apretón. Acepto la fuerza que me ofrece, aunque tenga que afrontar la innegable impresión del engaño de Magnolia.

Hasta este momento desconocía que fuera posible verse dividida por dos emociones tan opuestas. Agradezco que Magnolia me pusiera en el camino de Lachlan, pero la puñalada traperera que me ha dado es innegable.

Me pintó la imagen de un hombre más temible que el mismísimo diablo y, sin embargo, me empujó a su camino. Sin saber cómo acabarían las cosas. ¿O acaso lo sabía?

Yo... No entiendo nada, joder.

—No sé si mi mejor amiga estaba haciendo de casamentera o si me estaba prostituyendo.

Lachlan me da otro apretón y extiende el otro brazo para aferrarme la barbilla.

—Ni se te ocurra decir eso de ti misma, joder. Nos la ha jugado a los dos, Keira. Ha sido una jugada magistral. Te dije que era la mejor en lo suyo por una razón. Me conocía. Sabía lo que me gustaba, a lo mejor lo sabía mejor que yo. Y te puso en mi camino. A la mujer que sabría que desearía de inmediato. Porque tú eres la droga a la que no me puedo resistir. Apostó a que me engancharía a ti con solo probarte una vez y ganó.

Me quedo boquiabierta de nuevo en lo que me parece la enésima vez durante los últimos minutos, y no porque yo no sienta lo mismo con respecto a

aquella noche. Ansiaba más. Necesitaba más. Joder, si hasta me casé al día siguiente con el tío que pensaba que era él.

—Pero no entiendo su motivación. Eso es lo que no tiene sentido. —Y esa es la parte que me tiene perpleja. ¿Es este otro ejemplo de «Magnolia, la sabelotodo»? ¿O estaba jugando a la ruleta rusa con mi vida?

—Ojalá pudiera ofrecerte una respuesta, pero no la tengo. Magnolia Maison no ha llegado adonde está haciendo cosas sin motivo. Es lista. Astuta. Siempre la he respetado. Pero hay otra cosa importante que debes saber.

Me preparo para otra confesión que no sé si podré aguantar.

—¿El qué?

La mirada oscura de Lachlan se suaviza mientras me acaricia la mejilla con el pulgar.

—Dos días después del baile de máscaras, seguía sin poder dejar de pensar en ti. En lo increíble que eras. En tu forma de exigir lo que deseabas y de entregarte a la vez.

Sus palabras despiertan un deseo palpitante en mi interior mientras rememoro los recuerdos, y eso consigue que la sensación de traición se diluya al concentrarme en lo que realmente importa: el lugar al que he llegado gracias a su intervención.

—Fui a ver a Magnolia y le dije que quería estar contigo otra vez. A largo plazo. Y de forma exclusiva.

—¿Eso hiciste? —le pregunto, alucinada.

Lachlan asiente con la cabeza.

—Claro que lo hice. Lo que exigiste y lo que me entregaste era único. Magnolia consiguió su objetivo. Sabía que me engancharía.

La confusión me invade de nuevo.

—¿Crees que esperaba que empezase a trabajar para ella?

—No lo sé, pero cuando le pregunté por las condiciones y por la forma en

la que podría adquirirme...

El término hace que ponga cara de asco, y él frunce el ceño.

—Fierecilla, así era yo y eso hacía. Las mujeres eran bienes. Que poseer. Que usar. Y que apartar de mi mente en cuanto me corría. No puedo cambiar eso.

—Pero esa parte no tiene por qué gustarme.

Su mirada me atraviesa.

—Así era yo hasta que te conocí —afirma, enfatizando cada palabra—. No podía dejar de pensar en ti. Te colaste en mi vida. Lo cambiaste todo.

Su confesión me alivia, pero no cambia el hecho de que Magnolia me mintiera. Claro que Lachlan no tenía la culpa, y yo no podía hacer que cargara con ella.

—¿Y qué pasó cuando le preguntaste?

—Magnolia me dijo que eras mujer de una sola vez. Que habías dejado la profesión. Que necesitabas el dinero y que solo habías accedido a hacerlo una noche.

La opresión que siento en el pecho disminuye un poco.

—Así que no planeaba ofrecerme a sus clientes.

Lachlan niega con la cabeza.

—No. No entiendo por qué lo hizo, pero creo que fue sincera al decir que no podía repetirse.

Ansío creerlo, pero ahora mismo no sé qué pensar de mi mejor amiga. Jamás la habría creído capaz de algo así, de modo que me resulta difícil confiar en ella ahora mismo.

—¿Cómo puedo estar segura de eso?

—Porque le ofrecí una fortuna por otra noche y siguió negándose.

De nuevo, las palabras de un hombre que antes me daba miedo consiguen aliviar el dolor de la traición de una confesión que ha agitado mis cimientos.

Y entonces es cuando se me ocurre que Magnolia no tenía más alternativa que decirle que no.

—No podía ofrecerte otra noche, porque yo me fugué con Brett. Me casé al día siguiente por lo que había pasado durante el baile de máscaras. Creí que tú eras él. La única decisión impulsiva de mi vida y...

Lachlan contiene el aliento.

—Ojalá hubiera ido a verla aquella misma mañana. Podrías haber sido mía desde aquella noche en adelante. Cuando me dijo que te habías casado con otro y que estabas fuera de mi alcance... No, sus palabras exactas fueron: «No forma parte de tu mundo». Me cabreé mucho.

—No me habría casado con él de haber sabido que...

Su otro brazo me rodea con cuidado la cintura y me pega a él. Me acerca la cara a la suya para besarme en los labios.

—No te lo habría permitido, joder. Ni de coña.

Sus labios capturan los míos y me dejo llevar, empapándome de su calidez y de su sinceridad. Este hombre cambió el rumbo de mi vida sin saber siquiera que lo había hecho. Lo miro a los ojos una vez que me suelta la barbilla.

—Si tuviste que renunciar a mí por Brett... —digo antes de hacer un gesto que nos abarca a ambos—, ¿cómo es posible que haya pasado esto?

Lachlan me mira más orgulloso que arrepentido.

—Keira, no hay nada fuera de mi alcance. Nada.

Tengo que hacer un gran esfuerzo para no sonreír por su arrogancia. Sumida en esta vorágine de emociones y confusión, hay una cosa que tengo muy clara: Lachlan Mount no dudó ni un momento de lo que deseaba. Que era yo.

Las piezas empiezan a encajar.

—Así que... hiciste que sucediera esto. Todo lo que pasó desde entonces lo hiciste tú manejando los hilos.

—Por supuesto. Cuando el trofeo es el adecuado, el fin justifica los medios.

Ni siquiera puedo echárselo en cara. ¿Cómo si no habría conseguido que me enamorara de él? No acabo de imaginar otro camino que nos hubiera conducido al lugar donde estamos ahora mismo. Y eso aumenta la confusión.

Recuerdo que Magnolia me dijo que le plantara cara y no le permitiera pisotearme. Que me mantuviera en mis trece. ¿Sabía que de esa manera aumentaría el interés de Lachlan por mí? A estas alturas no me fío de nada de lo que me ha dicho. Mientras yo reflexiono al respecto, Lachlan sigue hablando.

—La obligué a decirme tu nombre. Te localicé, descubrí con quién te habías casado. Empecé a vigilarte desde aquel día. Hice mis indagaciones. Descubrí las debilidades de Brett. Y averigüé que te había estafado. Y esperé...

Guarda silencio, y me deja desesperada por saber adónde va a llegar.

—¿A qué?

—A que te dieras cuenta por ti misma de lo que era Brett. Me obligué a apartarme hasta que tú cortaras todos los lazos con él.

—¿Por qué esperaste? No me parece propio de ti. —Intento encontrar una explicación lógica, pero no doy con ella.

—A lo mejor no es habitual, pero contigo es distinto. —Ladea la cabeza.

Todavía confundida, le pregunto:

—¿Porque necesitabas que yo tocara fondo para poder abalanzarte sobre mí?

Él niega con la cabeza.

—No. Te necesitaba más fuerte que nunca.

—Pero si me estaba desintegrando...

—No, eso no es cierto. Te estabas forjando. No me digas que no necesitaste echarle valor para tomar la decisión final.

Parpadeo dos veces. Tiene razón. La decisión de ponerle fin a mi

matrimonio no fue una que tomara a la ligera. Fue muy meditada. Aunque fuera un matrimonio tan corto, me dolió admitir que me había equivocado tanto.

—Así que me observaste y esperaste. Lo que explica que aparecieras en el momento adecuado. Cuando busqué un abogado. Cuando conseguí el apartamento. Cuando puse las cosas en marcha. —Me presiono una sien con dos dedos a medida que las piezas van encajando. De no haber tenido un dolor de cabeza, la repentina revelación me lo habría provocado—. Y ese desgraciado accedió a aceptar tu dinero y a largarse, aun sabiendo que tú me lo exigirías después.

Lachlan no intenta siquiera negarlo.

—Hice lo que tenía que hacer para conseguir lo que quería.

—Así que todo esto que ha pasado, desde el principio, no tenía nada que ver con el dinero... —digo con voz asombrada, porque acabo de descubrir la verdad más impactante.

Lachlan levanta una mano y me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja.

—No, Keira. Aquí lo importante siempre has sido tú.

## 12

### Keira

«Lo importante siempre has sido tú.»

La forma en la que lo dice me provoca escalofríos por todo el cuerpo, pero no por el miedo. Nunca volverán a ser por culpa del miedo. El motivo es muy distinto: la certeza de que nadie me ha deseado como me desea este hombre. Él mismo lo ha admitido. Era su adicción. Podría haber aparecido con su capucha y sus secuaces para llevarme a su complejo el día que descubrió que me había casado con Brett, pero no lo hizo.

Lachlan Mount no solo es implacable, también es la personificación de la perseverancia. Ha dicho que Magnolia era astuta, pero él es un auténtico estratega. No puedo protestar por el resultado, pero debo reconocer que solo he sido un peón en un juego mucho mayor del que creía.

—Has estado jugando al ajedrez con mi vida, y yo ni siquiera sabía que estaba en el tablero. —No lo digo con rabia. Solo intento desentrañar el misterio que representa este hombre.

—La vida es una partida de ajedrez, Keira. Todos los días haces un puto movimiento que decide tu futuro.

—Y Magnolia me convirtió en un peón.

—No. —Lachlan niega con la cabeza, despacio, y vuelve a acariciarme la mejilla—. Ahí te equivocas, fierecilla. Nunca has sido un peón. Siempre has sido la reina. La pieza más poderosa del puto tablero.

—¿Cómo? —De repente, deseo haber prestado más atención al ajedrez cuando mi padre intentó enseñarme a jugar de pequeña.

—El rey es la pieza de más valor, pero sin una reina, tiene muchísimo menos poder. Juntos aumentan sus posibilidades de victoria. —Se queda callado un momento mientras me acaricia la mejilla como si yo fuera lo más valioso que ha tocado jamás—. Me he pasado la vida evitando cogerles cariño a las personas porque creía que eso sería una debilidad que mis enemigos aprovecharían. No me di cuenta de lo equivocado que estaba hasta que te conocí. Tú me das fuerza, y juro por Dios que no dejaré que nadie te aleje de mí.

La vehemencia de sus palabras debería asustarme, pero me resulta reconfortante. Y luego dice algo que me llega más hondo si cabe:

—Y aunque nunca dejaré que nadie te aleje de mí, ahora mismo te ofrezco la posibilidad de hacerme todas las preguntas que quieras. Júzgame. Toma una decisión por ti misma. Necesito saber si eres capaz de vivir a mi lado, Keira, porque si no puedes, tendré que buscar la forma de dejarte marchar.

La simple idea me destroza el corazón de una manera que ni había imaginado, y también hace que se me llenen los ojos de lágrimas.

—Si tienes más preguntas, es el momento de hacerlas.

La mente me trabaja a mil por hora, pero no se me ocurre nada que me haga cambiar de opinión. No en este momento.

Salvo...

Me llevo una mano a los labios al recordar la historia tan brutal que Magnolia me contó de él. Cuando obligó a una mujer a bailar sobre cristales rotos hasta que acabó cortándose las venas. No soy capaz de encajar esa historia con el hombre que tengo delante. Es más, ni siquiera quiero pensar en que pueda ser verdad.

Lachlan debe de leer la confusión en mi cara, porque me suelta:

—Haz la pregunta, Keira. —Es una orden.

Suelto el aire de golpe, haciendo acopio de valor. No sé lo que haré si me

equivoco y es cierta.

—Magnolia me contó una historia sobre ti...

Su cara adopta una expresión pétrea, endureciendo sus facciones. Es la máscara de granito que no soporto ver. Es como si esperase lo peor, y tal vez tenga razón al hacerlo.

—Circulan muchas historias sobre mí. Vas a tener que especificar. Algunas son ciertas y otras son rumores y leyendas urbanas.

Tengo que soltarlo de golpe. Es la única forma de hacerlo. Así que lo hago.

—La historia de una mujer a la que obligaste a bailar sobre cristales rotos. ¿Es cierta?

Su expresión no cambia mientras se aparta de mí, y la corta distancia que nos separa se me antoja más ancha que el Gran Cañón.

—Sí, lo es.

## Mount

Reprimo mis emociones, una a una, y me preparo para lo inevitable. El momento en el que Keira diga que no puede estar con semejante monstruo. Porque soy la encarnación del diablo, y es imposible que quiera estar con alguien capaz de hacer las cosas que yo he hecho.

Dejarla marchar me hará perder todo rastro de humanidad que aún me quede, pero no la mantendré atrapada en contra de su voluntad. Ya no. Hemos dejado atrás ese límite. Si dice que quiere irse, no la detendré.

El poco color que tenía en la cara desaparece, y la mirada preocupada de sus ojos me mata.

No quiero su miedo, pero ¿qué otra cosa merece un hombre como yo?

El silencio se interpone entre nosotros hasta que Keira, la reina que nunca supe que necesitaba hasta que nos engañaron para acabar en una situación que ninguno habíamos previsto, consigue hablar.

—Dime por qué.

No es una pregunta. Es una orden que no me esperaba. No esperaba que le importara el motivo detrás del hecho.

—¿Importa?

Asiente con la cabeza de forma casi imperceptible, pero capto el movimiento.

—Importa más que cualquier otra cosa que te haya preguntado hasta ahora. Por favor, dime por qué hiciste algo así. Tengo que creer que hubo un motivo.

—La amenaza de las lágrimas queda patente en su voz, y prefiero recibir otro balazo antes que oírle hablar con esa pena otra vez.

No acostumbro a darle explicaciones a nadie de mis actos. Jamás. Pero sé que esta es una excepción que debo hacer si no quiero perderla para siempre.

Aparto la mirada, porque no quiero ver su cara mientras le cuento la historia.

—Hace unos diez años, había un niño que bailaba claqué en las esquinas del Barrio Francés, cerca de Jackson Square. Lo veía casi siempre que salía de aquí. Día tras día, el mismo niño. La gente cree que cuando eres el jefe, no te fijas en los detalles, pero eso no es cierto. Cuando ostentas el poder que yo tengo, sabes que los detalles marcan la diferencia entre la vida y la muerte. Pero este no era uno de esos detalles. Ver al mismo niño todos los días no debería haberme llamado la atención, pero había algo en él que me retorció las tripas. —Hago una pausa al recordar la cara del niño y me obligo a continuar—. Cada vez que lo veía, me parecía más perdido. Debería haber estado en el colegio, o eso suponía yo. Porque no tendría más de seis o siete años. O eso me parecía. Era un saco de huesos.

Keira contiene el aliento al imaginarse la escena que estoy pintando, pero no la miro. Estoy demasiado inmerso en los recuerdos.

—Un día, me detuve y me senté en un banco durante seis horas para mirarlo. A él y a su cubo, donde los turistas le arrojaban el dinero. Cada dos horas más o menos, aparecía una mujer o un hombre para llevarse el dinero, y el niño seguía bailando. Yo ya llevaba mucho tiempo en la calle y reconocía perfectamente a los adictos de todo tipo. Los adictos a la metanfetamina se reconocen muy rápido.

—Dios mío —susurra Keira, porque ya ha comprendido cuál es el final de la historia.

Mantengo la vista clavada en la pared que ella tiene detrás, por encima de

su hombro, porque no quiero que vea la rabia que me invade cuando lo recuerdo.

—Por favor, dime que no... —Deja la frase en el aire y me gustaría poder decirle que la historia no acaba como ella se teme.

—El subidón del cristal, que es la forma más potente de la metanfetamina, puede durar de ocho a veinticuatro horas. Cuando el niño empezaba a ralentizarse, se lo llevaban un rato, y también se llevaban el cubo. Aquel día los seguí y vi que la mujer, que era su madre, joder, drogaba al niño.

A Keira se le escapa un sollozo.

—No. Pero ¿cómo era capaz de hacer algo así?

—Hay muchos padres que les hacen cosas espantosas a sus hijos, y es imposible salvarlos a todos.

—No me entra en la cabeza que...

—No lo pienses. Esas cosas no deberían pasar, pero es el puto pan de cada día.

—¿Qué hiciste?

—Llamé a algunos de mis muchachos. Cogimos al niño, a la madre y al gilipollas de su novio, que también era el camello. —Aparto la mirada de la pared y la clavo en Keira, que está horrorizada mientras le confieso lo brutal que puedo ser y lo poco que me arrepiento—. Drogaba al niño con cristal para que bailara y así ganaba dinero.

Keira se lleva un puño a la boca como si estuviera intentando no vomitar, y no la culpo.

—La justicia callejera no es un tortazo en la mano o unos días en la cárcel. La justicia callejera consiste en el ojo por ojo. Es dura. Es brutal. Keira, eso es lo que soy. Duro. Brutal. Y no me arrepiento.

Su expresión asqueada me hace desear por un instante ser otro hombre. Uno que la merezca. Pero no lo soy. Me forjé en los fuegos del infierno donde

crecí. Sobreviví en las calles de la única manera que sabía, trepando por los peldaños de la organización de Johnny Morello.

Aparto la mirada de ella porque supongo que no tardará en salir corriendo. En cambio, me hace una pregunta inesperada con un hilo de voz.

—¿Cómo se llamaba el niño?

—Rubio.

Observo la sábana blanca que he aferrado con fuerza con una mano, y todo con tal de no mirarla a la cara. Sin embargo, Keira no se mueve.

—¿Qué le pasó?

Me obligo a soltar la sábana y a mantener un tono de voz neutro.

—Me aseguré de que lo adoptaba una buena familia. Una que no le hará daño jamás, porque saben cuál sería el castigo si lo hacen. Lo matriculé en un colegio privado que pago yo. Solo saca sobresalientes. Los ojeadores de las ligas universitarias de baloncesto están interesados en él, pero sabe que puede ir a la universidad que quiera.

La mano de Keira cubre la mía y levanto la cabeza para mirarla.

—Lo salvaste —susurra.

—Ví cómo su madre se cortaba las muñecas —replico con brusquedad, porque yo soy así—. No te atrevas a convertirme en una especie de héroe, porque eso es lo último que soy, joder.

La mirada de Keira se endurece.

—No necesito un puto héroe, Lachlan. Necesito un hombre que sea capaz de proteger a los indefensos. Tú puedes llamarlo como te dé la gana, pero a mí me parece que es justicia y honor.

La miro con los ojos entrecerrados.

—Se te escapa lo esencial.

Ella niega con la cabeza y esa barbilla testaruda se levanta un poco más, desafiante.

—No, se te escapa a ti. No lo ves, pero yo sí. Me apuesto lo que quieras a que ese no es el único niño al que salvaste de un destino peor que la muerte. ¿En nombre de cuántos más te has vengado?

### *Dieciocho años antes*

El jefe me había encomendado que hablara con la vieja guardia, más concretamente con un antiguo capo de un cártel al que la CIA había instalado en una cómoda casa del Garden District como parte de su jubilación. Cualquiera que pensase que el negocio de la droga empezaba más allá de la frontera sur del país debería hacérselo mirar. La guerra de la droga es un chiste, porque es una guerra que empezamos nosotros y que no acabará nunca.

Se suponía que debía dejar un paquete y recoger otro. Un intercambio de dinero por información.

Si algo había aprendido de Johnny Morello, era que la información podía tener un valor incalculable. Llevaba diez años ascendiendo por los peldaños de su cruel organización. Una vez que entrabas, la única manera de salir era con los pies por delante. Pero como yo no tenía otro sitio adonde ir, me alegraba de poder abrirme camino hacia arriba con uñas y dientes, poco a poco.

Por fin había logrado llegar a un puesto de confianza. Por algún motivo que no entendía, le había caído en gracia a Morello. Me estaba formando. Yo lo sabía. Todos los demás lo sabían. Y, al parecer, también lo sabía este anciano que bebía tequila en su jardín como si dispusiera de todo el tiempo del mundo y yo no tuviera otra cosa que hacer.

—¿Tiene el paquete? —le pregunté por segunda vez. Al igual que le pasaba a Morello, no me gustaba repetirme.

—Siéntate. No me gusta que estés ahí como un pasmarote. —El anciano seguía hablando con un acento muy marcado, y me pregunté qué información les habría dado a los agentes de la CIA para acabar viviendo tan cómodamente.

Me senté enfrente de él y empecé a tamborilear con los dedos sobre la lana italiana de mi pantalón. Cualquiera diría que dado el calor de Nueva Orleans estaría sudando, pero el sastre de Morello, Giorgio, solo usaba las telas más frescas y ligeras.

Si alguien me hubiera dicho diez años antes que vestiría con trajes italianos en vez de llevar camisetas interiores sucias y desgarradas, me habría echado a reír. Y me habría equivocado. Cinco años antes, después de demostrarle mi lealtad de forma satisfactoria, Morello me abrió las puertas de su círculo de confianza, y fue entonces cuando Giorgio me hizo mi primer traje.

Nunca pensé que conocería el tacto de la seda sobre la piel, pero a esas alturas se había convertido en algo cotidiano. Por fin entendía por qué los hombres que llevaban traje parecían más seguros de sí mismos y más poderosos. Porque así fue exactamente como me sentí yo la primera vez que me vi con traje en un espejo. También fue el mismo día que Morello contrató a un tutor para que me enseñara a hablar como si hubiera recibido una educación decente, no la de la supervivencia en las calles, y dejara de hablar como el ladronzuelo que fui.

—Pareces un hombre inteligente. Morello ha estado educándote para que te conviertas en su mano derecha, ¿verdad?

—Señor, sin ánimo de ofender, solo he venido a por el paquete. Tengo prisa.

El anciano mexicano meneó la cabeza.

—Nunca me acostumbraré a la forma de ser de los norteamericanos. Nosotros hacemos las cosas de otra manera.

—Aquí no desperdiciamos el tiempo. Al menos, no en la organización del señor Morello.

El anciano extendió un brazo para coger el sobre que tenía al lado, un sobre que contenía la información que necesitábamos para hacernos con el control de la distribución de la droga en la ciudad para así eliminar al cártel. De momento, al menos. Yo era lo bastante listo como para ver más a largo plazo. El cártel seguiría acumulando poder y, al final, tendríamos que llegar a un acuerdo. Morello seguramente no querría, pero a veces la arrogancia no le dejaba ver las cosas con claridad.

El anciano extendió el brazo con el sobre en la mano; pero, cuando fui a cogerlo, lo apretó con fuerza.

—Dime, Mount, ¿eres un buen hombre?

La pregunta me dejó de piedra.

—¿A qué viene eso ahora?

—Solo es la curiosidad propia de un anciano.

Miré sus desvaídos ojos castaños y le dije la verdad.

—No. No lo soy.

Por algún motivo, la respuesta pareció satisfacerlo. Esbozó una sonrisa.

—Respeto tu sinceridad. —La sonrisa desapareció tan rápido como había aparecido—. Pero no respeto la de tu jefe. Él usa el miedo y la intimidación para mantenerse en el poder. No el respeto. El verdadero poder, y la habilidad para mantenerlo, requiere de las tres cosas.

Su afirmación me llegó a lo más hondo, porque la reconocí como cierta. Sin embargo, mantuve una expresión inescrutable, porque tenía claro a quién le debía mi lealtad y no era precisamente a ese viejo mexicano.

—El problema que usted tenga con Morello no me incumbe.

El anciano ladeó la cabeza.

—¿Y si te digo que le gustan muy jovencitas?

Apreté los dientes. Era como si ese tío conociera mis puntos débiles.

—Siempre y cuando sean mayores de edad y ellas lo consientan, no es asunto mío.

Sabía bien cuáles eran los gustos de Morello. Cuanto más rubias y más jóvenes, mejor. Pero yo había hecho los deberes y me había asegurado de que todas fueran mayores de edad y de que no parecieran obligadas a hacerlo. Reconozco que no era una buena persona, pero tenía mis líneas rojas.

—¿Y si fueran menores de edad y las obligaran?

Me levanté de la silla con brusquedad y lo miré a los ojos desde arriba.

—Vamos al grano, viejo, porque no he venido aquí para responder veinte preguntas. —El respeto desapareció de mi voz, de la misma manera que lo hizo la paciencia.

Él hizo un gesto con la cabeza para señalar mi traje.

—Tu sastre tiene una hija. Joven y rubia. ¿Cuántos años tiene?

Que hubiera conseguido dicha información me dejó claro por qué la CIA lo trataba como si fuera un puto rey.

—¿Adónde quiere llegar? —mascullé, porque no me gustaba el cariz que había tomado la conversación. En parte creía que estaba intentando joderme para ver hasta dónde llegaba mi lealtad. Tal vez fuera una prueba. Tal vez fuera algo que habían urdido Morello y él juntos.

—Si te interesa el tema, no le quites la vista de encima a la hija del sastre. Porque, al parecer, a Morello le gusta la carne más tierna que la de la mayoría de edad últimamente.

Que Morello tocara a Greta, una niña de catorce años, la misma edad que tenía Hope cuando Jerry intentó violarla, me provocó la misma rabia que sentí aquella noche.

—¿Qué coño sabrás tú? ¿Y por qué me lo cuentas a mí?

El viejo se encogió de hombros.

—A lo mejor no me gustan los hombres que les hacen daño a los niños.  
Algo que he oído que tenemos en común.

No podía estar al tanto de mi pasado. Era imposible.

Le quité el sobre de la mano y me lo coloqué debajo de un brazo.

—Ha sido un placer.

—Lo mismo digo, Mount. Espero que volvamos a vernos pronto.

Las palabras del viejo mexicano me torturaron durante días.

Le entregué el sobre a Morello, pero no le dije nada sobre las acusaciones. En cambio, vigilé lo que sucedía. Con la puta esperanza de que el viejo estuviera mintiendo.

Cuando Morello mandó a Giorgio a Italia para que eligiera las telas nuevas, me invadió un mal presentimiento. Greta y Giorgio vivían en el complejo. Giorgio era viudo y Morello le había asegurado que cuidarían de Greta en su ausencia.

Yo no paraba de recibir encargos, así que me era imposible vigilarla como hacía cuando montaba guardia delante de la habitación de Destiny y cuando, después, lo hice con Hope.

Deseaba que el viejo se equivocara, pero el instinto me decía que tenía razón.

Volví antes de la cuenta de un encargo, y entré por los pasadizos secretos para llegar al despacho de Morello. Era la única estancia sin mirillas de todo el complejo, y entré sin permiso... algo que podría costarme la vida.

Pero el instinto me dijo que tenía que hacerlo.

No quería creer lo que veían mis ojos. Morello había enterrado una de sus grandes manos en el pelo de Greta, a la que había inclinado sobre la mesa. Se había sacado la polla y le había desgarrado la camiseta a la niña. Sus gritos y

las burlas de Morello me atronaron los oídos antes de que lo hiciera el rugido de la sangre.

Vi a Hope y a Jerry. No a Greta y a Morello. Una calma asesina se apoderó de mí, y no me detuve a sopesar las consecuencias de mis actos.

Desenfundé el revólver de la sobaquera que nunca me quitaba y atravesé la estancia sin hacer ruido. Con la sangre helada en las venas, coloqué el cañón del arma en la nuca calva de Morello antes de pudiera hacer el menor movimiento.

—Quítale las putas manos de encima —le dije en voz baja, conteniendo la rabia.

—¿Qué coño haces, chaval? —me preguntó Morello, furioso—. Ya te puedes estar largando o te mataré con mis propias manos, joder.

—Quítale las putas manos de encima —repetí, enfatizando cada palabra.

—Estás muerto, chaval. Y yo que había depositado tantas esperanzas en ti... —Alejé a Hope, o mejor dicho a Greta, de un empujón. Con el rabillo del ojo vi la expresión aterrada de su cara, bañada por las lágrimas.

—Dime que es la primera vez que la has tocado y, si es así, solo te meteré una bala en la cabeza.

—Que te den, chaval. No te atrevas a interrogarme. Usaré tu puta cabeza de pisapapeles en la mesa.

—¿Greta? —dije, sin mirarla, manteniendo los ojos y el revólver clavados en Morello.

Ella sollozó, sin contestar.

—Dímelo, Morello. Hazme creer que no las tocado antes, joder, porque si no, será tu cabeza la que haga de pisapapeles.

Mi jefe por fin comprendió la seriedad de mis amenazas y se quedó petrificado.

—Apenas la he tocado. Fue ella la que me lo pidió. Entró suplicándomelo.

Quería probar a un hombre de verdad.

—Miente —intervino Greta, con la voz quebrada—. Me dijo que me mataría si se lo contaba a alguien.

—¿Cuántas veces? —le pregunté con voz baja y letal.

—Siempre que mi padre se va.

—No le hagas caso a esa puta imbécil. Solo quiere ser el centro de atención, como...

Amartillé el revólver y Morello guardó silencio.

—Cuando acabe contigo, desearás que apriete el gatillo. Greta, vete de aquí. Corre a tu habitación y enciérrate en ella. No dejes entrar a nadie.

La niña se puso de pie y echó a correr hacia la puerta, aunque forcejeó con el pomo, momento en el que comprendí que le había echado el pestillo.

El viejo mexicano tenía razón. Me daba igual por qué quería que yo matara a Morello, pero sabía que lo haría. Me estaban utilizando, pero esa era la menor de mis preocupaciones.

Sin apartar el revólver de la cabeza de Morello, tanteé hasta dar con la navaja automática que llevaba en el bolsillo. Había derramado mucha sangre para él y ahora derramaría la suya.

—Vas a morir muy despacio, desgraciado.

—Y tú serás el siguiente, Mount.

Pulsé el botón para desplegar la hoja. Cuando se la clavé en uno de los riñones, Morello aulló de dolor.

—No, Morello, te equivocas. Porque voy a hacerme con el control. Desde hoy mismo, esta organización es mía. Quien no esté de acuerdo, morirá igual que tú. —Le saqué la hoja y se la clavé en el otro riñón. La sangre ya manchaba el que hasta entonces era un traje limpiísimo.

Aquello no iba a ser bonito ni agradable.

Cuando acabé, la cabeza de Morello descansaba en una esquina de la mesa,

sobre un fajo de papeles. El resto de su cuerpo seguía en el sillón al otro lado de la mesa, enfrente de mí. En el sillón del visitante, no en el del jefe. Acto seguido, llamé a todos los miembros de la cúpula de la organización para informarles del cambio de dirección.

Las revoluciones no se pueden llevar a cabo sin derramamiento de sangre y las venganzas, tampoco.

## Keira

Lo veo reflejado en su cara: espera que lo rechace, que rechace todo lo que es. Pero Lachlan Mount no me conoce tan bien como cree y, al parecer, yo tampoco me conocía muy bien.

La historia que me contó Magnolia me revolvió el estómago. La historia que me ha contado Lachlan me lo ha revuelto todavía más, pero por un motivo muy distinto.

No me da ningún miedo. En absoluto.

Por fin empiezo a comprender quién es en el fondo. Lachlan Mount nunca será un héroe de cuento de hadas, pero estoy segurísima de que Rubio lo llamaría su salvador. Estoy segura de que otros muchos también lo ven así.

Lachlan Mount vive según un código personal, no siente el menor remordimiento por sus actos, pero eso no quiere decir que no tenga motivos honorables.

—Impartes justicia como crees conveniente, pero no creo que le hayas hecho daño a una persona inocente a propósito.

—No te engañes ni finjas que salvar a un par de críos compensa todo lo que he hecho. No podrás encontrar un alma más negra que la mía ni aunque rebusques en las llamas del infierno.

Está convencido de lo que dice. Lo veo en su cara, pero yo creo que se equivoca.

—¿Quieres que te diga que me das asco? Pues mírame a los ojos y dime que me sacrificarías para salvarte.

Lachlan pone los ojos como platos antes de enmascarar la sorpresa.

—¿Qué coño intentas demostrar?

—Dímelo. —Mi orden es tan firme como el hombre que tengo delante—. Convénceme.

Tuerce el gesto, asqueado.

—Ni de coña.

La sonrisa triunfal que esbozo seguramente sea tan torcida como lo que me consume por dentro, pero me da igual.

—Morirías por mí. Ya me lo has demostrado. Te plantaste delante de una bala con tal de salvarme de recibir un disparo. No permitiste que los médicos te pusieran las manos encima antes de que terminaran conmigo, aunque necesitasés más que yo su atención. Si quieres que crea que eres un monstruo, vas a tener que esforzarte más, porque solo veo a un hombre que merece estar a mi lado.

Me mira con cara de alucinado.

—Te aterroricé, joder. No conviertas esto en un cuento de hadas, Keira. Porque no lo es en absoluto.

Aparta la vista y, en esa ocasión, extendiendo el brazo para imitar uno de sus gestos preferidos: le tomo la cara por el mentón, áspero por el asomo de barba, y lo insto a volver la cabeza para mirarme.

—No quiero un cuento de hadas. Creí tenerlo una vez y mira cómo terminó. Quiero algo real, y tú eres la persona más real que he conocido en la vida. No escondes ni uno solo de tus pecados. Lo que sí ocultas es lo que te motivó a cometerlos, y eso es lo que lo cambia todo. —Me quedo callada mientras veo cómo la incredulidad le frunce el ceño y, después... la esperanza, tal vez.

Todavía no se ha dado cuenta que no necesita la esperanza. Ya me tiene a mí.

—No me aterrorizaste. Tal vez te tuviera un poco de miedo, pero te deseaba

en la misma medida, puede que incluso más. Magnolia acertó con algunas cosas, incluido el hecho de que me comerías la cabeza y de que me obligarías a luchar contra mi propio cuerpo. Pero se equivocó en lo más importante. Me dijo que no podía permitirme que entraras en mi corazón. La verdad es que no puedo tolerar el hecho de que no lo hagas, porque me arrepentiría para los restos. Mi corazón ya es tuyo, lo quieras o no.

Lachlan cierra los ojos un segundo. Cuando los abre, es como ver a un hombre totalmente distinto.

—Gracias a Dios, porque no tengo ni puta idea de cómo iba a lograr dejarte marchar.

—No pensaba consentirlo.

—No te merezco.

Y lo dice en serio. No sé si podré hacerlo cambiar de idea alguna vez, pero voy a hacer todo cuanto esté en mi mano para demostrarle que se equivoca.

Me inclino hacia él.

—Por suerte, eso no depende de ti. Depende de mí, y ya he tomado una decisión.

Me rodea con los brazos. Con cuidado, muy consciente de mis heridas, me insta a tumbarme a su lado en la cama y me abraza contra su cuerpo lleno de cicatrices. Apoyo la mejilla en su torso. Él tiene la barbilla sobre mi coronilla.

Puede que Lachlan Mount crea que es un monstruo atroz, pero yo oigo y siento los firmes latidos de su corazón contra mi oreja mientras me duermo.

## Mount

Mientras la respiración de Keira se acompasa, repaso sus palabras. Con todos los pecados que he cometido, no me merezco a esta mujer, pero no pienso renunciar a ella. No soy tan honorable, aunque ella parezca ver en mí algo que yo no veo. Joder, después de la historia que le he contado, es imposible que pueda quedarse dormida tan tranquila entre mis brazos. Pero aquí está. Es posible, tal vez, que haya algo de cierto en lo que ella cree.

He segado muchas vidas. Y antes de que la mía llegue a su fin, sé que segaré muchas más.

Pero algo que ha dicho me ha llegado hondo.

«Tú eres la persona más real que he conocido en la vida. No ocultas ni uno solo de tus pecados. Lo que sí escondes es lo que te motivó a cometerlos, y eso es lo que lo cambia todo.»

No voy a mentir y a decir que mis motivos son loables, pero muchos son razones que yo considero justas, aunque nunca haya sentido la necesidad de darle explicaciones a nadie, ni siquiera a mí mismo. No sé lo que es el remordimiento. Algunas personas merecen morir y no tengo ningún problema en hacer el trabajo.

Por Keira me gustaría ser un hombre mejor, pero eso no depende de mí. Si fuera otra persona distinta, no la tendría ahora mismo entre mis brazos.

He capeado los temporales que me ha mandado la vida y empiezo a creer que ella es la razón. Ella es mi recompensa. Sí, la forcé a entrar en mi vida, pero acaba de entregarse a mí de forma voluntaria y eso no es algo que yo

vaya a olvidar jamás. La protegeré con mi vida y con todo el poder que tengo a mi disposición.

Nadie la tocará. Jamás.

Me adormilo, pero con un ojo abierto, como de costumbre. Cuando se abre la puerta, cojo una pistola antes siquiera de recordar que la había puesto debajo de la almohada.

J.

Bajo el arma cuando entra mi mano derecha.

—Tenemos los resultados de balística de la bala que encontramos en el coche.

—¿Y?

J atraviesa el dormitorio y me entrega el informe.

—57. Subsónica.

Ese calibre es el favorito de los cárteles cuando usan pistolas y rifles porque es munición antiblindaje. Son armas muy características, imposibles de disimular, y en Nueva Orleans hay un cártel que saca esas putas armas a pasear siempre que puede. Si han usado esa munición, es porque pretendían hacerlo sin pasar desapercibidos.

—Definitivamente es un AR57 —digo—. El disparo llegó del tejado. Ví la mirilla láser. Esa fue la razón de que diera el puto volantazo.

J asiente con la cabeza.

—Una pena que no pudieras salir cagando leches de allí antes, jefe. A lo mejor no tendrían que haberte metido tanta sangre.

—A la mierda con la sangre. Hirieron a Keira, y solo por eso, van a morir. Las calles de Nueva Orleans se teñirán de rojo. Confirma quién disparó antes de llevar a cabo la venganza. Una vez que lo sepamos, los liquidamos.

J abre los ojos de par en par.

—¿A todos?

Asiento con la cabeza.

—A todos esos hijos de puta. Confirma la identidad del tirador antes de medianoche y reúne a las tropas. Nos vemos a las doce en la sala de operaciones para trazar el plan de asalto y lo ponemos en marcha. Esta noche vamos de cacería.

J esboza una sonrisa cruel.

—Quieres decir que vamos de matanza.

Asiento con la cabeza.

—Vete.

—Ahora mismo, jefe.

Tan pronto como la puerta se cierra, Keira se despierta entre mis brazos, con los labios apretados y muy blanca.

—¿Qué pasa? ¿Qué me he perdido? ¿Va todo bien?

Le doy un beso en el pelo, que tiene enredado. Está dolorida a juzgar por su expresión.

—No pasa nada. Todo saldrá bien. Pero necesitas más calmantes. Lo veo en tu cara.

Abre la boca para discutir conmigo, pero la silencio poniéndole un dedo en los labios.

—Esto ha pasado por mi culpa. Yo te arrastré a mi mundo. Déjame cuidarte. Permíteme enmendarlo todo.

—Vale.

Aparto el dedo y le beso los labios. El movimiento me provoca un dolor palpitante en el costado, pero la adrenalina ya me corre por las venas, suprimiéndolo. Me da igual si necesito que me pongan cinta adhesiva sobre los puntos para que no se me salten. Nada va a impedir que me vengue.

Lo que le he dicho a J es cierto. Por haber derramado una sola gota de la sangre de Keira, sus vidas están acabadas. En cuanto me dispararon, rompieron el trato al que habíamos llegado y que les permitía vender su droga en mi ciudad. Si son inteligentes, estarán preparados, pero no esperarán una respuesta tan brutal.

Y deberían esperarla.

No habrá piedad para los hombres que han derramado la sangre de Keira.

## Keira

Lachlan sale de la habitación para encargarse de unos asuntos, pero me promete volver pronto. V está de guardia al otro lado de la puerta. Me dejan sola con mis pensamientos, al menos hasta que un hombre me trae un router wifi, un amplificador de señal y la bolsa con mi portátil, que al parecer han sacado del coche. Por fin puedo trabajar.

Debería estar preguntándome cómo se ha encargado Lachlan de la policía por el accidente; pero, la verdad, me da igual. Mi mente se centra por completo en algo muy distinto.

En mi mejor amiga.

¿O debería decir mi antigua mejor amiga?

¿Qué se le pasó a Magnolia por la cabeza cuando decidió entregarle mi nota a Lachlan en vez de a Brett?

Quiero pensar que me estaba protegiendo de nuevo, que estaba haciendo lo que consideraba mejor. Pero que tu mejor amiga te mienta hace que pongas muchas cosas en tela de juicio.

Me dijo que las amantes de Lachlan desaparecían. ¿Cómo es posible que quisiera convertirme en una de ellas? Me doy cuenta de que se me ha olvidado hacer esa pregunta; pero, la verdad, tampoco me hace falta. Lachlan nunca mataría a una inocente, y sé sin lugar a dudas que nunca me haría daño. En la vida.

De todas formas, Magnolia no lo conoce tan bien como yo. Si ella creía que existía la más mínima posibilidad... ¿cómo pudo hacer lo que hizo?

Nuestra relación es mucho más estrecha que la que tengo con mis hermanas. A ellas les mando mensajes de texto para felicitarlas por sus cumpleaños y una tarjeta. Pero para el cumpleaños de Magnolia, me esfuerzo a conciencia, igual que ella hace con el mío. Hace unos meses, hice que su restaurante favorito le preparase una estupenda cena en su apartamento y también le encargué a un joyero que hiciera unos increíbles alfileres de plata para el pelo, porque está obsesionada con los kimonos.

Así que, ¿cómo fue capaz de jugar con mi vida de esa manera?

Ya no soporto la cama. Los calmantes están haciendo su trabajo, de modo que ya no me duele tanto como antes. La enfermera me quitó la vía la última vez que vino a ver cómo estaba y me dijo que ya no la necesitaba. Ya puedo andar de un lado para otro por la habitación mientras me devano los sesos en busca de una explicación plausible.

Pero no se me ocurre nada.

Gracias a lo que hizo Magnolia, disfruté de la noche más increíble de mi vida, pero con el hombre equivocado. O, para ser exactos, con el hombre adecuado, pero al final me casé con el equivocado.

Recuerdo lo sorprendida que se quedó Magnolia cuando le conté lo que Brett y yo habíamos hecho. Pensaba que daría botes de alegría por mi impulsividad y que me diría que por fin me había sacado el palo del culo, pero se limitó a mirarme boquiabierta.

Magnolia no es tonta. Lo tengo clarísimo.

Tal como me ha dicho Lachlan, ha llegado hasta donde está mostrándose despiadada, pero yo no soy la competencia. Soy su amiga. ¿Es un ejemplo de eso que dicen de tratar a tus aliados peor que a tus enemigos? No lo creo.

Sigo sin respuestas cuando el técnico termina de configurar la conexión. Una vez que se va, V me mira con desaprobación y señala la cama con un gesto de la cabeza, indicándome sin lugar a dudas que debería volver a ella.

Me vuelvo hacia la cama, donde tengo el portátil, pero para dejar las cosas claras, no me resisto a decirle:

—Solo me voy a sentar porque es más fácil trabajar de esa manera.

Me responde con el esperado gruñido antes de dejarme sola otra vez.

Clavo la vista en el móvil y dejo el dedo sobre la aplicación de voz sobre IP, donde tengo el contacto de Magnolia, mientras me pregunto qué coño puedo decirle.

A la mierda. Solo tengo que hacerle una pregunta.

«¿Por qué?»

Toco el icono de la aplicación y espero a que conteste.

## Keira

—Joder, Keke, menos mal que estás bien. Me han dicho que intentaron eliminar a Mount y que había una mujer con él. Que podías haber sido una víctima inocente. Me tenías de los putos nervios, porque no había manera de hablar contigo.

El tono de voz de Magnolia roza la histeria, pero me obligo a reaccionar como si fuera un témpano de hielo, al estilo Mount.

—Si hubiera sido una víctima inocente, ¿de quién habría sido la culpa, Mags?

—¡De esos cabrones que está claro que quieren acabar muertos!

—Y una mierda. Tú me pusiste en esta tesitura, y quiero que me digas ahora mismo en qué coño estabas pensando cuando le diste mi nota a él en vez de dársela a Brett.

Magnolia guarda silencio.

—¿Qué? ¿No tienes nada que decir? ¿Creías que nunca lo descubriría?

—Keke...

—Ni se te ocurra intentar negarlo, Mags. Me ha dicho que le diste la nota. Me la jugaste. —Salgo de la cama sin darme cuenta de lo que hago y empiezo a pasear de un lado para otro mientras sigo hablando y sujetando el teléfono con una mano temblorosa.

El silencio se alarga, y nuestra amistad parece estar a punto de desgarrarse a medida que pasan los segundos.

—Por favor, di algo. Estoy intentando comprenderlo todo, pero tienes que

decirme por qué lo hiciste, Mags. —Se me quiebra la voz al pronunciar su nombre. Aunque no cambiaría el lugar en el que me encuentro, su traición me resulta demasiado dolorosa y también es demasiado reciente como para analizarla de forma racional—. Has sido una hermana para mí, pero me ofreciste en bandeja a un hombre que tú misma pensabas que era la encarnación del mal. ¿Cómo quieres que lo interprete? ¿Por qué lo hiciste?

Magnolia empieza a hablar, y me da la impresión de que nos hemos intercambiado los papeles. No hay emoción en su voz, porque soy yo quien las manifiesta todas.

—No había manera de hacerte entrar en razón con respecto a Brett Hyde. La mujer más racional e inteligente que conozco se convirtió en una persona irracional en lo que a él se refería. Intenté alejarte de él, pero no hubo manera. Te hechizó de tal forma que me resultó imposible liberarte.

—¿Podías haberme dicho cómo era en realidad!

—¿Y me habrías creído? Cada vez que sacaba el tema de conversación, empezabas con el cuento de que era tu alma gemela y blablablá. Estabas segurísima. Joder, Keira. Irradiabas felicidad, y yo sabía que todo era mentira. ¿Cómo querías que te arrancara el corazón y te lo pisoteara? Te considero una hermana y tenía que encontrar la manera de que vieras por ti misma la verdad para que huyeras lo más rápido posible.

—¿Y tu forma de hacerlo fue que echara un polvo con un desconocido? ¿Estás loca o qué? —Me doy media vuelta, furiosa y con la voz tan trémula como la mano.

—Cuando trabajas en la calle, no tardas mucho en desarrollar el instinto, y no se llega adonde he llegado yo sin que la intuición funcione como si fuera un puto poder mágico.

Me paso una mano por el pelo.

—¿Qué coño significa eso? No estás contestando a mis preguntas.

—Joder, Keke, deja de pasear y siéntate. Solo intento explicarte por qué decidí arriesgarme a apostar a la persona más importante de mi vida.

Gruño por lo bajo, contrariada porque sabe que estoy paseando de un lado para otro sin verme. Me siento de nuevo en la cama, pero solo porque otra vez ha aparecido el dolor palpitante de cabeza.

—Pues dímelo. Dime por qué estabas dispuesta no solo a apostar mi vida, sino las de mi familia, las de mis amigos, las de mis empleados y también mi negocio. Y todo guiándote por tu puta intuición y, para colmo, mintiéndome en el proceso. —Se me revuelve el estómago mientras recuerdo todas las mentiras que me ha contado... y que yo me creí a pies juntillas como si fueran una revelación divina.

—Ya te lo dicho, porque ibas por mal camino con Brett Hyde. Y porque vi a Mount pasar de una mujer a otra sin que ninguna le llamara la atención. Llevo la sangre de muchas sacerdotisas de vudú en las venas, Keke. Puede que no tenga poderes mágicos, pero cuando percibo algo con tanta intensidad como la reacción que Mount tendría al conocerte, me resulta imposible mantenerme al margen.

—¡Jugaste con mi vida!

—No. —Magnolia recupera su habitual serenidad y enfatiza su negativa—. Solo intentaba ofrecerte una vida de ensueño. Naciste para ser tratada como una reina. Eres la personificación de la bondad, de la lealtad y de la honestidad, y tu fuerza brilla como una hoguera en la oscuridad. Todo rey necesita una reina como tú, aunque no sean conscientes. El instinto me decía que si Mount probaba un sorbito de lo que tú tenías para ofrecer, se engancharía.

Guardo silencio. No sé qué decirle. Tiene razón, pero no consigo superar el hecho de que jugara con nuestras vidas. Sin embargo, Magnolia no necesita que yo hable, porque ella todavía no ha acabado.

—Y acerté. Pero tú metiste la pata hasta el fondo cuando te fugaste con ese desgraciado que no merecía siquiera pisar el mismo suelo que tú. De haber podido, lo habría matado con mis propias manos.

—Y ¿por qué no te molestaste en ponerme al día sobre tus grandiosos planes, Mags?

—¿Cómo iba a hacerlo? Nunca habrías accedido. Siempre he hecho lo que era mejor para ti. Siempre. Aunque no lo supieras o no fueras consciente. Te defendí siempre que pude. Te di un empujoncito cuando lo necesitabas. Lo arreglé todo para que te convirtieras en la posesión más valiosa que Mount ha tenido jamás.

—¡Una posesión, no una relación! ¿Y si hubiera querido poseerme y, cuando se cansara, me hubiera enviado al mismo sitio donde han acabado todas las demás?

—Te dije que lo conquistaras, y lo has hecho. Acerté.

La convicción de Magnolia no puede ser más clara a mis oídos. Cree que lo hizo todo por mi bien y que eso lo justifica.

—¿Podrías haberte equivocado!

—Pero no lo hice, ¿verdad?

Aprieto el puño mientras el dolor de cabeza se intensifica. Ahora mismo tengo ganas de estrangularla por esa superioridad que demuestra y por su incapacidad para admitir que jugó con fuego y que podía haber arrasado todo mi mundo. Parte de mí sabe que debería sentirme agradecida, pero la otra parte, la que está enraizada en la infancia, no puede perdonarle el engaño.

—¿Y por qué seguiste mintiendo? ¿Por qué no me contaste la verdad cuando él fue a buscarme?

—Hice lo que tenía que hacer. Como siempre. Desde chupar pollas a dejar que me la metan por detrás. Siempre he hecho sacrificios que me han

destrozado. Y los seguiré haciendo. Dime que deseas que no lo hubiera hecho. Dime que quieres volver atrás y cambiarlo todo. A ver si eres capaz.

—No puedo y lo sabes, pero eso no lo justifica. ¿Después de años de amistad me entero por Lachlan de que llevas meses mintiéndome?

—Ah, ¿ahora es Lachlan? Acabas de demostrarme con una sola palabra que todo lo que planeé ha salido a pedir de boca. Estás llamando por su nombre de pila al hombre más temido de esta ciudad. Y ¿por qué, Keke? Dime que no estás enamorada de él. Intenta convencerme.

Me dan ganas de mandar a la mierda a mi mejor amiga, porque me cabrea que parezca tan ufana. Pero, claro, resulta que me conoce muy bien.

—No debería ni hablarte.

La risa de Magnolia, brusca pero alegre, me llega por el móvil.

—Asúmelo de una puta vez, Keke, porque no pienso disculparme por lo que hice. Estás justo donde debes estar. Sentada en un trono al lado del hombre que rige esta ciudad. No me hace falta que me digas nada porque sé que te llevó a Dublín. Ese hombre está coladito por ti. Aunque consiga la información de fuentes ajenas, sé que acerté de pleno.

—¿Y el fin justifica los medios? ¿Eso es lo que estás insinuando?

—Joder, pues claro que sí.

Un violento torrente de emociones se apodera de mí al oír su convicción y su falta de arrepentimiento. No sé por qué esperaba otra cosa de Magnolia. No se disculpa por ser como es, y siempre ha sido así. Pero hay algo más. Tratándose de ella, siempre hay algo más. Quiero creer que su motivación ha sido tan pura como ella afirma, pero la conozco mejor que a mis propias hermanas.

—Bueno, Mags, pues dime que solo lo has hecho por mí y que tú no has ganado nada a cambio.

Eso la silencia durante tres segundos.

—¿De verdad quieres ir por ahí, Keke?

—Mags, ya estamos ahí. Se acabaron las mentiras. Se acabaron los motivos ocultos. La única manera de que sobrevivamos a esto sin que nuestra amistad quede muy tocada es que me lo cuentes todo ahora mismo.

—¿No puedes contentarte con haber conseguido al hombre de verdad que siempre has deseado?

Y eso confirma mis sospechas. Hay algo más que no me está contando.

—Mags, suéltalo ahora mismo o corto la llamada y no te vuelvo a hablar en la vida. —La simple amenaza me destroza. Perderla, incluso ahora, sería como perder un miembro.

—Vale. Pero no te me pongas chula. Porque sobre todo lo hice por ti. Así que ¿qué más da si al conseguir que Mount se enamore de mi mejor amiga eso hace que mi vida sea un poco más fácil?

Ahí está. Empieza a darme vueltas la cabeza al oír la confesión. Aunque sospechaba que tenía un motivo oculto, oírlo de sus labios es como recibir un puñetazo del mismo Hulk.

—¿Qué coño quieres decir con eso?

—Niña, piensa un poco. Digamos que tu hermana se casa con el puto príncipe de Inglaterra. ¿No crees que te habría tocado el gordo de la lotería a ti también?

Me echo a reír, o al menos eso es lo que debería ser el sonido que brota de mis labios.

Ahora lo entiendo todo. Está tan claro como el cristal del trofeo que se rompió y se me clavó en el costado.

—Intentas justificarlo todo diciendo que lo hiciste por mí. Para que consiguiera la vida que deseaba. Pero, en realidad, lo hiciste por ti desde el primer momento. Yo solo fui un peón en tu partida.

—¿No crees que me merezco una vida un poco más fácil? He visto y he

hecho cosas que te licuarían el cerebro en cuestión de segundos. ¿Vas a echarme en cara la ventaja que supone para mí que tú estés con él?

La culpa, rastrera y ponzoñosa, me invade de repente.

—Tú misma has dicho que no te arrepientes de lo que has hecho, de haber apostado con mi vida, así que no vengas ahora apelando a mi compasión después de todo lo que has dicho y has hecho.

—Keke, no te pongas tan desagradable. Ya sabemos a que a mí se me da mejor que a ti.

—Tienes razón, tú eres más desagradable que yo.

Magnolia tapa el auricular y la oigo gritar a lo lejos:

—¡Un momento, ya voy! —Después, sigue—: Mi cliente acaba de llegar. Tengo que atenderlo, porque así es como me gano la vida. ¿Vas a odiarme por lo que hice? Pues muy bien. Pero no te atrevas a dudar de que fue por tu bien. Ahora estás donde mereces estar, con el hombre adecuado, y todo es gracias a mí. Me voy.

—Mags...

—No, Keke. No tengo tiempo para seguir oyendo tus insultos. Estoy ocupada.

La llamada se corta y bajo el móvil para mirarlo como si le hubieran crecido patas. Respiro con dificultad, y la sangre me corre a toda pastilla por las venas mientras rememoro las confesiones de Magnolia.

¿Cómo es posible que las personas a las que más creemos conocer sean a veces a las que menos conocemos?

Aunque no puedo negar que su instinto no se equivocaba.

En cualquier caso, Magnolia y yo no hemos acabado la conversación.

## Keira

Intento centrarme en el trabajo, pero no puedo. No dejo de darle vueltas a lo que Magnolia ha dicho y hecho. Me doy media vuelta, a medio camino entre la cama y la pared, el mismo sitio donde estoy paseando desde hace más de media hora, y la puerta se abre.

Es el hombre con quien mi mejor amiga se aseguró de que acabase, empleando todos los medios a su alcance. Quiero culparla por haberme mentido, pero me cuesta mantener la indignación. Lachlan no sería mío en este momento de no ser por ella, pero eso no quiere decir que no tenga sentimientos encontrados sobre ella y sus maquinaciones.

Se interpone en mi camino y me pone las manos en los hombros. De alguna manera, la caricia consigue calmar un poco el caos emocional.

—Deberías estar descansando, pero estás en modo fierecilla total.

—Esa es una forma de decirlo...

—Supongo que ya tienes tus respuestas.

Asiento con la cabeza.

—¿Puedes vivir con ellas? —Habla en voz baja, pero no con tono condescendiente. Capto la pregunta que no me hace.

«¿Cambia las cosas entre nosotros?»

Clavo la vista en sus ojos oscuros, unos ojos que conozco ya casi tan bien como los míos, hasta cuando echan chispas por la pasión, se endurecen o se quedan vacíos al ocultar sus emociones. Ahora mismo, su mirada está en algún punto medio. Decidida y cautelosa.

—No cambia nada.

El ramalazo de alivio es tan fugaz que casi es imperceptible, pero lo veo antes de que me pegue a su cuerpo con delicadeza, con un brazo en la cintura y la mano libre en la nuca. Me besa en la sien antes de volver a hablar, en voz baja y firme, junto al oído.

—Bien. Porque no pienso dejarte marchar, me da igual cómo o por qué llegáramos aquí.

Me deleito con los fuertes y rítmicos latidos de su corazón, y me refugio en la calidez de su cuerpo.

Este hombre es mío. Ahora mismo es lo único que importa.

Cuando por fin me suelta, veo una expresión más intensa en su cara y le pregunto:

—¿Qué pasa? —Después de la conversación que acabo de mantener, me preparo para algo muy desagradable.

—Vuelves a nuestra habitación. V te llevará en cuanto la enfermera te haga una última revisión.

«Nuestra habitación.» No la suya, ni la mía. La nuestra.

—Será preferible a esto... —Echo un vistazo a las espartanas paredes blancas y al equipamiento médico—. ¿Y luego qué? ¿Qué va a pasar? Sé que hay algo que no me estás contando.

Aprieta los labios mientras me observa fijamente, como si estuviera memorizando mis facciones.

—Siempre hay más, Keira. Siempre lo habrá. Te enterarás de algunas cosas, y de otras no. Pero esta noche será para nosotros, al menos durante unas horas.

—¿Qué quieres decir? —Sus palabras parecen una especie de código, y yo no tengo la clave para descifrarlo.

—Ya lo verás. Ve con V. Te llevará conmigo cuando estés preparada. —

Agacha la cabeza y silencia las preguntas que habrían brotado de mis labios con un beso fugaz y brusco—. Hasta dentro de un rato, fierecilla.

Me suelta y retrocede hacia la puerta con una sonrisilla en los labios. No deja de mirarme a la cara hasta el último momento, cuando se da la vuelta para marcharse.

«¿Qué está tramando?», me pregunto. Me aferro a esa pregunta, agradecida por tener algo con lo que distraerme de todo lo demás.

La enfermera me da otra dosis de calmantes y me hace una serie de preguntas acerca de mi estado mental, y luego comenta, como al descuido, que no me golpeé la cabeza con tanta fuerza como ella había creído en un principio.

Sigo a V sin protestar mientras me guía a través del laberinto de pasadizos interiores que sigue asombrándome. En vez de salir a la habitación, salimos a un pasillo, por una puerta situada detrás de un cuadro que va del techo al suelo.

—De verdad que este sitio es la leche.

V casi sonrío. Casi. Es más un leve movimiento de las comisuras de sus labios cuando nos detenemos delante de las relucientes puertas negras. Señala hacia abajo con la cabeza y me indica que mire la reciente adición que hay junto a la pared. Un dispositivo tecnológico de alguna clase. ¿Un lector de huellas dactilares?

—¿Qué es?

Me señala la mano y después el lector. Comprendo lo que quiere que haga y coloco cuatro dedos sobre el cristal, tras lo cual se enciende una luz verde y se abre la puerta.

—¡Toma ya! ¿Estamos aumentando las medidas de seguridad? —Me vuelvo para mirarlo, y él asiente con la cabeza—. ¿Tú puedes entrar?

Vuelve a asentir con la cabeza.

—¿Cuántos más? —Levanta la mano y me enseña tres dedos—. Así que Lachlan y...

No me contesta, claro, y decido que da igual siempre y cuando Lachlan confíe en esas personas.

Cuando entro, V no me sigue. Cierra la puerta a mi espalda, y supongo que vuelve a montar guardia en el exterior.

«Nuestra habitación.» Es la misma estancia, pero ahora me parece totalmente distinta. No es una cárcel... es un refugio. Aquí es donde Mount puede ser Lachlan, y donde los dos podemos escondernos del resto del mundo.

La decoración negra, blanca y dorada ya no me sorprende, sino que me resulta reconfortante, porque la explicación que me ofreció sobre la elección de la gama cromática es tan propia de él que me arranca una sonrisa.

Lachlan Mount no se parece a ningún hombre que haya conocido, y aunque no es el primero que he considerado mío, sí espero que sea el último.

Hago un giro completo mientras lo miro todo, muy despacio, y veo una nota sobre una caja en la mesa. Mi nombre, escrito con la letra conocida de Lachlan, me llama la atención.

«¿Qué está tramando ahora?»

Abro la nota y leo su contenido.

Llévate la caja al dormitorio.

Tienes una hora para prepararte.

Confía en mí.

De no ser por la última frase, la nota sería como todas las demás que me ha dado. Tajante y fría. Sin embargo, esa frase lo cambia todo, algo lógico, ya que todo ha cambiado.

Cojo la caja que me recuerda a la que encontré en la cama de mi apartamento, pero ahora tengo una reacción totalmente distinta.

La vez anterior, llamé a Magnolia porque me preocupaba encontrar alguna parte de un ser querido dentro, pero ella consiguió que no me dejara llevar por la histeria. «Porque tenía planes para ti.» Me desentiendo de esa idea, decidida a no pensar más en ella esta noche.

Esta noche es para Lachlan y para mí. Para nadie más.

Con la caja entre las manos, compruebo su peso y echo a andar hacia la puerta del dormitorio mientras intento adivinar qué contiene. Pero antes de empezar a elucubrar siquiera, me quedo de piedra en el vano de la puerta.

Pero ¿qué coño está pasando?

Hay un vestido de noche en la cama, cuya falda cae por el borde. El corpiño de lentejuelas me resulta conocido, porque se trata del vestido que llevé al fatídico baile de máscaras del Mardi Gras.

—¿Qué está tramando? —me pregunto en voz alta, en mitad del dormitorio vacío, y dejo la caja junto al vestido.

Los recuerdos de aquella noche acuden a mi cabeza mientras acaricio el corpiño con los dedos. Siento ramalazos de deseo por todo el cuerpo al rememorar los detalles por enésima vez, o eso me parece.

Abro la caja y aparto el papel de seda. Descubro la máscara que llevé aquella noche. Tal vez debería sorprenderme, pero no es así. Si ha sido capaz de conseguir el vestido, es evidente que también podría conseguir la máscara.

Dejo la máscara en la cama y aparto más papel de seda para descubrir un tanga igual al que me arrancó del cuerpo antes de demostrarme sin lugar a dudas quién mandaba, y también unos zapatos de tacón de aguja preciosos.

Se me hace la boca agua porque empiezo a comprender dónde va a acabar todo esto. Vamos a repetir aquella noche. Desconozco el motivo, pero tampoco me importa. Si tuviera que escoger una noche para revivirla una y otra vez, sería aquella.

Cuando saco el tanga y los zapatos con sus taconazos de la caja, que son

mucho más sensuales y caros que los que llevaba aquella noche, encuentro una nota en el fondo.

No digas nada. Hazte con todo.

Está jugando con las palabras de la nota que yo le mandé la noche del baile de máscaras, y se me sube el corazón a la garganta por la emoción.

Sea lo que sea que haya planeado, estoy preparada.

## Keira

Estoy de pie delante del espejo de cuerpo entero del cuarto de baño mientras me ato la máscara y contemplo a una mujer muy diferente de la que se la puso antes.

La última vez que me até estas cintas de seda, me sentía nerviosa, pero emocionada. Esperanzada, pero temerosa. Optimista, pero llena de dudas. Esta noche me siento tan segura como nunca imaginé que fuera posible y no se debe a la última caja que he descubierto en la encimera del cuarto de baño, aunque contenía otra sorpresa.

La caja es cuadrada y mide unos quince centímetros de largo por siete de alto. Cuando la abrí, descubrí una tiara digna de una princesa, o mejor dicho, de una reina, sobre una base de terciopelo negro.

«Siempre has sido la reina. La pieza más poderosa del puto tablero.»

Bajo los brazos a los costados y observo mi reflejo. Aun con los cortes y los moratones, parezco una reina esta noche y estoy lista para mi rey.

Una sonrisa, rebosante de confianza y seguridad, aparece en mis labios, y aparto la mirada del espejo. Atravieso nuestro dormitorio en dirección a la puerta principal y la abro.

V me está esperando fuera. Cuando se vuelve y me ve, abre los ojos de par en par, y por primera vez desde que lo conozco, esboza una sonrisa genuina que suaviza sus rasgos. No puedo evitar preguntarme de qué destino lo salvaría Lachlan, porque no me cabe la menor duda de que su lealtad deriva de algo que no alcanzo a imaginar siquiera.

—Creo que para haberme arreglado en una hora no está mal, ¿verdad?

No sé por qué le pregunto. Es evidente que aunque se me notan las heridas, estoy fantástica. La melena pelirroja me cae ondulada por la espalda y la tiara me queda perfecta. Además, está la confianza que siento y que lo tiñe todo con un halo dorado.

V asiente con la cabeza y me ofrece un brazo como un caballero, de manera que apoyo la mano en él. Me acompaña hasta el cuadro que ocupa toda la pared y se desliza cuando acciona el mecanismo. Me lleva del brazo por los pasadizos que suben y bajan, que doblan a derecha e izquierda, hasta llegar a otra puerta oculta por la que se accede a una estancia tenuemente iluminada y decorada con tonos blancos y dorados.

Es un... salón de baile, con candelabros similares a los de los pasillos, pero más recargados, y con arañas de cristal cuya luz baña la estancia en un ambiente romántico. No es tan grande como el salón de baile de *La bella y la Bestia*, es más pequeño, como si fuera para celebraciones más íntimas. Me recuerda al interior del hotel Roosevelt, con sus molduras doradas y el mármol, que parece sacado de otra época. Me imagino a las mujeres de los años veinte bailando alegremente y bebiendo champán con hombres vestidos con frac.

V aparta el brazo y señala una de las cortinas que llegan del techo al suelo. Unos seis metros de largo.

—¿Está ahí? —le pregunto al tiempo que hago un gesto con la cabeza en dirección a las cortinas. Supongo que ocultan una hornacina, si lo que estamos haciendo es recrear la noche del baile de máscaras.

V niega con la cabeza, pero levanta un dedo.

—¿Un minuto? —pregunto, intentando comprender su rudimentaria lengua de signos.

Asiente con la cabeza de nuevo.

El corazón, que ya me va a mil, empieza a latir con más fuerza si cabe a medida que la adrenalina me invade la sangre mientras echo a andar hacia las cortinas. Me asomo y descubro un arco iris procedente de un mirador con una balaustrada. Es una especie de mirador con vidrieras de colores que da a un patio iluminado por la luz de la luna, que está casi llena.

Las vidrieras convierten el pequeño refugio en algo que parece sacado de una fantasía.

¿Qué es este sitio?, me pregunto. Me aferro a la barandilla y oigo los pasos de V alejarse por el salón de baile, embargada por el asombro y por la emoción mientras espero la llegada de Lachlan.

No lo oigo. Nunca lo hago. Pero siento un escalofrío cuando las cortinas que tengo a la espalda se abren un momento antes de volver a cerrarse.

Me muerdo el labio para no hablar y me aferro con fuerza a la barandilla para no darme media vuelta.

Ya no sigo las órdenes por miedo, sino por otro motivo muy distinto.

Por amor.

## Mount

Desde un rincón oscuro, la veo entrar por el otro extremo del salón de baile. Deambulo por las sombras, que es donde he vivido siempre, donde siempre me he sentido a gusto. Donde está mi sitio. Pero el sitio de Keira está en la luz.

De alguna manera, me las apañaré para que funcione, porque cualquier otra cosa es impensable.

Su falta de titubeo, sus pasos firmes y su espalda erguida demuestran que esto es lo que desea.

Nunca se ha amedrentado delante de mí. Ni siquiera la primera noche en la biblioteca, cuando se quitó la gabardina y me desafió con el tatuaje de henna.

Sin embargo, esto es diferente a no amedrentarse. Keira Kilgore por fin ha asumido el papel que le corresponde. Es la mujer más magnífica que he conocido. Unas manos que se han manchado de sangre tanto como las mías no deberían ni tocarla, pero no pienso dejarla marchar. En la vida.

Cruzo la estancia en silencio, una habilidad que desarrollé hace mucho por necesidad y que ahora uso a conveniencia. Con un gesto de la mano, aparto las cortinas y entro en el mirador donde no hay sombras ni una tenue luz blanquecina, sino un arco iris.

A lo mejor es nuestro sitio.

Ni las sombras. Ni la luz. Sino un lugar absolutamente nuestro, único.

Cierro las cortinas a mi espalda, encerrándonos. Ella tensa los músculos, pero no en actitud huidiza. No, es pura expectación... Al menos, eso creo, porque es lo que me corre a mí por las venas.

Pese a las heridas, no me duele nada. No cuando la miro. Y esta noche no debería poseerla, lo sé. Debería esperar a que se haya recuperado del todo, pero ahora mismo no puedo permitirme ese lujo.

Esta noche tengo que reparar los errores del pasado y crear un nuevo recuerdo.

Me acerco a ella, atraído por la melena pelirroja que es tan intensa como su genio, y me encanta ver cómo se tensa por la emoción. En vez de recordar aquella noche, cuando ella me creía otra persona, me quedo anclado en el presente.

Porque esta noche ella sabe muy bien quién soy.

Acorto la distancia que nos separa y le aparto el pelo, y la satisfacción me consume al ver la tiara en su cabeza. Se merece todas las joyas del mundo, y seguramente no tenga ni idea de que las esmeraldas que relucen engastadas en oro blanco son genuinas.

Se acabaron las mentiras. Se acabaron las imitaciones. A partir de ahora todo va a ser real como la vida misma.

Keira Kilgore es mía.

## Keira

La emoción me pone la carne de gallina. Cuando los labios de Lachlan rozan ese punto exacto, entre el hombro y el cuello, se me escapa un gemido. Se me endurecen los pezones contra el corpiño del vestido y el clítoris empieza a palpitarme, estimulado aún más por el piercing.

No sé cómo es posible que mi cuerpo reaccione tan rápido a Lachlan, pero lo hace. Apenas si tiene que tocarme para ponerme a mil.

Siento que me clava los dientes en el tendón del cuello y me aferro con más fuerza a la barandilla para obligarme a no soltarla. Me mordisquea el lóbulo de la oreja, y echo la cabeza hacia atrás para dejarla sobre su hombro. Un gesto de rendición. De sumisión.

Saborea cada centímetro de mi piel desnuda antes de levantarme el vestido y de rodearme con un brazo para acariciarme entre los muslos. Se le escapa un gemido ronco cuando descubre que ya estoy mojada.

Ese sonido me asustaba y me excitaba a partes iguales, pero ahora me provoca un escalofrío mientras me acaricia el piercing con el pulgar. Me estremezco, abrumada por el placer.

Cualquier dolor que pudiera sentir, incluyendo el dolor de cabeza que me ha martirizado durante todo el día, ha desaparecido por completo. No sé si es por él, por los calmantes o por las sensaciones que me invaden el cuerpo, pero estoy preparada para cualquier cosa que quiera ofrecerme.

Desliza la mano hacia arriba, acariciándome con la palma, hasta llegar al

elástico del tanga, que me arranca tal como hizo la otra vez. Pero ahora es mucho mejor, porque sé exactamente lo que está por venir.

Las manos de Lachlan cubren las mías sobre la barandilla y me las aprieta como si me estuviera recordando que no las mueva. Echo hacia atrás el culo para pegárselo al duro bulto de su entrepierna a fin de transmitirle mi consentimiento. Y para decirle que se dé prisa.

Aparta las manos tan rápido como me las puso encima y, de repente, me penetra con un dedo, arrancándome otro gemido.

Oigo el sonido de su cremallera al bajársela justo antes de sentir la presión de su polla en la entrada de la vagina. Me la mete un centímetro como mucho y se detiene. No sé qué está esperando, pero vuelvo la cabeza lo justo para mirarlo a los ojos, iluminados por los brillantes colores de la vidriera, y los veo como jamás los he visto antes.

A lo mejor es el destino el que hace que lo esté viendo bajo otra luz muy distinta.

El deseo arde en su mirada cuando me besa en la boca. Sigo cautivada por sus ojos mientras me la mete centímetro a centímetro. Muy despacio. Con mucho cuidado. Pero la plenitud que siento es tal que no me cabe duda de quién es mi dueño.

Lachlan Mount. Es el dueño de mi cuerpo, de mi corazón y de mi alma.

## Mount

A diferencia de la noche que nos cambió la vida a los dos, la poseo despacio, sin prisa alguna y con más delicadeza que nunca. No solo por las heridas que hemos sufrido ambos, sino porque esta noche es distinta, por más que empezara igual. Todo ha cambiado.

Cuando sus músculos se tensan, por fin le permito arrastrarme al clímax.

Después de sacársela, le doy media vuelta, dejo que la falda del vestido caiga al suelo mientras me coloco bien los pantalones y luego la miro a la cara, que tiene colorada. Se le ha torcido la máscara, pero eso da igual. Extiendo las manos por detrás de su cabeza y desato la cinta de seda para que la máscara caiga al suelo. Esta noche yo no llevo una, y la suya solo era simbólica.

Le coloco bien la tiara y, aunque tiene el pelo alborotado por culpa de mis manos, su aspecto es regio.

—Gracias —me dice.

—¿Por qué?

—Por darme siempre lo que necesito, aunque ni yo misma lo sepa.

Le cojo una mano y entrelazo nuestros dedos antes de llevármela a los labios para besarle el dorso.

—Todavía no hemos terminado. Ni mucho menos.

La pego a mí y me apodero de sus labios, algo de lo que nunca me cansaré. Nunca había besado a una mujer antes de conocerla, y será a la única mujer a la que bese.

Ningún otro hombre volverá a besarla. A tocarla. A saborearla. A sentir cómo se corre.

Es mía. Y después de esta noche no le quedarán dudas.

Cuando la suelto y la veo abrir los ojos, la conduzco hacia las cortinas. Allí, me detengo y le hago la pregunta más importante de mi vida.

## Keira

—¿Confías en mí? —La mirada de Lachlan adquiere una mayor intensidad mientras me hace la pregunta.

¿Cómo es posible que todavía lo dude?

—Por supuesto.

Me besa los dedos antes de alejarlos.

—Vengo de la oscuridad. Nunca podré vivir contigo a la luz del día. Estar a mi lado significa que la vida nunca será normal, no será lo que planeabas para tu futuro. Nunca.

—Me da igual. No quiero una vida normal. Solo te quiero a ti.

—No sé por qué confías en mí.

Levanto las manos y le aferro las solapas de la chaqueta. No lo entiende, pero algún día lo hará.

—Porque no ocultas lo que eres.

—Soy el diablo vestido con traje.

Niego con la cabeza. Qué equivocado está.

—Eso es lo que crees, pero yo veo más allá de la superficie y sé lo que escondes. Hay una belleza en tu interior que no descubrirás hasta que te mires a través de mis ojos.

—No intentes convertirme en una especie de caballero de brillante armadura, Keira. No lo soy ni por asomo.

—No, no lo eres. Pero tampoco eres el demonio. Te pareces más al arcángel san Miguel. Él fue quien derrotó a Satanás. Tú has defendido a los

que no tenían la capacidad de salvarse solos. Apareces de repente y los vengas. Mantienes el equilibrio. Puedes pensar que eres malo, pero creo que has luchado contra el mal más veces de las que lo has causado.

Esos ojos oscuros se abren de par en par un instante, tras el cual reprime el asombro y abre la cortina.

Lachlan me guía por los pasadizos secretos sin soltarme en ningún momento de la mano, hasta que nos detenemos delante de un dispositivo de seguridad muy moderno, igual que el que V me enseñó en la puerta de la habitación. Coloca los dedos encima y el panel se desliza, dejando a la vista el vestidor.

—Algún día aprenderé a moverme por estos pasadizos.

Él me sonrío con ternura.

—Algún día lo aprenderás todo, fierecilla.

La puerta se cierra detrás de nosotros y se vuelve para mirarme.

—Te dije que te protegería, y eso voy a hacer. Con mi vida y con todo lo que tengo. Esta es la mejor manera de hacerlo. Keira, tengo otra caja más que darte esta noche. —Me da un apretón en la mano mientras me conduce al cuarto de baño y, de allí, al dormitorio.

El corazón se me dispara mientras lo veo aferrar el pomo de la puerta y repito sus palabras en silencio.

«¿Está diciendo que...?»

Antes de que pueda siquiera formular la pregunta en mis pensamientos, Lachlan abre la puerta del dormitorio y descubro a dos hombres esperándonos en el salón. Ambos van vestidos de negro, salvo por el característico alzacuellos blanco que lleva uno de ellos.

—Padre. Señoría. Estamos preparados.

*Dos días después*

Seguimos informando del aumento de muertes entre las filas de los carteles que operan en Nueva Orleans. La policía ha emitido un comunicado que no ofrece muchas explicaciones, pero sí hace una advertencia para la opinión pública: Quédense en casa. Salgan solo si es imprescindible. De momento, no ha habido víctimas inocentes, y las autoridades prefieren que siga siendo así. Aquí, en la cadena, no estamos seguros de qué pensar al respecto; pero, aunque corren ríos de sangre por las calles, los residentes de ciertos barrios aseguran que experimentan una sensación de seguridad más que de miedo.

Corren ríos de sangre por las calles y no me siento culpable. Es un asunto de causa y efecto. De actos y consecuencias. De restablecer el equilibrio.

Antes de que sucediera todo esto, habría sido una más de los asustados ciudadanos que se preguntaban qué pasaba en mi ciudad, pero ahora lo veo todo desde una perspectiva diferente... y bastante más clara, en mi opinión.

Lachlan Mount no está aterrorizando la ciudad. La está haciendo más segura.

Todavía no se ha puesto en contacto conmigo. Durante días, V ha montado guardia delante de mi puerta de día y ha dormido en el salón de noche, seguramente con un ojo abierto, mientras yo estaba en el dormitorio.

Estoy en el lugar más seguro de todos, vigilada por un devoto protector.

Ahora solo necesito que Lachlan vuelva a casa.

Mientras tanto, intento distraerme con el trabajo.

El móvil suena a la hora acordada.

Es Temperance.

—Hola, ¿sigue todo bien?

—Sí. He mandado a todo el personal no esencial a sus casas para que trabajen desde allí, tal como me dijiste. El restaurante sigue cerrado, y los vigilantes de seguridad que patrullan por las instalaciones nos hacen sentir que nos está protegiendo la Guardia Nacional. No sé de dónde has sacado el dinero para esto, pero... me alegro muchísimo de que lo hayas hecho.

Me froto la cara con una mano mientras sopeso, de nuevo, si contarle la verdad o no, pero decido que cuanto menos sepa, mejor. Al menos, de momento.

—Si crees, aunque sea una mínima sospecha, que tú o cualquier trabajador de la destilería corréis peligro, para la producción y evacúa a todo el mundo según el plan.

—Jefa, no vamos a parar la producción. En Seven Sinners no somos nenazas. Hace falta mucho más que unas cuantas balas volando por la calle para impedirnos hacer whisky irlandés. Además, seguimos recibiendo más pedidos y no paro de retrasarlos, porque es imposible que los sirvamos todos.

Mi mente, que no ha dejado de dar vueltas, preocupada por la seguridad de Lachlan hasta tal punto que casi he desgastado la alfombra del dormitorio, por fin se concentra del todo en el trabajo.

—Oferta y demanda. Tenemos que subir los precios.

Temperance se queda callada unos segundos.

—¿Por qué no se me ha ocurrido antes?

—Se te habría ocurrido en algún momento. Es que ha estado todo un poco revuelto —le digo, y ambas nos echamos a reír por el eufemismo del siglo.

—Acabo de recibir una llamada del jefe de relaciones públicas de los

Voodoo Kings y le preocupa que el Mardi Gras de este año sea demasiado peligroso debido al aumento de la violencia. Ya están hablando de suspender el evento, aunque todavía faltan meses. Le dije que estaba mostrándose irracional. Creo que lo he convencido de que no hay necesidad de reaccionar con precipitación, pero a lo mejor deberías hablar tú con él en persona.

—No pueden cancelarlo.

—Eso es lo que le he dicho, pero si lo hacen...

Me devano los sesos e intento recordar las condiciones del contrato.

—Espera un momento, deja que mire la cláusula de extinción del contrato. ¿No incluimos algo advirtiendo de que perderían el dinero entregado a cuenta si cancelaban después de una fecha concreta?

Recuerdo que el abogado mencionó algo, pero apenas le presté atención porque me preocupaba más firmar el dichoso contrato que los detalles.

—¡Sí! ¡Es verdad! —exclama Temperance, emocionadísima.

Releo mi copia del contrato y reviso la letra pequeña antes de mirar el calendario.

—Están dentro de ese plazo. Perderían el cincuenta por ciento del total que dieron como depósito si cancelan ahora. —El alivio, dulce y maravilloso, me burbujea en la barriga—. Ni de coña van a querer pagar la mitad de la fiesta sin tenerla, ¿verdad?

—No, jefa. ¿Quieres que los llame y se lo recuerde o mejor lo haces tú?

Pienso en todas mis opciones mientras sigo paseando de un lado a otro.

—Ya los llamo yo. Haré que sea una llamada amistosa. En plan «detestaría que perdierais el depósito por unos altercados que seguro que no duran mucho más tiempo».

—¿Tienes información privilegiada acerca de cuánto va a durar esta locura?  
—me pregunta Temperance.

—Pues claro que no —respondo, aunque es mentira—. Pero puedo

asegurarle al equipo que van a cometer un error si basan su decisión en un miedo irracional y que sería mucho mejor para ellos si no perdieran ahora su depósito.

—Te dejo que te encargues tú, jefa. Creo que les sentará mejor si viene de ti.

—Me parece bien. ¿Qué viene ahora?

—Jeff Doon quiere saber si hemos hecho progresos para empezar con las visitas guiadas. Claro que, como es lógico, no presiona para que empecemos ya con ellas.

—No hay mal que por bien no venga. Todavía no estamos preparados. ¿Algo más?

—Creo que eso es todo de momento, salvo... —Deja la frase en el aire.

—¿Qué?

—¿Sigues en un lugar seguro? Estoy preocupada por ti, no puedo evitarlo.

Echo un vistazo por la lujosa habitación, situada en el corazón del que debe de ser el complejo mejor protegido de toda la ciudad.

—Estoy a salvo. Te lo prometo.

—¿Y no quieres decirme nada más?

—Ahora mismo no. Pero volveré pronto. Como te he dicho, si crees que corréis el más mínimo peligro, tienes permiso para decirle a Louis que pare la producción inmediatamente y que evacúe el edificio. Los de seguridad os llevarán a casa y se asegurarán de que no os pase nada.

—No nos vamos a ninguna parte. Louis sería tan capaz de abandonar los tanques tanto como de abandonar a un recién nacido en la calle.

No tengo ni idea de cómo he conseguido semejante devoción y lealtad de mis trabajadores, pero agradezco muchísimo contar con ambas cosas.

—Los dos vais a recibir un plus por peligrosidad por todo esto. Manténme informada si hay cambios.

—Lo haré. Lo mismo te digo.

Cuando terminamos de hablar, llamo a Joseph, el jefe de relaciones públicas de los Voodoo Kings, para recordarle la cláusula de extinción del contrato que convenimos. Después de algunas protestas y desplantes, y después de que yo le asegure de que todo saldrá bien, accede a no cancelar el evento.

Al menos he conseguido una victoria hoy.

En cuanto le cuelgo, empiezo a andar de un lado para otro de nuevo.

No puedo evitarlo.

No podré parar hasta que vuelva a ver a Lachlan con mis propios ojos, y con cada hora que pasa, me preocupo cada vez más.

## Mount

—¿Cuántos más? —le pregunto a Saxon al tiempo que bajo la mira telescópica. En menos de setenta y dos horas hemos librado a Nueva Orleans de casi todos los hombres de Eduardo.

—Cuatro. Están atrincherados como ratas en el complejo —contesta el sicario, asqueado por la cobardía que demuestran los dirigentes del cártel.

—Encargándote a ti el trabajo, no esperaba menos.

Saxon ladea la cabeza.

—Cierto.

Keira me comparó con el arcángel san Miguel, algo que me resulta un poco espeluznante dado mi antiguo nombre, pero aquí no buscamos justicia divina ni nada que se le parezca. Sí, me estoy vengando por cada gota de la sangre de Keira que se han atrevido a derramar, pero también por el hecho de no haber cumplido la parte del trato que les correspondía. Para mantenerse en mi posición y conservar el poder, hay que dar ejemplo y no solo con un hombre.

No. Hay que dar ejemplo con todos. Con todos y cada uno de ellos.

Y cuando su facción desaparezca de Nueva Orleans, su rival se hará con el poder, pero lo hará respetando unas normas que yo he forjado con la sangre de sus enemigos.

Estamos haciendo una declaración y no es agradable.

Voy vestido de negro, igual que Saxon, con un chaleco antibalas, y llevo más munición y más armas encima que un marine pertrechado para entrar en

combate. Estamos apostados en un tejado, a menos de un kilómetro del cuartel general del cártel, vigilando a los cuatro últimos.

He enviado a México un mensaje muy clarito, advirtiéndoles de que como envíen a un hombre más a este lado de la frontera, lo tomaré como una invitación para ir a verlos con un ejército. Y cuando digo «un ejército», me refiero a lo mejor que el Tío Sam tiene para ofrecer en todas las agencias gubernamentales que tengo compradas. Esta guerra de la droga podría haber acabado hace años, pero es demasiado rentable para los dos bandos.

Alguien más aparece en el tejado a nuestro lado, y tanto Saxon como yo lo apuntamos con nuestras armas en cero coma.

Ransom levanta los brazos.

—Venga, disparadme. A ver quién los hace desaparecer después, cuando los matéis, ¿eh? La prensa se volvería loca si descubriera todos los cuerpos que la policía no va a encontrar.

Las palabras de Ransom son ciertas, y Saxon y yo apuntamos de nuevo en dirección al complejo. Solo hemos dejado los cuerpos necesarios para demostrar que vamos en serio y para conseguir la atención mediática justa.

—Se te va a pagar. ¿Qué más te da?

—No soy un puto enterrador. Soy un contrabandista. Estoy desaprovechando mis habilidades. Ten por seguro que voy a subir la tarifa por la desaparición de cadáveres después de esto.

Lo miro por encima del hombro.

—¿Quieres coger un arma y quedarte un rato con nosotros para romper la monotonía?

Saca un puñal largo de aspecto letal.

—Me gusta estar más cerca y que sea un poco más personal. ¿Qué general dijo que no se disparara hasta que no vieran el blanco de los ojos del enemigo? Eso me va más. Esta mierda a distancia no me gusta.

Saxon masculla algo, mandándolo claramente a la mierda. Aunque trabajen juntos, no son amigos, y no pierden la oportunidad de darse un zasca cuando se presenta.

—Veo movimiento —anuncia Saxon, que desliza el dedo por el gatillo de su rifle de francotirador.

—¿Cómo coño ve que...?

Antes de que Ransom pueda acabar la pregunta, Saxon ya ha apretado el gatillo. Observo a través de la mira telescópica de mi arma y veo una cabeza convertirse en una neblina roja.

—Buen disparo —murmuro con sequedad, y Saxon me mira de reojo.

—Todos son buenos.

La seguridad que demuestra es uno de los motivos por los que se ha convertido en mi hombre de confianza para trabajos delicados. Él preferiría no trabajar más para mí, porque dice que deja un rastro demasiado evidente, pero me importa una mierda.

Solo contrato a los mejores y le pago una fortuna. Que se joda.

Sé que el día menos pensado se largará y no podré encontrarlo, pero no lo hará antes de acabar este trabajo.

—Bueno, eso nos deja tres, ¿no?

Saxon asiente con la cabeza.

—Voy a decirle al equipo que entre. Ya va siendo hora de tratar esto de forma más personal.

## Mount

Cuando metí a Keira en mi mundo, protegerla se convirtió en mi deber, lo que incluía asegurarme de que ni siquiera supiera que había una amenaza. Uno de estos cabrones cometió un error al disparar cuando ella estaba a mi lado. Esta noche lo van a pagar y se acabará todo.

No sé cómo Ransom ha conseguido la combinación para abrir la puerta del cuartel general del cártel y tampoco me importa, pero mientras atravesamos el patio y pasamos por debajo del pórtico, todo está en silencio.

J habla por el micro.

—Hemos barrido la zona, jefe. Vía libre. Tu objetivo está en el salón. Gira a la derecha en cuanto pases el vestíbulo principal. No tiene pérdida.

Se trata de Eduardo, el hombre que se sentó al otro lado de mi mesa y que accedió a encargarse de los canales de distribución de cocaína, de metanfetamina y de pastillas en Nueva Orleans. Fui muy justo en el trato, pero por algún motivo, ha cruzado la puta línea. Ha roto las reglas. Ha destrozado el pacto.

Y ahora lo va a pagar.

Ya me he encargado del tirador de poca monta que destrozó el parabrisas de mi coche, y que solo dijo que su jefe había ordenado el trabajo. Ahora su jefe va a responder por sus actos.

Z abre la puerta del Escalade blindado y salgo del coche. Mientras echo a andar hacia la puerta, veo unas tijeras de podar que seguramente abandonó el

jardinero al huir a toda prisa, cuando empezaron los disparos. Z me sigue, y señalo las tijeras con un gesto de la cabeza.

—Recógelas.

—Ahora mismo, jefe.

Me saco un habano del bolsillo, lo enciendo y le doy unas cuantas caladas antes de indicarle con otro gesto que abra la puerta. Saxon, Ransom y un grupo de mis mejores hombres nos cubren desde todos los ángulos. Claro que a estas alturas ya no queda nadie que pueda hacernos algo.

Entro en la casa, y mis pasos resuenan en el suelo de mármol del vestíbulo mientras me dirijo hacia la derecha, tal como me ha indicado J.

Eduardo está atado a una silla con cinta americana, hirviendo de rabia mientras suelta amenazas en dos idiomas. Tal vez tres.

Me importa bien poco.

—Vas a morir por esto, Mount. Te lo juro, vas a palmarla. Tú y todos tus seres queridos.

Le doy otra calada al puro y lo miro fijamente.

—Has sido tú quien ha roto las reglas. Te dejé entrar en mi ciudad, has ganado una pasta gansa... ¿y te atreves a dispararme?

—¡Yo no te he disparado, joder! —Escupe al hablar al tiempo que el sudor le cae por la cara.

—Tu hombre sí lo hizo. Lo ha admitido. Dijo que tú se lo ordenaste. — Hablo sin inflexiones en la voz. Tengo hielo en las venas.

—¡Mintió!

—¿Cómo sé que no eres tú quien me está mintiendo? —Miro a Z por encima del hombro—. Ponte creativo con las tijeras.

Mientras Z se acerca a él, Eduardo empieza a insultarme. Unos segundos después, los tacos se transforman en gritos antes de que su meñique caiga al

suelo. Lo sigue de cerca el anular, que tintinea cuando la alianza de oro que lleva golpea el mármol.

—¡Que te jodan, Mount! ¡Vas a morir por esto! ¡Yo no lo ordené!

Le hago un gesto con la cabeza a Z otra vez.

Los gritos resuenan en la habitación, pero solo veo la cara de Keira, blanca como el papel, mientras intentaba mantenerse consciente después del accidente.

—No se me tocan las narices, ni a mí ni a los míos.

—¡No fui yo! ¡Ha sido un renegado!

—Pues deberías haber controlado mejor tu organización. Por eso, y por el hecho de que derramaste aunque fuera una sola gota de la sangre de mi mujer, tu vida se ha acabado.

—No sé de qué coño me hablas, Mount.

Le doy otra calada al puro.

—En ese caso, ya no me sirves de nada.

Z retrocede y le hago un gesto con la cabeza.

—Haz que este desgraciado deje de sufrir. No se merece ni que le dé la hora.

Me doy media vuelta y me dirijo al vestíbulo principal mientras los insultos resuenan a mi espalda antes de que el inconfundible sonido de una pistola disparada con silenciador acalle a Eduardo para siempre.

## Keira

El terror que ha reinado en las calles de Nueva Orleans durante toda una semana parece haber llegado a su fin. Los ciudadanos pueden retomar la vida normal con precaución, aunque ya no se oyen disparos. La policía no ha emitido ningún comunicado, pero se espera que lo haga próximamente.

Con cada hora que pasa aumenta la sensación de que voy a acabar volviéndome loca. Las noticias que encuentro en internet siguen siendo contradictorias, pero el tono ha cambiado.

Si ya no se oyen disparos, ¿dónde está Lachlan?

Durante los tres últimos días he desgastado la moqueta de las veces que he ido del salón al dormitorio y del dormitorio al salón, pero me da igual. Solo me interesa él, lo quiero de vuelta, sano y salvo.

El trabajo es lo único que me permite conservar la cordura. La destilería sigue funcionando a tope. Louis se negó a marcharse y los empleados lo apoyaron. Me recordaron que los de Nueva Orleans somos duros.

Temperance es una directora de operaciones cojonuda, así que hemos podido hacer gran parte del trabajo pese a mi ausencia. Pero necesito hacer una aparición pronto, aunque solo sea para darles las gracias a mis empleados por su entrega a la empresa.

Me doy media vuelta para completar de nuevo el recorrido sobre la moqueta y me quedo helada al oír que llaman a la puerta.

Por más que quiera pensar que puede ser Lachlan, ya sé que no es él. ¿Por

qué? Pues porque ni de coña se molestaría en llamar.

Ni siquiera es mediodía, y ya he agotado la paciencia para el resto del día, lo que significa que cualquier distracción es bienvenida. Echo a andar hacia el salón para abrir la puerta y descubro a V con el almuerzo.

—Adelante. —Me rodea para entrar con la bandeja y cierro la puerta una vez que entra—. ¿Sabes dónde está? ¿Puedes decirme algo?

V deja la bandeja en la misma mesa en la que llevo varios días comiendo y, después, se vuelve para mirarme. Su expresión me resulta más inescrutable que nunca.

—¿Puedes decirme por lo menos si está bien? Porque como descubra que no lo está y que tú me lo has ocultado, me las pagarás. —No paro de gesticular, como si de esa forma pudiera animarlo a contestarme.

Él gruñe.

—¿Qué significa eso? —le pregunto con voz chillona, demostrándole lo poco que falta para que se me vaya la pinza del todo.

V señala la bandeja cubierta con la comida.

—La comida me importa una mierda ahora mismo, V. Dímelo, ¿está bien?

Él asiente con la cabeza.

—Entonces ¿dónde está? ¿Ha acabado todo? Necesito saber algo.

V no tiene respuesta para esas preguntas, lo que hace que mi nivel de frustración llegue a la estratosfera.

V hace ademán de caminar hacia la puerta, pero lo detengo.

—No te vayas. Todavía no. Me voy a volver loca aquí dentro. ¿Puedes sentarte y esperar conmigo?

Me mira con los ojos entrecerrados, pero regresa a la mesa y señala la comida de nuevo.

—Tú te sientas y yo como, ¿vale?

Él hace un gesto afirmativo con la cabeza y se sienta, tras lo cual destapa la

bandeja y me la acerca.

Me tiembla la mano cuando cojo el tenedor, pero apenas si saboreo la comida antes de tragármela.

Varias horas después repetimos el proceso durante la cena.

Lachlan Mount sigue sin aparecer.

¿Dónde coño está?

## Mount

Agotado, entro en el cuarto de baño anexo a mi despacho y me quito la chaqueta, que tiro al suelo. Me miro las manos y luego abro el grifo hasta que el agua sale tan caliente que me quema antes de lavarme con jabón.

Da igual las veces que me lave las manos, sigo viendo sangre en ellas. Sin embargo, no me arrepiento de nada.

Hago lo que es necesario.

Miedo. Intimidación. Respeto.

Así rijo mi imperio. Así es como protejo a mi gente. Después de la venganza que hemos llevado a cabo durante los últimos días, nadie volverá a cuestionar mi autoridad, y solo alguien con ganas de morir se atrevería a derramar una sola gota de sangre de Keira.

Por fin están todos los cabos sueltos bien atados. Se ha formalizado un trato. Y la vida ya puede continuar.

El vapor empaña el espejo cuando cierro el grifo y cojo una toalla. Una vez secas las manos, la uso para limpiar el cristal.

Pocas veces me miro en el espejo. No me hace falta ver al demonio que me devuelve la mirada. Pero esta vez veo algo más, y no solo la sangre que salpica lo que antes fue una prístina camisa blanca. No, es un hombre con un objetivo claro. Un hombre dispuesto a hacer que por las calles corran ríos de sangre con tal de proteger lo que más le importa.

Antes de Keira, tenía todo lo que se podía tener en el plano material, pero nada que perder.

Ahora lo sacrificaría absolutamente todo con tal de mantenerla a salvo. Un objetivo. Eso es lo que distingue una fortaleza de una debilidad.

Keira me dijo que los motivos marcaban la diferencia. A lo mejor tiene razón. Nunca me miraré en el espejo y veré a alguien noble y honrado, pero si ese es el hombre que ella ve al mirarme, puedo vivir con esa certeza... mientras pueda retenerla a ella.

Me quito el resto de la ropa y me meto en la ducha, donde me froto todo el cuerpo hasta que estoy convencido que no hay ni rastro de sangre. Al menos, por fuera.

Siempre seré brutal. Implacable. Feroz al proteger lo que es mío.

Ella no tiene por qué ver esta parte de mí. Nunca. Pero puedo ofrecerle la parte de mí que nadie más ha visto y rezar para que sea suficiente.

Cuando entro en el vestidor a través del pasadizo secreto, lo hago en silencio, como siempre. Veo una luz en el dormitorio, pero todo lo demás está a oscuras.

No hago ruido al dirigirme hacia la luz.

Hacia ella.

Está dormida en mitad de la cama, con la melena pelirroja recogida en un moño suelto y el móvil aferrado en una mano, como si esperase que sonara.

Debería haberla llamado. Debería haberle dicho que estaba bien. Pero esto sigue siendo una novedad para mí.

Ojalá que no haya una próxima vez, pero me engañaría si lo pensara. Siempre habrá una próxima vez. Otra amenaza. Otra persona a quien matar.

Sin embargo, mientras observo a mi mujer en la cama, me doy cuenta de que no tengo que ser yo quien imparta justicia.

Tengo que estar aquí. Con ella. Asegurándome de que no se duerme sola,

con ojeras y los ojos hinchados.

Todo el cuerpo me pide que la despierte o, cuando menos, que me tumbe a su lado. En cambio, me siento en la butaca que hay en las sombras y la velo mientras duerme.

Es mi privilegio y mi penitencia.

## Keira

Me despierto sobresaltada por un sueño terrible. Uno en el que Lachlan jamás regresa a casa porque acaba desangrándose sobre una alcantarilla, y su cuerpo desaparece para no ser encontrado nunca. Una pesadilla.

—No —susurro—. No. Tiene que volver a casa. —Me envuelvo con mis brazos y aprieto con fuerza.

—Estoy en casa.

Ladeo la cabeza para mirar en la dirección de la voz grave que ha hablado, contentísima al descubrir que el hombre al que llevo días esperando ver está sentado en la butaca del rincón.

—Gracias a Dios. Creí que habías muerto.

Salgo de un salto de la cama y corro hacia él mientras se pone en pie. A la penumbra, distingo la expresión adusta de su cara. Mount. No Lachlan.

—No estoy muerto.

—¿Ha pasado algo? ¿El qué? ¿Estás herido? —Me detengo delante de él de forma abrupta y miro el flamante traje que lleva. Lo que en realidad quiero hacer es pasarle las manos por todo el cuerpo para comprobarlo por mí misma.

—No pasa nada. Estoy bien.

Utilizo eso como excusa para acortar los escasos centímetros que todavía nos separan y lanzarme a sus brazos, que me estrechan con fuerza contra su pecho. No da el menor respingo, así que espero que eso signifique que la herida de bala ha sanado ya y que no ha recibido ninguna otra.

—Estaba muerta de la preocupación por ti. La próxima vez llama, o mándame un mensaje de texto, o una batseñal. Lo que sea. Los gruñidos y los asentimientos de V no me bastan. Necesito pruebas de que estás bien.

Una de sus grandes manos me aferra por la nuca.

—¿Una batseñal?

Inspiro el conocido aroma de su cuerpo, disfrutando de él y sin importarme si parezco un poco idiota.

—Prácticamente eres Batman, así que sí, una batseñal sería lo apropiado.

Siento que se le mueve el pecho, y supongo que se está riendo de mí, pero no pienso apartarme para comprobarlo.

—Sabes que la batseñal no funciona así, ¿verdad?

—Lachlan, no discutas conmigo. Eso es casi tan malo como dejar a tu mujer sola la noche de bodas y no decirle en ningún momento que no has muerto.

Siento el roce de sus labios en la sien.

—Es mi primera vez como marido. Estoy seguro de que la cagaré a menudo.

Lo miro con los ojos entrecerrados.

—Regla número uno: dile a tu esposa que estás vivo, sobre todo cuando hayas acabado con las represalias.

Esposa. Todavía no me puedo creer que vuelva a serlo, pero es cierto. Pronuncié los votos y lo hice con sinceridad.

Esa mirada oscura reluce.

—¿Ahora eres tú quien pone las reglas?

Levanto la barbilla.

—Sí. Me he casado con el rey. Tengo la impresión de que eso me concede ciertas libertades.

Me estrecha aún más contra su pecho.

—Sigo sin creerme que me dieras el sí.

Me aparto de sus brazos y levanto las manos para pasarle el pulgar por una

mejilla, recién afeitada.

—Pues claro que te lo di. Estoy enamorada de ti.

Un tropel de emociones pasa por su cara, cada una más intensa y clara que la anterior.

—No lo dices en serio.

Enfrento esa mirada oscura y abrasadora que antes me acojonaba cuando me despojaba del control de mi cuerpo. A estas alturas, me inunda de seguridad.

—¿Crees que habría dicho el «hasta que la muerte nos separe» si no lo estuviera?

—Tenías mi protección y...

Le coloco un dedo sobre los labios para interrumpirlo.

—Te tenía a ti. Eso es lo único que quería. Y si tengo que pasarme el resto de la vida demostrándote que lo que he dicho es cierto, lo haré.

—Nunca permitiré que te vayas. Jamás.

Su promesa transmite la misma convicción que la mía, y sé que todo saldrá bien.

—Estupendo. Me alegro de que estemos de acuerdo en eso. Y, ahora, llévame de vuelta a la cama. Me debes una noche de bodas.

## Mount

Las palabras nunca han ostentado tanto poder como los actos en mi vida. Al menos, hasta este momento y esta mujer.

«Estoy enamorada de ti.»

El feroz afán posesivo que me arde en las venas aumenta cada vez que repito sus palabras en mi cabeza.

No me merezco que nadie me quiera. Ni ella. Ni nadie. Pero eso no quiere decir que no vaya a aceptar su amor. A quedármelo. A quedármela. A protegerla. A apreciarla.

He mentido, he hecho trampas, he robado y he matado, y lo haría todo de nuevo, sobre todo si es lo que hace falta para mantener los votos que hice delante de un hombre de Dios y de un juez.

Sería capaz de cualquier cosa por ella.

Cuando doy un paso hacia la cama, la dejo en el colchón como el valiosísimo regalo que es, pero la dulzura no va a durar. La adrenalina que me corre por el cuerpo por las emociones de los últimos días no es algo de lo que me pueda deshacer así como así.

Tengo que follarme a mi mujer. Poseerla. Enterrarme en ella hasta hacernos gritar a los dos.

De alguna forma, por algún motivo, ella también lo sabe.

La voz de Keira resuena, fuerte y sincera, cuando dice:

—Puedo soportar cualquier cosa que me des. Así que mejor me das todo lo que tienes.

Un gruñido brota de mi garganta mientras me quito la chaqueta de un tirón y la lanzo al otro lado de la estancia. Keira me ataca con el mismo fervor. Los botones salen volando cuando me abre la camisa, y me llevo las manos a la cinturilla de los pantalones para quitármelos y quedarme desnudo delante de ella, preparado para destrozarle la ropa tal cual ella me la ha destrozado a mí.

Sin embargo, ella levanta un dedo y me señala.

—Si solo tuvieras lo que llevas ahora mismo encima, te desearía igual. Te querría igual.

No sé cómo pronunciar las palabras, porque nunca lo he hecho, jamás, pero por ella aprenderé a hacerlo.

Pronto.

—Te necesito. Ahora.

## Keira

Lachlan se convierte en un animal y me arranca el camisón de seda. Mientras me devora la boca, le clavo las uñas en los hombros como aquella primera noche en la mesa del comedor.

Los sentimientos son igual de intensos esta mañana, pero proceden de una emoción completamente distinta. Me aparta las manos de los hombros para tumbarme sobre la cama y dejarme un reguero de besos por el cuerpo, con cuidado al pasar cerca de la herida. Él todavía lleva un apósito, pero no parece dolorido.

Se pone de rodillas y me separa las piernas.

—Ya estás mojada para mí.

Abro la boca para replicarle, pero lo que sale es un gemido, porque sus labios atrapan el piercing justo en el mismo momento. Una ventaja muy injusta, pero jamás pienso quejarme.

Lachlan me hace gritar una y otra vez hasta que le entierro las manos en el pelo y tiro de él para que se acerque a mi cara. Cuando me besa en los labios, paladeo mi propio sabor, y me encanta.

—Me toca.

Él niega con la cabeza.

—Joder, no. No puedo esperar.

Me aferra las caderas y acerca su polla erecta a la entrada de mi cuerpo con una expresión feroz y posesiva en la cara. No titubea, y yo no quiero que lo haga.

Una embestida. Me la mete entera con una embestida. Empieza a moverse cada vez más rápido hasta que el placer le demuda la cara y mis músculos internos lo aprisionan.

—¡Te quiero, Lachlan Mount!

## Mount

He perdido la cuenta de la cantidad de orgasmos que le he provocado a Keira, pero cuando cae desmadejada a mi lado, la pego a mi cuerpo y nos arropo a los dos con el cobertor. Tal vez no hayamos tenido todavía nuestra noche de bodas, pero se lo resarciré.

Sigo asombrado por lo que ha dicho. Joder, lo que ha gritado a los cuatro vientos.

«Te quiero.»

Nunca he sabido qué coño significa la palabra «amor». Cuando te crías sin conocerlo, sin sentirlo, es algo que no tiene sentido.

Ya sabía que recibiría una bala por ella. Que moriría por ella. Que viviría por ella.

Si eso es amor, tal vez por fin empiezo a entenderlo. No me cabe la menor duda de que al menos comprendo una cosa: no quiero perder nada de esto. No quiero perderla.

Y desde luego que no quiero volver a ver su sangre en mis manos. Nunca más.

Se acurruca contra mí, y la beso en la sien antes de abrazarla con más fuerza.

—Nadie volverá a tocarte en la vida.

Por fin cierro los ojos. Pero en vez de disfrutar de un sueño reparador, me enfrento a una pesadilla en la que alguien intenta arrebatarme a Keira.

No sé cuánto tiempo ha pasado cuando me despierto, sobresaltado, pero Keira abre los ojos al mismo tiempo que yo me incorporo de un salto en la cama.

—¿Qué pasa? —Está alerta en un abrir y cerrar de ojos, y extiende el brazo hacia la mesilla, en busca del arma cargada en su funda.

Es perfecta para mí.

—Nada. —Le cojo la mano y se la aparto antes de que pueda alcanzar el revólver—. Todo va bien.

Suelta el aire muy despacio.

—¿Te importa que la próxima vez nos despertemos sin un ataque al corazón? Sería estupendo.

Algo brota de mi garganta, y me doy cuenta de que es una carcajada.

—Lo intentaré.

—Bien.

—Mientras tanto, haz el equipaje. Es hora de salir de esta puta ciudad.

Keira pone los ojos como platos.

—¿Por qué? Creía que ya era segura.

—Lo es. Pero te quiero solo para mí. Lejos de aquí. Sin distracciones.

—¿Como una luna de miel?

—Llámallo como quieras, pero es hora de irnos. El avión estará listo para irnos dentro de una hora.

Keira se muerde el labio.

—Sé que no va a sonar nada bien, pero te pido por favor que entiendas mi postura.

Me preparo para lo peor mientras me pregunto qué coño ha podido provocar la incertidumbre que veo en la cara de mi fierecilla.

—¿Qué pasa?

—No puedo irme ahora mismo. Llevo días encerrada mientras intento

dirigir una empresa, que está cambiando a marchas forzadas, desde dentro de estas cuatro paredes. Y antes de eso, me pasé casi una semana fuera del país sin haber planificado mi ausencia. Y luego está el premio y un millón de pedidos y... Básicamente, la destilería es una locura ahora mismo. De verdad que tengo que ir a trabajar.

Mi primer impulso es desentenderme de sus protestas y decirle que son chorradas. No necesita trabajar. Ya no. Tengo dinero de sobra para llevar un lujoso estilo de vida para toda la eternidad. Pero contengo esa primera reacción.

—Así que esto es lo que significa estar casado con una directora ejecutiva, ¿no?

Asiente con la cabeza.

—Necesito que estés de acuerdo, porque es importante para mí.

—Pues acordemos un término medio.

Keira echa la cabeza hacia atrás y levanta las cejas.

—¿Conoces el significado de la expresión?

Me tiemblan los labios con lo que creo que es una sonrisa.

—Solo en tu caso.

—Pues oiré lo que tienes que proponerme.

Al oír el deje descarado de su voz, la inmovilizo contra la cama.

—Primero, te follo. Luego te metemos el último dilatador en el culo para que estés preparada para mí.

Levanta las caderas y se frota contra mi cuerpo. Sí, es perfecta para mí.

—¿Y ya está?

—Después V te lleva al trabajo, se queda contigo y vuelves a casa una vez que lo tengas todo controlado. Tienes dos días para hacerlo, luego nos largamos de este puto país para volver a ser Lachlan y Keira en una playa en

alguna parte del mundo sin más personas en kilómetros y kilómetros a la redonda.

La sonrisa que esbozan sus labios es deslumbrante.

—Creo que me viene bien.

—Estupendo. Porque no tienes alternativa.

—Creía que intentábamos llegar a un acuerdo.

Me encojo de hombros.

—A mí me parece que se le parece bastante.

Cuando por fin la dejo salir del dormitorio, varias horas después, me corroe un mal presentimiento. Tal vez sea por lo sucedido durante las pasadas semanas, o tal vez sea por algo totalmente distinto. Mientras se prepara para ir a trabajar, salgo de la habitación y V se vuelve para mirarme.

—Protégela con tu vida.

## Keira

Cuando entro en la destilería, voy directa a mi despacho, con la esperanza de llegar al sótano sin que nadie se percate del nuevo guardaespaldas que me sigue.

No sé por qué Lachlan ha ordenado que V no se separe de mí, pero no pienso preguntar. Mi vida ha cambiado. Cuando pronuncié los votos, sabía que entraría en un mundo diferente y que, de alguna manera, tendría que lograr fusionarlo con el mío.

Temperance me recibe en la puerta de mi despacho. Se fija primero en V y luego me mira.

—¿El chófer ya no se queda en el coche?

—Vamos dentro. Tengo que explicarte algunas cosas.

V se queda justo al otro lado de la puerta para que podamos hablar en privado, algo que despertará todavía más sospechas por parte de mis empleados. Y eso exactamente lo que necesito tratar con Temperance.

Mi nueva directora de operaciones está al tanto de todo y no se le escapa ni un detalle. Me mira la mano izquierda. Es imposible que el gigantesco diamante ovalado, montado sobre una alianza de oro rosa con incrustaciones de pequeños diamantes, pase desapercibido. Debe de ser de cinco quilates. No me ha dado tiempo ni tampoco tenía ganas de preguntarle a Lachlan cómo pudo encontrar un anillo tan exquisito con tan poca antelación, porque estaba demasiado asombrada con la repentina boda en sí misma. Claro que Lachlan Mount es así. Las cosas pasan cuando él lo ordena.

Todavía me parece irreal, como también me lo parece el peso de mi nuevo anillo. Pero este, por algún motivo, me parece el adecuado.

—¡Ostras, jefa! Vaya pedrusco. ¿Has robado una joyería y por eso te has escondido todos estos días?

—No exactamente. —Esbozo una sonrisilla, algo que sucede casi siempre que miro la reluciente piedra preciosa.

—¿Cuándo es el gran día?

Aprieto los labios y me resulta imposible creer que vaya a decírselo.

—En realidad... ya ha pasado.

Temperance me mira a la cara, boquiabierta.

—¿Y ni siquiera me has invitado a la boda? —Levanta una mano—. Estoy de broma. Pero ¿en serio? Sabía que ocultabas algo, pero esto es la leche. Y no me refiero solo al anillo.

—Digamos que fue... algo sobre la marcha.

—¿Y quién es el afortunado?

—Ya lo conocerás.

Se sienta en el sillón situado frente al mío.

—Ahora mismo no sé ni qué decirte.

Me gustaría haber hablado con Lachlan sobre lo que puedo contarle a la gente y lo que no, pero de momento me decanto por la prudencia.

—Ya lo sé, pero yo lo quería así.

—¿Estás segura? No te habrán amenazado a punta de pistola, ¿no? —me pregunta y lo hace completamente en serio, sin atisbo de buen humor.

Recuerdo al juez y al sacerdote que nos casaron, y todos los documentos que firmamos.

—No. Lo hice por mi propia voluntad.

—Pero me lo contarás todo en algún momento, ¿verdad?

—Hasta donde pueda.

Temperance respira hondo y me mira fijamente hasta que suelta el aire.

—Vale. Tú eres la jefa. Bueno, ¿qué quieres hacer primero?

Una vez que nos lanzamos de lleno a tratar los temas pendientes, Temperance me demuestra lo mucho que merece la nueva posición que ocupa en la empresa. Y también me doy cuenta de que es imposible que pueda encargarme de todos los asuntos que requieren de mi atención en tan solo dos días.

Así que tengo que encontrar la manera de que Lachlan se siente de nuevo a negociar. Aunque, por suerte, tengo una idea.

## Keira

—Creía que habíamos quedado en que tú vendrías a mí, esposa.

El afán posesivo con el que Lachlan pronuncia la última palabra me provoca un escalofrío mientras lo veo salir del ascensor y acercarse a mí.

—Los planes cambian, marido. —Le indico la mesa más solicitada de Seven Sinners, donde está servida la mejor comida de toda Nueva Orleans y, desde luego, el mejor whisky irlandés—. Tenía más trabajo de la cuenta y como eso nos impide disfrutar de nuestra luna de miel... se me ha ocurrido que tal vez te gustaría cenar disfrutando de las vistas. No sé cocinar, así que esto es lo mejor que puedo ofrecerte.

Lachlan arquea una ceja.

—¿Qué quieres decir con eso de que no sabes cocinar?

—Nunca me lo has preguntado. Ojalá no sea un punto no negociable para ti a estas alturas, porque ya no puedes librarte de mí.

Sus carcajadas resuenan por el restaurante vacío.

Aunque había decidido mantenerlo cerrado una noche más, le he pedido a Odile que venga. Ahora le debo una muy gorda, y a juzgar por cómo se ha comido a V con los ojos cuando este me siguió a la cocina, tengo la sensación de que sé cómo va a querer cobrarse la deuda.

A mi descarada cocinera cajún le dará igual que no hable. Ella ya habla bastante por los dos para mantener una conversación sin necesidad de interlocutor.

—Menos mal que tenemos a cocineros contratados o nos moriríamos de

hambre —dice Lachlan al tiempo que me aparta la silla para que me siente.

Cuando rodea la mesa para ocupar su asiento, le pregunto:

—¿Tú tampoco sabes cocinar?

—Nada comestible.

—Menos mal que yo os cubro a los dos esta noche. —Odile cruza la estancia contoneándose para dejar mi última petición en la mesa. Una pequeña tarta en una bandeja de plata.

No le he dicho que es mi tarta nupcial, porque bien sabe Dios que me haría un sinfín de preguntas. De alguna manera, no ha reparado en mi anillo, algo que agradezco mucho.

En primer lugar, necesito que el hombre que tengo delante me diga cómo les explico a los demás que estoy casada de repente y también a quién se lo puedo explicar. Sé que me dijo que no sería una situación normal, y no le pido que lo sea, pero tengo que decirles algo a los demás. Y no quiero ni pensar en lo que le voy a decir a mi familia.

—Gracias, Odile.

Pone los brazos en jarras.

—¿Traigo algo más antes de irme?

—No. Está todo perfecto. Te lo agradezco.

Me mira y luego mira a Lachlan.

—*Bon appétit.*

—Los dos se lo agradecemos, señorita Bordelon.

No sé por qué me sorprende que Lachlan sepa su apellido, pero desde luego que Odile se queda de piedra.

Levanta la barbilla.

—Lo único que necesito saber es que la va a tratar bien, señor.

Me muerdo el labio mientras me pregunto cómo va a reaccionar él.

—Tiene mi palabra.

—En ese caso, solo me queda dar las buenas noches antes de irme.

La miro con una sonrisa mientras se aleja de la mesa, con la vista clavada en todo momento en V, que está junto al ascensor.

—V, acompaña a la señorita Bordelon a su coche, luego tienes la noche libre.

Odile sonrío de oreja a oreja al oír la orden de Lachlan, y prácticamente se acerca a V dando saltos de alegría.

—No tienes ni idea de lo que acabas de poner en marcha.

Lachlan vuelve a mirarme a la cara.

—¿No crees que sea capaz de lidiar con V?

Miro a Odile, que ya está hablando con el susodicho mientras entran en el ascensor.

—Lo que no tengo muy claro es que él pueda lidiar con ella.

Una vez más, la risa de Lachlan resuena en el restaurante, y es un sonido que quiero oír más a menudo.

Cuando deja de reírse, mira la tarta y luego me mira a la cara.

—¿Lo sabe?

Meneo la cabeza.

—Le he contado a Temperance lo básico, pero a nadie más. No estoy segura de qué debo decirles.

—Lo que te sea más fácil. Cualquier cosa o nada. Joder, ni siquiera tienes que llevar el anillo si van a acribillarte a preguntas.

Aparto la mano y aprieto el puño, como si creyera que Lachlan va a intentar quitarme el anillo.

—No pienso quitármelo.

Una sonrisa satisfecha aparece en sus labios.

—Bien. Porque me gusta verlo en tu dedo.

—Pero tú no llevas. Aunque supongo que no te pondrías una alianza,

¿verdad?

—¿Por qué no me la iba a poner?

—¿No suscitaría demasiadas preguntas?

—La única que me hace preguntas eres tú. —Su sonrisa se ensancha, y se la devuelvo.

—No pienso disculparme.

—Nunca te lo pediría.

Ahora es mi sonrisa la que se ensancha cuando cojo uno de los vasos de whisky irlandés que tengo delante y lo levanto.

—Por nosotros —digo al tiempo que él coge el suyo.

—Por nosotros —repite.

—Y por nuestro imperio —añado al tiempo que desvío la vista hacia los ventanales para admirar el sol poniente sobre el horizonte de Nueva Orleans, mientras sale la luna llena.

—Por eso sí que puedo brindar.

Una vez que brindamos, apuramos el contenido. Cuando mi vaso toca la mesa, lo miro a los ojos sin pestañear.

—Por cierto, eso del dilatador anal... ¿Cuándo se supone que voy a estar preparada?

Otra carcajada resuena en el restaurante, y decido que la risa de Lachlan Mount es el sonido que más me gusta del mundo entero.

—Pronto, fierecilla. Pronto.

Mientras damos cuenta del festín que tenemos delante, hablamos de todo lo que se nos pasa por la cabeza, y la esperanza de que haya un futuro aumenta a cada minuto que pasa.

Se puede decir que es la segunda vez que me caso siguiendo un impulso,

aunque debo decir que las circunstancias son muy distintas. Eso sí, creo que esta vez va a funcionar.

No solo porque se trata de Lachlan Mount, sino porque los dos reconocemos los desafíos que tenemos por delante y estamos dispuestos a afrontarlos juntos.

Me ha ofrecido su ayuda de todas las formas posibles. Su tiempo. Su talento. Su fortuna. Ahora solo tengo que conseguir que se dé cuenta de que me quiere tanto como yo lo quiero a él.

Corto dos trocitos de tarta, los sirvo en los platos de postre que Odile nos ha dejado y le ofrezco uno a Lachlan.

—¿Sabes cómo va esto?

Frunce el ceño.

—¿La tarta? Te la comes.

Sonrío.

—No es una tarta cualquiera.

Veo cómo se le enciende la bombilla.

—Ah, vale. ¿Así es como vas a convencerme para que te deje trabajar hasta tarde en vez de permitir que te lleve a una playa desierta?

—No. —Ladeo la cabeza—. Pero ¿cómo sabes que planeaba hacerlo?

La sonrisa que veo en sus labios es casi tan hipnótica como su carcajada.

—Porque te encanta este sitio y no te irás hasta haberte asegurado de que todo va como la seda.

Me conoce bien. No solo el exterior que le muestro, sino que también ve lo que alberga mi corazón.

—¿Y eso te va a suponer un problema?

Menea la cabeza.

—Sabía muy bien quién eras, y no me ha supuesto problemas en ningún momento.

—En ese caso, me llevabas ventaja, porque yo no tenía ni idea. —Hago una pausa mientras busco la manera de decir lo que quiero decir, y Lachlan espera en silencio, casi expectante. Seguramente esperándose lo peor. Pero no es lo que se me pasa por la cabeza ahora mismo—. Eres el hombre más complicado que he conocido.

Abre la boca para hablar, pero me adelanto.

—Pero no en un sentido negativo, claro. —Señalo la tarta que tengo delante con un gesto de la cabeza—. No me habría casado contigo de no estar enamorada de ti. Y creo que empecé a enamorarme de ti cuando por fin me dejaste ver a tu verdadero yo. En Dublín. Allí es donde por fin conocí a Lachlan, no a Mount.

—Uno no puede existir sin el otro.

—Supongo que entonces debería alegrarme de conseguir a los dos. —Me pongo de pie y cojo mi plato con la tarta—. En fin, vamos a hacerlo oficial.

Lachlan se levanta con el plato en las manos.

—Creía que ya lo hicimos delante de un cura y de un juez.

—Desde luego, no puedes negar que eres un hombre. No es oficial hasta que hay tarta y baile. —Me reúno con él al otro lado de la mesa.

—¿Baile? —me pregunta con una ceja levantada.

—Baile, desde luego.

Me mordisquea las puntas de los dedos mientras coge mi trozo de tarta para comérselo él y me da su trocito con los dedos. La tarta de chocolate al whisky con crema irlandesa de Odile se me derrite en la lengua.

—Joder, qué buena está —dice Lachlan, y le tengo que dar la razón.

—Puedes comerte otro trozo después del baile.

Me quita el plato de la mano y se aleja un momento para dejar en la mesa los dos platos, que tintinean al golpearla.

—Hay algo que viene antes del baile.

—¿El qué?

—Puedo besar a la novia todo lo que me apetezca.

Me duelen las mejillas de tanto sonreír.

—Me parece bien.

Sus labios se apoderan de los míos, y la felicidad me consume por entero.

## Mount

Paso del teléfono las tres primeras veces que lo siento vibrar en el bolsillo, pero cuando lo hace por cuarta vez, Keira suelta una risilla y se aleja para cambiar otra vez la música.

Lo saco del bolsillo, cabreado porque alguien se atreva a interrumpir lo más parecido que he tenido a un banquete de bodas. Solo Keira y yo, bailando en el restaurante a la luz de las velas mientras la luz de la luna entra a raudales a través del grueso cristal de las ventanas.

Miro la pantalla. Es J.

—¿Qué está pasando que no puedes encargarte tú?

—Acaban de soplarme que la poli va a registrar el casino esta noche, jefe. Pensé que te gustaría saberlo.

Joder.

—¿Esta noche? ¿A quién coño no tenemos en nómina? ¿Qué gilipollas se atreve a hacer algo así?

—Al parecer, hay más polis buenos en la ciudad de los que pensábamos.

—Ciérralo y despeja.

—¿Quieres encargarte en persona o prefieres que sea yo quien los reciba?

Keira se bebe otro vaso de whisky irlandés mientras tararea y ojea la lista de reproducción para darme privacidad. Quiero quedarme aquí para siempre, pero esto forma parte de mi vida. No siempre tengo el lujo de poder decidir cuándo va a ser la siguiente redada de la policía.

Sin embargo, les dejaré muy claro que no son bienvenidos en mi

establecimiento.

—Yo voy.

—¿Seguro? Porque...

—Yo me encargo. Nos vemos allí.

—Vale, jefe. Estoy en ello.

Keira deja el vaso vacío en la mesa, y sus ojos verdes me miran con preocupación.

—¿Algo va mal? ¿Qué ha pasado?

—Nada de lo que tengas que preocuparte, pero tengo que encargarme de un asunto. —Le tiendo la mano y ella entrelaza sus dedos con los míos—. Pero retomaremos esto durante la luna de miel.

—Ahora somos un equipo. Si algo va mal, puedes decírmelo.

Aprieto los dientes. Sus palabras y su tono de voz parecen expectantes, y mi reacción instintiva es la de protegerla de todo en la medida de lo posible.

—Siempre habrá cosas que no necesites saber.

—Pero hay cosas que sí puedes decirme. Si ahora mismo recibiera una llamada que cambiase por completo mi estado de ánimo, como te ha pasado a ti, no dejarías que me fuera sin una explicación, Lachlan. Además, ya nadie puede obligarme a testificar en tu contra.

Tiene razón, y la respeto a ella y a su deseo de saber lo que ocurre. Puesto que no es un tema de vida o muerte que tenga que mantener en secreto, decido contárselo.

—La policía va a hacer una redada en el casino, así que necesito asegurarme de que no haya casino alguno cuando aparezcan.

Keira levanta tanto las cejas que casi le llegan al nacimiento del pelo.

—Cualquiera diría que estarían contentos después de que hayas limpiado las calles sin que ellos hayan movido un dedo.

—Supongo que esta es su forma de decirme que no les ha hecho gracia mi

intervención.

—¿Ha pasado antes?

Asiento con la cabeza.

—Una vez. Cuando me hice con las riendas de la organización. Me estaban poniendo a prueba, y llegamos a un acuerdo. Ha estado vigente mucho tiempo. Esto es otra prueba, pero no nos ocasionará el menor problema.

—Vale. Es lo único que necesitaba saber. Vete a hacer lo que tengas que hacer.

Echo un vistazo por el restaurante, porque no quiero dejarla sola sin V, pero le he dado la noche libre.

—¿Quién más está en la destilería ahora mismo?

Keira mira el reloj.

—¿A esta hora de la noche? Solo Temperance. Le dije que no le permitía quedarse después de que yo me fuera del despacho, pero me dijo que no se iría hasta que lo hiciera yo.

—Llamaré a V y esperaré hasta que él llegue. Después...

Keira suelta un suspiro exasperado.

—Vete. Ocúpate de tus cosas. Yo estoy bien.

—No voy a dejarte desprotegida.

—A estas alturas tengo un arsenal en mi despacho. Cualquiera que intente ponerme un dedo encima estará muerto antes siquiera de que pueda pasar por la puerta. Estoy segura de que Temperance también es capaz de cuidarse sola.

Aunque parece segura, no me gusta la idea de dejarla aquí sin V.

—Voy a mandarle un mensaje a V. No se te ocurra salir sin él.

Keira me besa en los labios.

—No te preocupes por mí. Vete.

Le entierro la mano en el pelo y el beso se vuelve más apasionado antes de alejarme.

—Nos vemos luego. Tú y yo. Sin interrupciones.

—Trato hecho.

Mientras me dirijo al ascensor, me asalta el mismo mal presentimiento que me invadió por la mañana. Le envío un mensaje a V diciéndole que ya puede estar corriendo para llegar lo antes posible a Seven Sinners.

## Keira

Ni siquiera he llegado al despacho cuando me llaman al móvil.

Es Temperance.

—Voy de camino —le digo—. ¿Qué pasa?

—Alarma de incendios en el almacén. Acabo de recibir la llamada. Les dije que me pusieran a mí como contacto de emergencia mientras estabas en Dublín. Tenemos que irnos ya. Ya he llamado a los bomberos. Van para allá.

Me cago en la puta.

—¡Voy! —grito y corto la llamada antes de recorrer a la carrera lo que me falta para llegar a mi despacho.

Temperance ya está en el pasillo con el bolso en la mano.

—Vámonos. Conduzco yo.

—Bien, porque ni siquiera tengo un dichoso coche. —Algo de lo que tengo que hablar con Lachlan en caso de emergencias como esa.

Corremos hasta el aparcamiento y nos subimos al Chevrolet Tahoe de Temperance.

—No podemos perder el almacén. Es... —Temperance parece tan aterrada como me siento yo.

—Sé que no podemos. Sería la muerte. No puede pasarnos esto ahora mismo. Tiene que ser una falsa alarma.

Temperance sale disparada, como si hubiera robado el coche directamente, hacia las afueras de la ciudad. El almacén es un edificio alto y anodino, y nadie sabría lo que hay dentro a menos que prestase atención.

Cuando Lachlan admitió que había hecho que robaran un barril del Espiritu de Nueva Orleans del almacén, supe que tenía que mejorar el sistema de seguridad. Sin embargo, con todo lo que ha pasado desde entonces, no he tenido tiempo.

«Cómo no, tiene que pasar justo ahora.»

—Mi padre me desheredará como le pase algo al whisky.

Temperance me mira de reojo.

—Olvídate de tu padre. ¿Qué coño vamos a decirles a los distribuidores con los que ya hemos firmado esos contratos tan importantes?

Hacemos el resto del trayecto sumidas en un silencio tenso y por fin llegamos a la alambrada con concertinas que rodea la nave industrial. Las llamas salen por una de las ventanas del piso superior, pero no hay ni rastro de los bomberos.

—¡Me cago en la leche!

Temperance introduce el código en la puerta y las ruedas derrapan sobre la gravilla cuando entra a toda prisa en el aparcamiento y detiene el coche de golpe.

—¿Dónde están los bomberos? —le pregunto.

—¡No lo sé! Los he llamado. Desde la centralita me dijeron que llegarían pronto.

No se oye una sola sirena, y el estómago me da un vuelco.

—Llámalos otra vez. Ahora mismo. Voy a por un extintor.

Me coge del brazo antes de que pueda abrir la puerta del coche.

—¿Estás de coña? No puedes entrar ahí.

—Es mi legado. No voy a quedarme de brazos cruzados mientras veo cómo se reduce a cenizas.

Salgo del coche y corro hacia la entrada lateral del edificio.

Tengo el teléfono en la mano y busco el contacto de Lachlan, pero antes de

poder llamar, algo duro me golpea en la parte posterior de la cabeza.  
Solo siento un dolor espantoso antes de que todo se quede negro.

## Mount

El casino está prácticamente despejado cuando llego, pero no del todo. Estará listo para cuando llegue la policía, y yo los estaré esperando para mantener una discusión que no debería ser necesaria.

Para cuando se marchen, no les quedará duda alguna de que la ciudad sigue siendo mía.

Le envío un mensaje de texto a V.

Mount: ¿Está contigo?

V: Todavía no. Voy de camino.

MOUNT: Avísame cuando esté contigo.

V: Entendido.

Ayudo a quitar mesas, a llenar camión tras camión, que saldrán de la ciudad por diferentes rutas, hasta que el sudor me corre por el cuello.

V: Todavía no me ha avisado, y creo que han pasado unos cuarenta minutos. Algo va mal.

MOUNT: ¿Está contigo?

V: No está aquí. Estoy buscándola. No la encuentro.

Siempre me he guiado por el instinto y debería haberle hecho caso esta noche. Algo va muy mal.

MOUNT: ¡Encuétrala ya!

Mi siguiente llamada es a J.

—¿Nos hemos dejado a alguien atrás? ¿Se te ocurre alguien? —No hace falta que especifique de qué estoy hablando.

—No, jefe. Han caído todos. Todos esos hijos de puta.

—¿Seguro? Porque si no es así...

—Seguro. ¿Pasa algo?

—V no encuentra a Keira en la destilería. Algo va mal.

—V es incapaz de salir de una bolsa de plástico. Es un edificio grande. Seguramente se ha perdido.

El tono despectivo de J me cabrea mucho, así que ni me molesto en replicar y corto la llamada directamente.

## Keira

Me despierto con las manos atadas a la espalda. Un hedor espantoso me inunda las fosas nasales.

—Por Dios, ¿qué es eso?

—Cabrona, ¿por qué no te mueres de una vez?

Abro los ojos de golpe y me concentro en la luz de la linterna y en la rubia que está un poco más allá, con el pelo casi blanco a la luz de la luna. No la he visto en la vida.

—¿Quién coño eres? —Mascullo las palabras como puedo, porque el hedor casi consigue que eche todo lo que he cenado.

—Soy la única que lo entiende. La única que puede estar con él. Soy su destino.

—¿De qué coño estás hablando? —Intento sentarme, pero toco con una mano algo que cruje y que se desmorona bajo mis dedos.

Aparto los ojos de ella un segundo para ver qué más ha iluminado la linterna.

—¡Ay, Dios, ay, Dios! —Estoy sobre una pila de cadáveres. Esqueletos. Cuerpos en descomposición. Todos con ropa de mujer.

La luz de la luna se filtra por unas grietas del techo y me revela que estoy en un mausoleo.

«No. No, esto no está pasando. Es una pesadilla.»

Siento la bilis en la garganta cuando la veo levantar una pistola para apuntarme.

—Si quieres que algo se haga bien, siempre tienes que hacerlo en persona.

Aprieta el gatillo al tiempo que intento levantarme y echarme hacia atrás. La bala me atraviesa el hombro con un dolor lacerante, y el impacto me deja sin aliento al tiempo que caigo de costado sobre algo blando.

La luz de la linterna se mueve cuando ella se da la vuelta para marcharse, pero antes de que cierre la puerta, el haz de luz ilumina una cara a pocos centímetros de la mía.

La cara de Magnolia.

«Ay, Dios, no.»

—¿Qué coño has hecho, loca de los cojones? —grito.

—Tú eres la loca de los cojones. Fue mío primero y siempre será mío. Ninguna de vosotras tiene una segunda oportunidad —dice la mujer mientras el último rayito de luz desaparece para dejarme, herida y sangrando, junto a mi mejor amiga.

—¡Socorro! —grito hasta que me quedo sin voz y la oscuridad lo engulle todo de nuevo.

## Mount

—¿Dónde coño estás? —le pregunto a J—. La policía no se ha presentado. ¿Quién coño ha dado el chivatazo? Porque como sea mentira, van a rodar cabezas.

—Es una fuente fiable. Voy de camino. Llego en cinco minutos, jefe.

V sigue sin encontrar a Keira. El coche de Temperance no está. J viene de camino, y a mí se me está yendo la olla.

El colgante. El rastreador GPS. Keira todavía lo lleva puesto.

Abro la aplicación y espero lo que me parece una eternidad a que se cargue.

Sin señal. Se me ha olvidado que en el casino hemos bloqueado la señal inalámbrica y todo acceso a internet.

Joder. Joder.

Salgo corriendo del casino y recorro el laberinto de pasadizos hasta mi despacho. Una vez allí, intento que la aplicación cargue en el móvil mientras enciendo todas las pantallas de mi ordenador. Cuando por fin consigo que se cargue en el sobremesa, J entra en mi despacho.

—No tiene sentido, joder —susurro. La localización es una que conozco bien, un lugar que visito al menos dos veces al año. Tiene que estar mal.

—¿La ha encontrado V, jefe?

—No. V no la ha encontrado, joder. Acabo de hacerlo yo, y quiero que me digas qué coño está pasando.

Miro a J a la cara, y veo que tiene la melena rubio platino suelta alrededor de los hombros en vez de recogida con el severo moño que suele llevar.

—Tranquilo, Mikey. Todo va a salir bien.

—No me llames así, joder. Sabes que no debes hacerlo, J.

### *Diecisiete años antes*

Me vibró el busca con un número que conocía bien, seguido de los dígitos 911.

Joder, ¿en qué follón se habría metido Hope? Sabía que no estaba muy bien. Todos teníamos problemas por las mierdas que habíamos soportado.

El día que Hope Jones subió los escalones de la casa de acogida infernal, supe que nada volvería a ser igual. Me lo dijo el instinto.

El primer tío al que me cargué fue aquel cabrón, Jerry, que tenía la polla fuera para violar a una niña de catorce años. Esperaba que sacarla de aquella casa antes de que pudiera tocarla la enderezaría, y lo hizo... durante un tiempo.

Durante los años que pasé en la calle, no pude hacer mucho más que vigilarlas para asegurarme de que Hope y Destiny no abandonaban su nuevo hogar llenas de moratones o peor de lo que habían entrado. Cuando Morello me introdujo en la organización, pasó a ser dueño de mi vida. Al cabo de un tiempo, conseguí un poco de poder, y lo usé para asegurarme de que Hope se graduaba en el instituto y conseguía la custodia de Destiny.

Llevaba años pagando sus facturas, y no solo porque Hope todavía no se había sacado un título. Me sentía responsable de ellas. No se cuidaba de dos personas durante tanto tiempo y luego les dabas la espalda.

Al menos, yo no podía.

A lo mejor ese era el problema. Debería haberme asegurado de que Hope asumía más responsabilidad por su puta vida. Llevaba años intentando sacarse una carrera universitaria y todavía no había conseguido un diploma que

acreditara su esfuerzo, pero no la obligué a buscarse un trabajo a jornada completa.

Porque, sobre todo, quería que estuviera con Destiny. Tal vez Hope no fuera el mejor ejemplo, pero era muchísimo mejor que lo que yo había tenido de pequeño.

Además, Destiny era más lista que el hambre y tenía un futuro por delante que tanto Hope como yo queríamos proteger.

Salí del despacho, el mismo despacho donde me cargué a Morello por tocar a una chica de la misma manera que Jerry se atrevió a tocar a Hope, con un puño americano de latón y un mechero Zippo en un bolsillo, un cuchillo en el otro y dos pistolas del .45 bajo la chaqueta. Ya no aparecía con un puto cuchillo cuando había pistolas de por medio.

Joder, ya ni siquiera participaba en los tiroteos. Pero eso era algo que no pensaba delegar. Hope y Destiny siempre habían sido algo personal.

Solo tardé diez minutos en llegar a la casa que le había comprado a Hope. En el interior alguien estaba rompiendo platos y se oía a un hombre gritando.

Destiny estaba acurrucada fuera, bajo los escalones del porche, meciéndose. Casi tenía dieciocho años, pero al verla acurrucada y aterrada, me recordó a la niña de cinco años que conocí.

—¿Qué coño pasa? —le pregunté.

—No lo sé. Está... está muy cabreado. Hope lo despertó sin querer, y se le fue la pinza. Luego Hope se interpuso entre nosotros y yo salí corriendo. Ya no la oigo, Mikey. Tengo miedo. —Destiny se sorbió la nariz—. ¿Por qué no la oigo?

Subí los escalones de dos en dos, demasiado concentrado en la situación como para decirle que no usara ese puto nombre. Michael Arch murió a los trece años.

Entré en tromba por la puerta principal, con un arma en la mano, mientras

ojeaba la estancia.

No era el único que iba armado, no. Había un hombre al otro lado de la isla de la cocina, tirando un plato tras otro al suelo, mientras agitaba el revólver que tenía en la mano derecha.

—Zorra de mierda. Sabes que no debes hacer ruido cuando estoy durmiendo. —Tiró otro plato.

Destiny tenía razón. No oía a Hope, y no pensaba disparar hasta saber dónde se encontraba, aunque me moría por meterle una bala en la cabeza a aquel cabrón por haber asustado a Destiny.

—Date la vuelta, gilipollas.

Se dio la vuelta, borracho perdido, y levantó la antigualla que tenía en la mano para apuntarme con ella, sujetando el revólver de forma que quedaba tumbado, al estilo de los pandilleros. «Gilipollas integral.»

—¿Quién coño eres?

—¿Dónde narices está Hope?

—Donde a ti no te importa.

Levantó la otra mano para amartillar el revólver, momento en el que me percaté de que algo oscuro resbalaba de la culata.

Sangre. Había visto de sobra a lo largo de mi vida para reconocerla a simple vista.

—Como no sueltes ahora mismo el puto revólver, no te dispararé, te despellejaré vivo mientras gritas pidiendo clemencia.

—No puedes hablarme así. Eres peor que esta puta bocazas, pero bien que le he cerrado la boca.

Me acerqué a él, y el olor a sudor rancio y a alcohol se acentuó a cada paso.

—¿Qué coño crees que...?

Apreté el gatillo de la pistola antes de que pudiera terminar la frase, y gritó

mientras el revólver caía del colgajo que antes era su mano. El revólver cayó al suelo y se disparó. «Joder, eso no tiene que pasar.»

—¡Me has disparado, joder! —Agitó lo que le quedaba de mano mientras la sangre lo salpicaba todo, y luego clavó la vista en el suelo—. ¡Y a ella!

Mi corazón, ese trozo de carne ennegrecido que tenía en el pecho, dejó de latir un segundo.

—¿Qué?

Rodeé la isla y encontré el cuerpo inerte de Hope en el suelo de linóleo, acurrucado en una postura defensiva, como si le hubiera estado dando patadas. Los platos rotos cubrían el suelo, y la sangre brotaba de los cortes que tenía en brazos y piernas. Pero eso no era todo.

Destiny entró en tromba en la casa, con un bate de béisbol en las manos. Un puto Louisville Slugger. No era el mismo que yo usé, pero se parecía mucho al arma que utilicé para matar por primera vez.

—¡No dejes que le haga más daño! —gritó desde la puerta, preparada para salir en defensa de su hermana mayor.

No sabía si mi presencia le infundía valor o si ya había tenido que hacerlo antes. Un «otra vez» me resonó en la cabeza mientras observaba el enorme agujero que Hope tenía en el pecho y cómo la sangre le manchaba el pelo allí donde parecía que él le había golpeado con la culata del revólver. No respiraba.

—Te has metido con las mujeres que no debías, gilipollas.

Disparé, arrancándole la otra mano casi por completo, y Destiny hizo ademán de entrar corriendo en la cocina. La atrapé por la cintura en un intento de que no viera lo mismo que yo.

El cadáver de su hermana.

No tenía la menor duda de que Hope estaba muerta.

Lo único que no sabía era quién la había matado: ese cabrón que se retorció

en el suelo junto a ella, con dos muñones por manos, o yo por haberle arrancado el revólver de la mano.

La posibilidad me revolvió el estómago.

«Lo siento muchísimo, Hope.»

Distraído, subestimé la flexibilidad de Destiny, de modo que se escurrió de entre mis brazos.

—¡No, Desi! —La sujeté justo cuando pisaba un trozo de cristal con un pie descalzo. La cogí en brazos y la obligué a pegar la cara a mi torso.

—¡Suéltame!

—No, no hace falta que lo veas.

—Pero Hope...

—Hope ya no está, Desi. Lo siento mucho, joder. —Hablaba con la voz ronca, cargada de más emoción de la que había sentido en años.

—¡No! —gritó ella mientras la sacaba de la casa, empapándome la camisa con sus lágrimas. Los gritos se convirtieron en sollozos desgarradores—. Por favor. No. No. No.

Destiny estaba prácticamente sin fuerzas cuando llegué al coche. Al intentar dejarla sentada en el asiento del copiloto, se movió como si hubiera accionado un resorte y me arañó en su intento por volver a la casa, junto a Hope.

Le sujeté los delgados hombros y la sacudí para que me prestara atención.

—No vas a volver ahí dentro. ¿Me entiendes?

—Mikey...

—Mount —la corregí, algo que se había convertido ya en costumbre porque parecía incapaz de olvidarse del pasado. Joder, ninguno de los dos íbamos a olvidar ese día.

—Hope...

Miré los ojos llenos de lágrimas de Destiny.

—Déjate de tonterías, Desi. Ya. Hope ha muerto.

—No puede estar muerta. —La voz de Destiny transmitía tanto dolor que lo poco que quedaba de mi corazón murió con ella. Destiny se sorbió la nariz y se abrazó las piernas, acurrucándose en el asiento del copiloto mientras se mecía adelante y atrás.

—Lo siento muchísimo, joder, pero está muerta. Tú no lo estás, y vamos a sacarte de aquí cagando leches. Voy a cuidarte, como he hecho siempre, Desi. ¿Me entiendes?

La cabeza de Destiny se movía al compás de su cuerpo. Ya no lloraba, y se mordió el labio inferior antes de asentir con la cabeza. Un adolescente tenía que ser muy fuerte para bloquear las emociones de esa manera.

—Por favor, no la dejes con él —me suplicó—. Por favor, no la dejes.

—No te preocupes. No voy a dejarla atrás. Nunca la dejaría atrás. ¿Podrás ser fuerte para mí?

—Sí. Sí. Por favor, ve a por ella.

—Respira, Desi.

Ella volvió a asentir con la cabeza, sin dejar de mecerse, pero tomó una honda bocanada de aire.

Cerré la puerta del coche y me dirigí en primer lugar al cobertizo que había junto a la casa. Tardé medio minuto en localizar una lata de gasolina. Corrí al interior y subí la escalera antes de rociar todas las superficies inflamables menos la colcha del dormitorio. Esa la quité de la cama antes de correr escaleras abajo para envolver el cuerpo de Hope con cuidado.

El cabrón que estaba a su lado había perdido el conocimiento. Nunca sabría qué había pasado antes de llegar yo, pero ya daba igual.

Me saqué el Zippo del bolsillo y luego cogí a Hope en brazos antes de encender el mechero. Cuando lo tiré al suelo del salón, la gasolina empezó a arder. Eché a andar hacia el coche con el calor del incendio a mi espalda y la cara espantada de Destiny mirándome por la ventanilla del coche.

Levanté un poco más el cuerpo de Hope y abrí la puerta trasera antes de dejarla sobre el asiento.

—Joder, Desi, ni se te ocurra mirar.

Clavó la vista al frente cuando dejé a Hope en la parte trasera del coche. Abrí la puerta del conductor, me senté y arranqué.

—No vas a ir a la puta Universidad Estatal de Luisiana, Desi. Te vas a ir bien lejos de esta ciudad.

Se oyeron sirenas a lo lejos mientras yo salía echando leches de allí, dejando atrás la casa en llamas.

Destiny se sorbió la nariz para contener el dolor que sentía tal como yo había aplastado el mío.

—Quiero quedarme contigo.

No la miré mientras me saltaba una señal de STOP.

—No. Eso es imposible. Escoge la universidad que quieras, que vas a entrar. Pero no te quedarás aquí. Te quiero lo más lejos de mí que sea posible.

Habíamos llegado casi al Barrio Francés cuando Destiny volvió a hablar.

—He oído que el Instituto de Tecnología de Massachusetts tiene un programa de Ingeniería Informática muy bueno.

Me volví para mirarla. Joder, su resistencia era la leche. Otra flor que crecía entre las grietas de las aceras.

—Pues al Instituto de Tecnología de Massachusetts que vas a ir.

Nunca volvimos a hablar de Hope. Antes de enviar a Destiny a estudiar, intenté hablar de su hermana, pero ella se cerró en banda.

Nunca le conté que había enterrado a Hope en un mausoleo a las afueras de la ciudad, ni que me aseguraba de que siempre tuviera flores frescas en el aniversario de su muerte y en su cumpleaños.

Tampoco le conté que nunca he podido perdonarme por lo que sucedió

aquel día. Por no haberlas protegido mejor. Por no haber llegado antes. Por no saber si maté o no a Hope.

En cambio, me concentré en el futuro y me aseguré de que Destiny lo tuviera asegurado. Era lo único que podía hacer.

*En la actualidad*

Lucho contra la oscuridad y abro los ojos. El dolor se ha apoderado de todo mi cuerpo y es mucho peor que el que sentí después del incidente con el coche.

La única luz en la cripta procede de la luna llena que se cuela por las grietas de la escayola de un rincón del techo. No basta para ver el horror que me rodea, pero sí lo huelo.

—¿Mags? —Se me quiebra la voz aunque solo he susurrado y saco fuerzas de flaqueza para soportar el dolor cuando extiendo un brazo para tocarla—. Mags, no puedes estar muerta. Por favor.

La última vez que hablamos lo hicimos enfadadas, y no puedo vivir con ese peso en la conciencia.

Si consigo sobrevivir.

Temerosa por lo que pueden encontrar mis dedos, los paso sobre la seda de su kimono hasta llegar al cuello.

Todavía está caliente.

—¡Mags! —En esta ocasión grito su nombre, pero no obtengo respuesta.

No sé cuánto tarda un cadáver en enfriarse, pero me niego a creer que eso es lo que está sucediendo aquí.

—Magnolia Marie, no puedes estar muerta. Me niego a creerlo.

Un dolor palpitante se me extiende por el hombro izquierdo con cada latido

de mi corazón, y me informa de que estoy perdiendo sangre. Tengo que detener la hemorragia, pero antes necesito saber si Magnolia está muerta.

Palpo hasta dar con su carótida y cierro los ojos para bloquear mi propio dolor mientras rezo para encontrar señales de vida.

Al principio no siento nada. Pero después... ahí está. Un pulso muy débil. Esa es la palabra que usan en las series de televisión, ¿verdad? No está muerta.

—¡Mags! ¡Despierta, coño! —Subo la mano para tocarle la cara con la esperanza de que me responda, pero no lo hace.

Estoy en una tumba silenciosa, rodeada de los cuerpos de aquellas que creo que son las amantes desaparecidas. Tal vez incluso del cuerpo de Richelle LaFleur.

Pero ¿cómo es posible?

Lachlan Mount, el hombre con el que me he casado, no mataría a una mujer inocente. Pero ¿esa loca rubia? Es evidente que está como una puta cabra.

¿Quién coño es?

—Quédate conmigo, Mags —susurro mientras me arranco la manga derecha de la blusa para presionarme con ella la herida del hombro izquierdo. La sangre empapa la tela en cuestión de segundos.

Me estoy desangrando. No sé por qué tengo esa certeza, pero así es.

Aunque si muero, Magnolia muere conmigo. No soporto esa idea.

Intento incorporarme y ponerme de pie, desesperada por encontrar una salida, pero me invade un dolor agónico. Empiezo a ver motitas negras a mi alrededor mientras caigo sobre el espantoso montón que tengo debajo entre crujidos.

No, me digo. Tengo que intentarlo de nuevo. Mis fuerzas se agotan mientras el dolor satura mis sentidos.

Sé que estoy a punto de desmayarme otra vez, pero por mi mente pasa un

último pensamiento coherente.

Lachlan reducirá esta ciudad a cenizas si me pasa algo.

## Mount

Conozco demasiado bien las coordenadas del GPS. Y no tiene sentido. O tal vez tenga demasiado sentido...

«Es imposible...»

Me aparto de la mesa y cojo una pistola de uno de los cajones.

—¿Qué haces? —me pregunta mi mano derecha.

—Ir en busca de mi esposa.

—¿Te has casado con esa puta?

Al oírla, se me enciende la bombilla, joder.

Clavo la vista en la cara de J.

—Habla de ella con respeto y dime qué coño has hecho. —La apunto con la pistola.

J regresó a mi lado después de cuatro años y con un doble grado en el Instituto de Tecnología de Massachusetts, tras haber pasado los fines de semana y las vacaciones recibiendo un tipo de entrenamiento en combate cuerpo a cuerpo, reservado normalmente para los cuerpos de seguridad profesionales. Endurecida por la batalla, así se definió cuando me exigió un puesto en mi organización, aduciendo que Nueva Orleans era su hogar y que yo era su única familia.

Le dije que si le permitía quedarse, nadie podría saber jamás quién era. Y como el resto de los integrantes de mi organización, respondería solo a una letra. La primera letra de su apellido: Jones.

—¿Cómo has podido casarte con ella? —grita, y su voz reverbera en las

paredes.

—¿Qué has hecho, J?

—¡Llámame Destiny, joder!

Se mece sobre los talones, como la niña que encontré acurrucada bajo los escalones del porche, pero ahora no puedo pensar en eso. Ahora el instinto me dice que ella está detrás de todo.

—Como no me digas qué le has hecho a Keira antes de dos segundos, te pego un tiro. Y a la mierda con el pasado.

Su cara refleja la traición y la sorpresa antes de que su expresión se endurezca.

—He hecho lo que tenía que hacer.

—Como le hayas puesto un puto dedo encima, te juro por lo más sagrado que...

—¿Qué? ¿Vas a matarme, Mikey? ¿Después de tanto tiempo? Era un estorbo. Todas eran un estorbo, pero me ocupé de ellas en cuanto les diste la patada para que no hubiera cabos sueltos. Luego esa madama loca se pasó de rosca y te ofreció una que no era una puta. Al menos, al principio. Debería haber sabido que no debía engañarte. Nadie te engaña y vive para contarlo.

—¿Qué le has hecho? —mascullo.

—Se suponía que no te enamorarías de ella. Se suponía que solo me querrías a mí. ¡Así que la he enterrado como al resto!

Mi rugido se oye un segundo antes de que apriete el gatillo. La bala le atraviesa la mano y ella grita cuando empieza a brotar la sangre.

D entra corriendo, y nos mira sin dar crédito.

—¿Jefe?

—Enciérrala. No la pierdas de vista ni un puto segundo u os mato a los dos. Z y yo vamos en busca de mi esposa, y será mejor que empieces a rezar para que siga viva.

## Keira

Pierdo la noción del tiempo, me despierto y lucho para mantenerme consciente. Grito hasta quedarme sin voz. No encuentro heridas en el cuerpo de Magnolia, pero la envuelvo con mi cuerpo. Ninguna de las dos vamos a durar mucho más.

El ruido de un motor me devuelve al mundo exterior. Más allá de esta tumba, donde tan segura estoy de que voy a morir.

Grito al tiempo que acuno la cabeza de Magnolia contra mi pecho, momento en el que toco algo puntiagudo.

Los alfileres del pelo.

Le quito uno y lo agarro con la mano derecha. Si esa loca ha vuelto, será ella la que muera.

No puedo pensar con claridad, y me duele todo el cuerpo mientras intento levantarme.

Oigo cómo crujen los huesos que tengo debajo, y el olor de la descomposición me provoca arcadas. Es algo que no olvidaré si sobrevivo a esto.

—¡Socorro! —grito con la voz quebrada. Pierdo el equilibrio y caigo de bruces sobre un cadáver, perdiendo el alfiler que tenía en la mano.

Las bisagras de la puerta de madera chirrían al abrirse.

Mi plan es levantarme de entre los cadáveres y atravesarle a esa loca el corazón con el alfiler, pero he perdido el arma.

—Aguanta. Aguanta, joder. ¡No se te ocurra morirte ahora!

Es la voz de Lachlan.

¿O estoy soñando otra vez?

Ya no puedo separar la realidad de las pesadillas. Al menos, hasta que levanto la cabeza y me ciega un haz de luz.

—¡Keira!

—¿Lachlan?

Extiende un brazo para cogerme las manos.

—Ni se te ocurra morirte, fierecilla. Ni ahora ni nunca.

Parpadeo, y el pánico de su mirada me atraviesa mientras la oscuridad me envuelve. Ya no le veo la cara y pronuncio mi último deseo con un hilo de voz.

—Mags. Salva también a Mags.

## Mount

Miedo. Un sentimiento que no experimento desde hace años, pero que se apodera de mí como si fuera un demonio del infierno mientras Keira pone los ojos en blanco y la saco de entre los cadáveres amontonados en el mausoleo de Hope.

No acabo de asimilar lo que veo. Es imposible, joder. J no puede haber hecho eso. ¿O sí?

Me quito la chaqueta y la uso para detener la hemorragia del hombro de Keira.

Mags. Keira ha pronunciado su nombre antes de perder el conocimiento, así que le grito una orden a Z.

—¡Mira a ver si la madama también está ahí! Voy a llamar a la policía.

Jamás he ido a un hospital ni he llamado a la policía para solicitar ayuda en treinta años. Pero por Keira, estoy dispuesto a hacer cualquier cosa.

La voz de la operadora parece muy distante, pero a lo mejor es por culpa del rugido de la sangre que me atrona los oídos y que hace que todo suene raro mientras presiono sobre la herida del hombro de Keira.

Puesto que necesito mantener la calma, debo separar las cosas. Una parte de mí está desquiciada por la idea de que mi mujer se desangre delante de mis ojos, mientras la otra le dice exactamente a la operadora donde nos encontramos, recitando incluso las putas coordenadas del GPS, y la amenaza de lo que sucederá si no llegan pronto. Aunque ella me dice que no corte la llamada, lo hago para llamar a la caballería.

V contesta pero sin hablar.

—La tengo, pero no pienso perderla. —Le doy la misma información que le he dado a la operadora de la policía.

Cuando corto, Z sale del mausoleo con el cuerpo inerte de Magnolia en los brazos.

—¿Está muerta?

Z la deja en el suelo al lado de Keira y le busca el pulso.

—Casi. Pero todavía no.

—¡Joder!

Por primera vez en la vida, rezo para oír cerca el aullido de las sirenas, para que vengan más rápido, porque mi vida se está desmoronando. La sangre de Keira parece casi negra a luz de la luna mientras mancha la hierba, pese a la presión que sigo ejerciendo sobre la herida.

—¡Me cago en la puta, esto es imposible! ¡No vas a morirte, joder! ¡Ni se te ocurra dejarme! ¡Te quiero!

## Mount

Creía que el infierno era el sistema de casas de acogida o vivir en las calles. Me equivocaba. El infierno es la sala de espera de un hospital mientras operan, sin garantías de que sobreviva, a la única mujer a la que he querido.

Ahora mismo le daría todo lo que tengo, incluida mi puta vida, a Dios, al diablo o a cualquier ente superior que me oiga con tal de que la dejen vivir.

«¿Por qué no me lleváis a mí? Soy la basura que no merece tocar algo tan bueno como ella.»

A lo mejor hay almas tan renegridas que ni el infierno las quiere.

Me postro de rodillas y, por primera vez en más de treinta años, las lágrimas me resbalan por las mejillas mientras rezo.

## Keira

—Despierta, cariño. Abre los ojos. Por favor, Keira. —La voz invade mi conciencia.

Me pesan muchísimo los párpados. Tomo una bocanada de aire, pero siento un peso en el pecho.

—Ay.

—¡Keira! ¡Cariño! Vuelve con nosotros. Por favor.

Alguien me da un apretón en una mano. Abro los ojos como puedo, pero lo veo todo borroso.

Quiero preguntar qué ha pasado, pero lo único que sale de mis labios es un:

—¿Quééééé...?

—Estás bien. Keira, vas a ponerte bien. Ya lo verás.

Me duele la garganta. Me duele el hombro. Me duele la cabeza. ¡Me duele todo! Creo que no quiero volver a moverme nunca.

Juraría que me he sentido así antes.

Paredes blancas. Desinfectante. Pitidos.

¿Estoy soñando?

Una voz interior me grita que me despierte de una puñetera vez, y parpadeo dos veces para aclararme la vista.

Sin embargo, la cara que descubro delante de mí no es la que esperaba ver.

Me incorporo en la cama del hospital y miro a un lado y a otro. En esta ocasión no hay otra cama vacía al lado de la mía.

Gimo e intento decir algo, pero lo único que sale de mi garganta es una

especie de gruñido.

¿Dónde está Lachlan? Eso es lo primero que pienso. ¿Dónde está Lachlan?

Pero no es la pregunta que sale de mis labios.

—¿Mamá?

—Gracias a Dios. En la vida nos des otro susto semejante. —Sus ojos verdes, de un tono más oscuro que los míos, se llenan de lágrimas y su cara parece mucho más envejecida que en la última foto suya que vi.

—Por el amor de Dios. Gracias, Señor. —La voz grave de mi padre se impone a la de mi madre mientras entra en mi campo de visión.

—¿Papá? —No tiene sentido. ¿Cómo han llegado mis padres aquí? ¿Y dónde está Lachlan?—. ¿Cómo...?

—Calla, cariño. No hables. Has estado horas en el quirófano. Nos han dicho que te dolería la garganta por la intubación. Por el amor de Dios, cuando recibimos la llamada de la empresa de seguridad y no cogías el teléfono, y luego nos llamó Millie horas después diciéndonos que llegarías sola en una ambulancia...

¿Sola? A mi madre se le quiebra la voz, pero sigue:

—Nos saltamos todas las leyes de tráfico para llegar aquí cuanto antes. No sabía si ibas a sobrevivir o no.

¿Millie? El cerebro me funciona muy despacio mientras examino la habitación de nuevo, mirando más allá de mis padres en busca de una cara que necesito ver pero que no encuentro.

Millie. La prima de mi madre, una enfermera de urgencias. Eso explica cómo lo descubrieron mis padres, pero... ¿sola?

—¿Qué ha pasado? —pregunto de nuevo, pero siento el efecto de los medicamentos que me ralentizan el pensamiento—. ¿Dónde...?

—Te dispararon —contesta mi padre—. Los técnicos de emergencias sanitarias que te trajeron y la ambulancia en la que viniste han desaparecido.

¿Qué coño te pasó, niña? —Mi padre habla con ira y miedo, y con una emoción que hacía mucho tiempo que no oía en él.

Al tragar saliva, el labio me empieza a sangrar, y mi madre se pone en acción.

—Agua. Necesitas agua. —Me acerca la pajita doblada a los labios antes de que pueda replicar.

Bebo un sorbo, y la frescura que me baja por la garganta me alivia.

—¿Un disparo?

—Calla, cariño. No pasa nada. Ahora mismo no necesitas preocuparte. Solo... descansar. Estamos muy contentos de ver esos ojos tan bonitos que tienes. Voy a llamar a la enfermera.

—Necesito saber quién narices le ha hecho daño a mi niña, para poder sacar la escopeta y la pala y encargarme de este asunto. —Las palabras malhumoradas de mi padre me ayudan a salir de la estupefacción.

—No lo sé —murmuro y cierro los ojos. Los párpados me pesan un huevo.

—Cualquier dato. Un nombre. Un sitio. Un color de pelo. Yo mismo los encontraré.

—David, ya está bien. Déjalo.

—Kath, no me digas que me calle. Alguien le ha disparado a mi niña.

Mantengo los ojos cerrados mientras mis padres discuten en voz baja. Respiro de forma superficial una y otra vez, despacio, y me concentro en eso, porque nada tiene sentido.

Mis recuerdos son confusos. Peor que la mañana de la resaca en Dublín.

Dublín.

«Baila conmigo, Lachlan. Baila conmigo en Dublín.»

—¿Dónde está? —pregunto con una voz tan ronca que parezco una rana croando.

—¿Quién? —exige saber mi padre—. ¿El hombre que te hizo esto?

Intento negar con la cabeza, pero si la muevo, me mareo. ¿Tengo una venda alrededor?

—¿Qué ha pasado? —pregunto de nuevo mientras bajo la vista y descubro un cabestrillo en el brazo.

—Eso es lo que te estamos preguntando.

Cadáveres. Magnolia. ¡Dios mío!

—¿Mags?

—¿Tiene algo que ver con esto? —pregunta mi madre, alzando un poco la voz—. ¿Está implicada?

La puerta se abre y entran varias personas, que me salvan de contestar.

—Señora Kilgore, nos alegra verla despierta. ¿Cómo se encuentra? —me pregunta una rubia y me tenso.

Rubia. Se me acelera la respiración.

—¿Quién eres? —pregunto entre jadeos.

—Cariño, es la doctora. Ha estado aquí todo el rato. Y aquí está Millie. Lleva toda la noche esperando con nosotros.

Miro a la rubia, y la adrenalina me recorre las venas, preparándome para huir si es necesario. ¿Es ella? Los fragmentos de mi memoria siguen dispersos y carecen de sentido, así que no lo sé. Aprieto los puños, pero no tengo arma alguna. Nada que me mantenga a salvo.

«Es la doctora.» Eso afirma mi madre, pero no me fío de nadie. Y ahora mucho menos. ¿Dónde está Lachlan?

Miro más allá de la rubia, con la esperanza de encontrar su oscura mirada sobre mí, pero lo único que veo es a una morena regordeta muy sonriente.

—Me alegro de verte despierta, Keira —me dice Millie.

—¿Puede decirnos cómo se encuentra? —me pregunta de nuevo la doctora.

—Cansada. Dolorida. —Mantengo las respuestas breves. No solo no confío en ella, es que además no me funciona bien el cerebro.

—Me lo imagino. Además del traumatismo craneal, ha sufrido una herida de bala. ¿Recuerda lo que sucedió?

Niego con la cabeza, pero descubro que es una mala idea. Me mareo de repente y recuerdo la última vez que me desperté en la habitación de un hospital.

—No recuerdo nada —le aseguro. Ni siquiera tengo que intentar parecer convincente. Se me quiebra la voz.

—¿Tiene amnesia? —pregunta mi madre de repente.

—Es posible que sufra alguna pérdida de memoria debido a la herida de la cabeza.

Quiero decirle a mi madre que no tengo amnesia. Lo que pasa es que no puedo unir todas las piezas que flotan en el interior de mi cabeza, porque sin el hombre que debería estar en esta habitación, nada tiene sentido. Me llevo el puño izquierdo al pecho y lo dejo allí, débilmente, mientras miro hacia abajo.

El anillo ha desaparecido. Me llevo la mano derecha a la garganta. El colgante también ha desaparecido.

La doctora sigue hablando con mis padres, pero yo no oigo nada mientras una terrible pregunta invade mis pensamientos.

¿Lo he imaginado todo? ¿Por eso no está aquí? ¿Es Lachlan Mount producto de mi imaginación?

No. Es imposible. Es real. Lo que tenemos es real. ¿O no? No es un fantasma. Es real. ¿Verdad?

Echo un vistazo por la habitación mientras la sangre me atrona los oídos y lo silencia todo, salvo mis pensamientos.

—¿Qué ha pasado? —me obligo a decir en voz alta, y a mi alrededor todos guardan silencio.

—Keira, eso es lo queremos averiguar —responde la doctora—. No te

esfuerces demasiado. Descansa. Si dejas que tu cerebro descanse, a lo mejor recuperas parte de los recuerdos.

—¿Seguro? —Otra respuesta con voz aterrada por parte de mi madre, pero yo también quiero respuestas.

La doctora guarda silencio un momento.

—Es posible que no lo recuerde todo. Tendremos que esperar para comprobarlo.

—¿Que tenemos que esperar? ¡Alguien le ha disparado a mi niña!

—¡David! —exclama mi madre, y mi padre se calla.

Acto seguido, todos se acercan a mí para comprobar el pulso y mi respiración, para sacarme sangre... y dejo que se me cierren los ojos de nuevo.

La siguiente vez que me despierto, mi madre sigue en la habitación, pero mi padre no está. No me siento tan mareada como antes, pero sigo confusa, porque el hombre al que quiero ver en la habitación no está.

No puedo preguntar por él. Mi madre no sabe que Lachlan Mount existe.

Pero yo sí. Es real. Lo sé. Entonces ¿dónde está?

—Cariño, bebe un poco más de agua. —Mi madre me acerca el vaso con la pajita a la boca y bebo de nuevo—. Tu padre está desquiciado.

—Lo siento.

—Tranquila. Tú no tienes la culpa. No pediste que te dispararan. Estoy segura. Pero la policía lleva un rato esperando y tienen un montón de preguntas para las que no tenemos respuestas, salvo...

—¿Salvo? —le pregunto, mirándola a los ojos.

—El incendio en el almacén. Encontraron a tu asistente.

—¡Temperance! ¿Se encuentra bien?

¿Cómo narices he podido olvidarla?

—Tranquila. No te preocupes. Está bien. Le dieron un golpe en la cabeza. Los bomberos la encontraron inconsciente justo al lado de la puerta, cuando entraron.

—¡Dios mío! —El corazón me late con fuerza al pensar en lo que podía haberle sucedido—. Pero ¿está bien? —Me escuecen los ojos por las lágrimas. Todo esto es culpa mía. Temperance podría haber muerto, y yo sería la culpable.

—Está bien. Inhalación de humo. Tuvo suerte de que la encontraran a tiempo. La tuvieron ingresada una noche en observación por el golpe de la cabeza, pero le dieron el alta al día siguiente. Acaba de ir al baño. Ha estado aquí con nosotros desde entonces.

¿Al día siguiente? ¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—¿Qué día es hoy?

—Llevas durmiendo y despertándote dos días, cariño.

—¿Dos días?

Mi madre asiente con la cabeza.

—Temperance ha estado velándote con tu padre y conmigo. Es una buena amiga.

Amiga. La palabra hace que otra pieza de mis recuerdos encaje en su lugar.

—Magnolia —digo de repente—. ¿Está...? ¿Está...? —No puedo pronunciar la última palabra, pero recuerdo su piel suave y su pulso débil bajo la yema de los dedos cuando la toqué.

La expresión de mi madre se tensa y le tiemblan los labios.

—Está en coma, Keira. No saben si lo superará.

Cierro los ojos con fuerza.

—No. No. Es imposible. Nosotras... necesito hablar con ella. No puede...

—Tranquila. No pasa nada. También estamos rezando por ella. Los médicos la están cuidando. He ido a verla. Sabía que querrías que lo hiciera.

No puedo entender que las últimas palabras que crucé con ellas fueran fruto de la ira, sin importar lo que hubiera hecho. Las emociones contrarias que me asaltan me hacen llorar, y aunque ansío preguntarle a alguien por Lachlan, sé que no puedo hacerlo.

Mi padre entra de nuevo en la habitación con Temperance detrás. Los siguen dos policías.

—¡Keira! —Temperance rodea a mi padre para llegar antes a mi lado—. Gracias a Dios. Estás despierta.

—Lo siento mucho —le digo.

—¿Por qué? Tú no tienes la culpa de nada.

En eso se equivoca. Aun con el cuerpo magullado y el cerebro funcionando a medias, sé que todo esto es culpa mía. De no ser por mí, a Temperance no le habría pasado nada.

—Señora Kilgore, ¿cree que podrá contestarnos algunas preguntas?

—Ahora mismo no, caballeros —dice una enfermera que entra justo entonces y se acerca a mí, lista para toquetearme y para hacerme lo que quiera que me hayan estado haciendo durante estos dos últimos días—. Tienen que dejarla descansar.

—Sin ánimo de ofender, señora, necesitamos respuestas para poder investigar.

Temperance se vuelve hacia ellos.

—¿No están ocupados trabajando con los bomberos para descubrir quién provocó el incendio en el almacén? Porque, que yo sepa, todavía no sabemos quién fue. Ni tampoco sabemos quién me golpeó en la cabeza. A lo mejor podrían intentar averiguarlo.

—Señora, nosotros no tenemos la culpa de que las cámaras de vigilancia no funcionaran.

—¿Qué? ¿Cómo? —pregunto.

—Lo siento, señora. No lo sabemos —dice el agente—. De momento, se está tratando como un incendio provocado, pero no se ha encontrado al culpable.

—Pues ya pueden ponerse a buscarlo, porque ya les he dicho que nosotras no fuimos. —La voz de Temperance sube por momentos—. Necesitamos hasta el último barril para servir los pedidos de nuestros clientes. Así que, si lo que buscan es un fraude para cobrar el dinero del seguro, ya pueden volver a la academia para estudiar un poco más.

—No estamos insinuando que...

—Claro que no —lo interrumpe mi padre—. Porque ningún Kilgore ni ningún empleado de Seven Sinners dejaría jamás que le sucediera algo a ese whisky. Lo llevamos en la sangre. Es nuestra herencia. Nuestro legado. —Mi padre mira a Temperance y hace un gesto con la cabeza para aprobar sus palabras, como si fueran un equipo.

La culpa me aguijonea porque sé que yo soy la culpable de todo. No hay ninguna pista.

—Lo siento, papá...

Él se vuelve al instante para mirarme.

—Tú no tienes la culpa. Quienquiera que haya hecho esto lo pagará. Nos aseguraremos de que lo haga.

Parpadeo porque me escuecen los ojos otra vez por las lágrimas. El único hombre que puede responder todas las preguntas no está aquí.

¿Es la rubia la responsable de todo? Recuerdo trozos de la conversación. «Su destino.» ¿Quién es?

—Señora Kilgore, señorita Ransom, no estamos insinuando que ustedes estén implicadas en todo esto. Solo buscamos respuestas, al igual que ustedes.

—No recuerdo nada. —Todos me miran mientras la mentira abandona mis labios—. Nada. Lo siento. Ojalá pudiera ayudar.

Se me desgarran las entrañas. Las viejas lealtades contra las nuevas. Sin importar lo que sucediera y por qué sucedió, no se va a conseguir nada hablando con la policía. A estas alturas, hay otra forma de impartir justicia. Al menos, la habría si él apareciera.

Cierro los ojos con fuerza porque la pregunta sigue rebotando en mi cabeza como si fuera una bola de pinball. ¿Dónde está Lachlan?

—Dejaré mi tarjeta por si recuerda algo —dice uno de los policías, pero no acierto a interpretar su tono de voz.

¿Soy una mala mentirosa? ¿Me ha pillado?

—Por supuesto que llamaremos, pero mientras tanto pónganse a trabajar.

Mi padre los despacha con esa despedida mientras yo intento encajar las piezas del resto de lo sucedido. Abro los ojos y miro a Temperance. Necesito hablar con ella a solas, pero no creo que mi madre lo permita.

—¿Estás bien? —le pregunto.

Mi directora de operaciones asiente con la cabeza.

—Sí. Vengo de una familia fuerte. Hace falta más de un golpe en la cabeza para matarme.

—Tu hermano...

Me mira con los ojos entrecerrados y expresión elocuente.

—Mi hermano está investigando.

¿Eso es lo que está haciendo Lachlan? ¿Por eso no está aquí?

Temperance clava la mirada en mi mano izquierda, percatándose de la ausencia del anillo, y después me mira a los ojos.

—¿Quieres que llame a alguien?

—¿Tienes mi móvil? —Otro recuerdo que encaja en el rompecabezas. Iba a llamar a Lachlan cuando la oscuridad me engulló.

—No. ¿Recuerdas dónde lo perdiste?

Las consecuencias de haber perdido el móvil nunca han sido tan terribles

como lo son en este momento. Sin él, no puedo ponerme en contacto con mi marido. No me sé su número de memoria.

—El almacén. Lo tenía cuando fui —le contesto, abrumada por el pánico.

—Nadie ha dicho que lo haya encontrado, pero puedo llamar a quien quieras.

Me muerdo el labio.

—Te... te lo agradezco. Pero necesito mi móvil.

Temperance asiente con la cabeza, y su expresión me dice que por fin ha entendido lo que pasa.

—Les preguntaré a los bomberos. A lo mejor lo encontraron y lo han guardado como prueba, pero se les ha olvidado mencionarlo.

—Gracias.

—¿Qué más puedo hacer?

—Puedes dejarla sola para que descanse —interviene mi padre con tono malhumorado después de haber echado a los dos policías. Al parecer, el respeto por Temperance le ha durado poco.

—Papá, ya está bien. Temperance es mi directora de operaciones. Es increíble. Así que sé simpático.

—¿Directora de operaciones? —Vuelve la cabeza al instante para mirarla —. Creía que eras su secretaria.

—Ya vale —digo con un hilo de voz—. Ahora mismo no estoy para esto.

—David, necesito más café —anuncia mi madre.

—Pero si acabo de...

—Más. Ahora.

Mi padre refunfuña algo y se da media vuelta para marcharse.

Mi madre me mira con gesto contrito.

—Lo siento, cariño. Está muy nervioso.

Temperance extiende el brazo, me coge de la mano y entrelaza los dedos.

—¿Quieres que me quede o prefieres que vaya a proteger el fuerte?

—Deberías estar en casa, descansando.

—Jefa, sabes que no soy así. Además, solo me han dado un golpe en la cabeza. No me han disparado. Estoy bien.

—No pienso decirte que trabajes. Ni de coña.

Ella sonrío.

—Ni falta que hace. Voy a hacerlo de todas formas. Si necesitas algo, llámame.

Mientras me suelta la mano, siento el deseo de pedirle que vaya en busca de Lachlan y lo traiga al hospital, pero nunca le he hablado de él con detalles concretos. La única persona de mi mundo que lo conoce es Magnolia y ella está en algún lugar de este hospital, en coma. Por culpa de esa rubia loca.

¿Quién era? ¿Por eso ha desaparecido Lachlan? ¿Le habrá hecho daño? La simple idea me deja hecha polvo y me devuelve a la casilla de salida. ¿Está muerto?

No. No. No.

Me niego a creerlo.

Lachlan Mount es un superhombre. Ni las heridas de bala pueden detenerlo. Porque ya lo ha demostrado.

Entonces ¿por qué no está aquí? Me siento dividida entre la ira y la desesperación, y ahora mismo le vendería mi alma al diablo con tal de verle la cara y de asegurarme de que está bien.

Porque Lachlan no me dejaría. No lo haría.

El cansancio me invade de nuevo, pero tengo que hacerle a mi madre otra pregunta importante.

—Mamá, ¿ha venido alguien más a verme? —Al ver que asiente con la cabeza, me embarga la emoción—. ¿Quién?

—Casi todos nuestros conocidos han pasado por aquí. Tu padre no les ha

dejado entrar en la habitación, pero menudo desfile de gente que hemos tenido.

—¿Alguien... alguien desconocido?

La veo fruncir el ceño.

—¿A qué te refieres, cariño?

Me muero por preguntárselo directamente, pero no puedo. En cambio, decido tomar la senda más cobarde y cierro los ojos para fingir que me duermo mientras el corazón se me rompe de nuevo.

¿Dónde está?

## Keira

«—Baila conmigo, Lachlan. Baila conmigo en Dublín.

»Su cara, que suele estar tan seria, ha cambiado esta noche. Él ha cambiado esta noche. Me coge de la mano y me lleva hasta la multitud de irlandeses que está bailando, y aparece una sonrisa en su cara que convierte sus labios en lo más bonito que he visto en la vida.

»—Eres hermoso —le digo. Estoy borracha y me da igual.

»—Los hombres no son hermosos.

»—Mentira. Es mentira. Porque tú lo eres.

»Me hace girar mientras fingimos conocer los pasos de ese baile irlandés antes de pegarme de nuevo a su duro cuerpo.

»—Lo dejaremos en que no nos ponemos de acuerdo.

»—Vale. Pero tengo razón.

»Su sonrisa ilumina todo el pub. Juro que podría iluminar el cielo más negro. Se inclina hacia mí y me roza la oreja con los labios.

»—No tienes razón, pero sigues sin tener precio.

»—Chitón. Los dos sabemos cuál es mi precio. Tú lo descubriste. —La réplica brota de mis labios sin pensar, ya que no me controlo por culpa del alcohol.

»Él levanta la cabeza de golpe y me mira fijamente, sin rastro de humor en la cara.

»—No digas eso. Porque es una gilipollez como la copa de un pino. No podría comprarte ni con todo el dinero que tengo.

»—Pero...

»—No hay peros que valgan. Da igual lo que estés pensando, porque te equivocas.

»Estoy pensando que me he metido en un buen lío porque mi corazón está descontrolado y el hombre que antes me aterraba ahora me mira con cariño y admiración.

»—Cuidado, Lachlan. Seguro que no quieres encariñarte conmigo.

»Agacha la cabeza hasta que nuestros labios casi se rozan.

»—Demasiado tarde.»

Me despierto esperando sentir el duro cuerpo de un hombre junto a mí, pero no está.

—¿Dónde está?

—Señora Kilgore, ¿se encuentra bien? —La enfermera que está leyendo mi historial lo suelta y se acerca a la cama. Es rubia.

Me tenso al instante.

—Estoy... Estoy... —No consigo terminar la frase porque ya no tengo ni idea de cómo estoy. Pero desde luego que no estoy bien.

—¿Le duele?

—Estoy bien.

—No lo parece. —Se acerca al gotero, pero no me fío de ella. No me fío de nadie que entre en la habitación, de nadie salvo de Temperance y de mis padres.

«¿Dónde coño estás, Lachlan? Te necesito.»

—¿Mamá? Dile que estoy bien. No necesito más calmantes. Quiero estar despierta. —Hablo con voz débil, pero mi madre es la única defensa que tengo contra la desconocida rubia.

Mi madre se despierta, sobresaltada.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Solo voy a ajustar la dosis, luego la llevaré abajo para una prueba.

—¿Una prueba? —Mi madre se incorpora en el sillón reclinable situado a la derecha de la cama—. ¿Qué clase de prueba? ¿Qué pasa?

La enfermera mira a mi madre, y yo miro a mi alrededor en busca de un arma. La bandeja con la comida que han traído, y que no he tocado, está en la mesilla junto a la cama.

Mientras la rubia explica una prueba neuronal o algo así, cojo con la mano libre el cuchillo de untar la mantequilla y lo escondo bajo la sábana. No es mucho, pero menos da una piedra.

El metal se me clava en la palma de la mano, y recuerdo haber aferrado el alfiler de plata que le regalé a Magnolia. Pensaba apuñalar a esa puta loca si volvía. Pero no recuerdo su cara.

—Todo está bien, señora Kilgore. Le prometo que es algo rutinario. La traeré de vuelta enseguida. —La enfermera ajusta lo que sea que me están metiendo en vena y luego suelta el freno de la cama.

—Os acompaño.

Mi madre se levanta del sillón, y me pregunto si le ha salido el afán protector por la misma razón que a mí me está avisando el instinto. Si esta es la loca, no quiero que mi madre esté cerca de ella. Sobre todo si tengo que apuñalarla con el cuchillo de untar la mantequilla.

—Volveremos enseguida. No tiene sentido que nos acompañe para después quedarse en el pasillo, esperando.

Mientras mi madre decide qué hacer, la enfermera dice:

—Se lo prometo. No le va a pasar nada.

El tono conciliador de la enfermera no me gusta ni un pelo, y me preparo para luchar. Mantengo la boca cerrada, ya que no quiero darle motivos a mi madre para que nos acompañe.

Mi madre acaba asintiendo con la cabeza, y en cuanto vuelve a sentarse,

cierra los ojos.

—Mamá, no pasará nada. Volveré enseguida. Deberías dormir. —No doy crédito a lo que digo, pero lo hago de todas formas.

—Te quiero, cariño.

—Yo también te quiero, mamá.

Ya está roncando cuando la enfermera saca la cama de la habitación.

Los pasillos del hospital están en silencio, algo que me inquieta todavía más.

—¿Adónde vamos?

—Es una revisión rápida. Tiene un buen golpe en la cabeza.

Casi le pregunto si lo hizo ella, pero si lo hago, perdería el elemento sorpresa en caso de que sea así.

Mi paranoia aumenta más si cabe a medida que nos vamos alejando de la habitación y de mi madre. Llego a un punto en el que ya no aguanto más. Mientras aferro con fuerza el cuchillo, me desentiendo del palpitante dolor y vuelvo la cabeza.

—¿Quién eres y adónde coño me llevas?

La enfermera se aleja un momento para pulsar un botón plateado que abre la puerta de doble hoja.

—No tienes nada de lo que preocuparte, Keira. Te prometo que todo va a salir bien. —Enfila la cama hacia la puerta abierta, y al otro lado solo hay oscuridad.

—Como me pongas una mano encima, te juro por Dios que te...

Levanta una mano en un gesto defensivo.

—No hace falta que me amenaces. No voy a hacerte daño. No tengo

tendencias suicidas. Os dejaré un momento a solas. —Me empuja hacia la sala oscura y retrocede.

«¿Os dejaré?»

Mis ojos se acostumbran a la oscuridad mientras la enfermera se aleja acompañada por el chirrido de la suela de goma de sus zapatos sobre el suelo, y descubro su cara en las sombras.

## Mount

Algo metálico golpea el suelo mientras Keira rompe a llorar.

Me cago en la puta, sus lágrimas me matan.

—¿Dónde has estado? —me pregunta entre sollozos mientras yo me arrodillo al lado de la cama.

Las lágrimas caen por sus mejillas con tal rapidez que mis dedos no alcanzan a limpiárselas todas. Ella se zafa de mis manos y sigue sollozando.

Estaba deseando poder estar con ella y no solo verla segundos como ha pasado durante todos estos días. Solo la veía cuando la sacaban de su habitación para hacerle pruebas y después volvía a perderla en cuanto la metían en otro sitio. Dichoso hospital que solo tiene cámaras de seguridad en los pasillos.

—Te he estado vigilando. Has estado protegida en todo momento. Estás a salvo. Te lo juro.

—Pero ¿dónde narices estabas?

La culpa me desgarrar el pecho nada más oír su voz angustiada. He llevado a esta mujer fuerte al límite de sus fuerzas. Todo esto es culpa mía.

—No podía estar contigo. Tus padres llegaron antes de que salieras del quirófano, así que tuve que retirarme. Fingir que no me mataba tener que esperar para ver si habías sobrevivido.

—Pero...

—Cuando llamaron a la familia para que subieran a planta, yo no pude ir. No podía explicarles quién era. Quién soy para ti. Que yo también formo parte

de tu puta familia. —Recordar esos momentos de desesperación me deja hecho polvo por segunda vez.

—Así que me dejaste sin más. ¿Sola? ¿Durante días? ¿Mientras me preguntaba si esa rubia loca te había matado a ti también?

Sé exactamente a qué rubia loca se refiere.

—No estabas sola. No has estado sola ni un puto segundo, Keira. De haber sido así, yo habría estado a tu lado.

—¿Cómo es posible que tú, Lachlan Mount, con el ilimitado poder que ostentas, no hayas podido hacerme llegar el mensaje de que estabas bien?

Parpadeo porque por fin entiendo por qué está tan cabreada. Se ha pasado todos estos días preocupada por mí.

—No se me ocurrió que necesitaras un mensaje.

—¡Casi me vuelvo loca preguntándome si estabas vivo! Preguntándome si era yo la que había perdido el norte. Preguntándome si todo era real o no.

—Keira...

Las lágrimas se intensifican.

—Nada tiene sentido. No entiendo qué sucedió. Tienes que explicármelo. ¿Quién era esa mujer? Y Mags... también intentó matarla. Todas aquellas mujeres...

La interrumpo poniéndole los dedos en los labios. Por más que quiera explicarle las cosas ahora mismo, no puedo.

—Aquí no. Ahora no, Keira. Todavía no.

—¿Cuándo? Necesito saberlo.

Le tomo la cara entre las manos e intento limpiarle de nuevo las lágrimas con los pulgares.

—No más lágrimas, fierecilla. Ahora solo tienes que concentrarte en ponerte bien. Deja que te cuiden.

—¡No! Necesito respuestas y necesito a mi marido, joder.

—Keira, no puedo...

—Lachlan, no me digas que no puedes hacer nada. Porque no me lo creo.

Su convicción parece genuina, y me encantaría que tuviera fundamento. No me merezco semejante confianza de nadie. Mucho menos ahora.

—Ahí te equivocas. Si pudiera hacer algo, retrocedería en el tiempo y deshacería todo lo que ha pasado.

## Keira

Sus palabras me atraviesan con más fuerza que la bala que me atravesó el hombro, y se me revuelve el estómago.

—¿Todo? ¿Te...? —Parpadeo, incapaz de verlo a través de las lágrimas.

Su rostro refleja tanto dolor como siento yo mientras se abre la puerta y reaparece la enfermera.

—¿Quiere que me vaya? —pregunta ella, que capta el tenso silencio de la habitación.

—No. Llévate —contesta Lachlan—. Estoy seguro de que su familia se preocupa cada segundo que la pierden de vista.

Abro la boca para decir algo. Lo que sea. Pero ya no es Lachlan. Es Mount.

Cierro la boca con fuerza, pero luego me digo que ni hablar. Si es la última vez que voy a verlo, voy a decirle sin pelos en la lengua lo que pienso y siento.

—No he terminado. No hemos terminado.

Me mira a los ojos.

—Yo decido cuándo hemos terminado.

Me quedo boquiabierta al oír de sus labios unas palabras tan parecidas a las que me dijo aquella noche, la primera que le dejé marcas en la espalda.

Vuelvo la cabeza y miro por encima del hombro a la enfermera. Me duele todo el cuerpo, ya que el dolor se impone a los calmantes.

—Fuera.

—Señora Kilgore...

—¡He dicho que fuera!

La enfermera retrocede hasta la puerta, que se vuelve a cerrar.

Me vuelvo para mirar a mi marido.

—No hemos terminado. ¿Me entiendes? Pronuncié unos votos, y lo hice con toda la intención de respetarlos.

La máscara pétrea desaparece y en su lugar veo una expresión desconcertada.

—¿Me estás diciendo que yo no?

—¿Quieres deshacerlo todo? ¿Acabar con todo?

Se pasa una mano por el pelo mientras me mira fijamente, con expresión desolada.

—Me cago en la puta, Keira. Eso no es lo que quería decir, pero a lo mejor debería hacerlo, joder. Si me quedara un poco de decencia en el cuerpo, lo desharía todo, hasta la primera vez que te toqué. —Parece que tuviera que obligarse a hablar—. Pero aunque tuviera poder para hacerlo, no desharía nada. Ni un puto segundo. Si eso me convierte en el cabrón más egoísta del mundo, pues ya está.

—¿Y qué coño has querido decir? —Me echo a llorar. En parte porque nada tiene sentido, pero sobre todo porque no soporto ver la expresión torturada de su cara.

—Que haría retroceder el tiempo para ahorrarte todo el dolor que has sufrido. Que volvería a cuando estábamos comiendo tarta y bailando. Que regresaría al momento en el que estuviste a punto de morir por mi culpa, joder.

La culpa impregna todas y cada una de sus palabras, y lo detesto. No ha sido culpa suya. Me niego a que cargue con esta responsabilidad.

—Tú no apretaste el gatillo. Fue ella.

—Pero debería haberlo impedido. Debería haberlo sabido.

Extiendo la mano para tocarle el brazo, absorbiendo parte de su fuerza,

desesperada por asumir su dolor de la misma manera que él quiere asumir el mío.

—Sé que eres un superhombre, pero ni siquiera tú puedes saberlo todo.

Aprieta los dientes mientras se inclina hacia delante y me coloca una mano en la cara.

—Te dije que te mantendría a salvo y no lo he hecho. Eso es algo con lo que tendré que vivir el resto de la vida.

Vuelvo la cara para besarle la palma de la mano.

—Mientras la vivas conmigo, lidiaremos juntos con esto.

—Keira... —Mi nombre suena como una plegaria en sus labios.

—Solo necesito saber una cosa.

—¿El qué? —me pregunta al tiempo que me toma la cara entre las manos como si no quisiera soltarme jamás.

—¿Ya estoy a salvo?

Asiente con la cabeza.

—Sí. Absolutamente. Me he ocupado de todo.

Quiero hacerle un sinfín de preguntas, pero tal como ha dicho... ahora no. De modo que me conformo con la más acuciante.

—¿Y qué pasará cuando me den el alta?

Lachlan me mira con los ojos entrecerrados y una expresión ardiente.

—Que te vendrás a casa conmigo. Donde está tu sitio.

## Keira

Me han dado el alta. Después de siete días enteros en el hospital, debería salir corriendo por la puerta, pero no lo hago.

—Cariño, ¿estás segura? —Mi madre me da un apretón en el hombro cuando la silla de ruedas se detiene delante de la puerta de una habitación privada. Una habitación privada que, apostararía lo que fuera, está pagando mi marido.

—Sé que nunca te ha caído bien Mags, pero...

Me aprieta el hombro con más fuerza.

—No es que me caiga mal, cariño. Es que no quería arriesgarme a que te arrastrara por su camino.

Trago saliva al oírla. ¿Cómo puedo decirle a mi madre que estoy al final de un camino muchísimo más peligroso que el de Magnolia? Soy la reina de un imperio de pecado y deseo, y planeo pasar el resto de la vida junto a su rey.

Desde luego, no puedo decirle que Magnolia es la responsable de haberme puesto en esta situación, ni tampoco que yo no querría estar en otro lugar.

Me llevo al hombro la mano que no tengo inmovilizada por el cabestrillo y le cojo la suya antes de mirarla a la cara.

—Te quiero, mamá. Gracias por todo.

—Yo también te quiero, cariño.

—Ahora necesito un momento a solas con Mags. Tengo... tengo cosas que decirle y necesito intimidad para hacerlo.

Me suelta el hombro y retrocede un paso.

—De acuerdo. Estaré aquí fuera, y papá se está ocupando de todo lo demás.

La celadora me mete en la habitación y deja la silla de ruedas junto a la cama de Magnolia y luego se marcha, cerrando la puerta al salir.

El pelo oscuro de Magnolia está envuelto en una gasa que le cubre toda la cabeza. Nadie me cuenta nada de su estado, salvo que está controlada y que recibe el mejor trato posible. No se ha despertado y tampoco saben si lo hará en algún momento.

Extiendo el brazo libre y le cojo la mano inerte.

—Magnolia Marie Maison, qué típico de ti. —Me sorbo la nariz—. Tienes que montar el pollo para convertirte en el centro de atención y dejarnos con el alma en vilo, preguntándonos qué te pasa.

El pitido de los monitores es la única respuesta a mi mal chiste.

Le doy un apretón en los dedos.

—Mags, por favor. Tienes que despertar. Eres una luchadora. Eres la mujer más dura que conozco, y sé que no vas a dejar que esto te gane la partida. ¿Me entiendes? Me niego a permitir que te rindas.

El pitido del monitor se mantiene constante, no da muestras de que esté escuchando mis palabras. Pero sé que hay investigaciones que dicen que algunas personas en coma oyen todo lo que se dice a su alrededor mientras están inconscientes. Rezo con todas mis fuerzas para que mi mejor amiga pueda oírme, porque si no me aferro a esa creencia, acabaré sollozando junto a su cama.

Claro que puede que lo haga de todas formas.

Me llevo la mano de Magnolia a la mejilla.

—Escúchame bien. No te vas a ir de este mundo así. No te vas a ir a la chita callando. Tendrán que sacarte de aquí a rastras y pataleando. ¿Me estás oyendo? Así eres tú. Ni se te ocurra decepcionarme. Necesito que te despiertes. Tengo cosas que decirte y necesito saber que puedes oírlas.

El silencio que me responde me provoca el llanto de nuevo.

—Sé que hiciste lo que creías que era mejor para mí. Siempre haces lo que crees que es mejor para mí. Tus otros motivos no me interesan, porque me has hecho un regalo que jamás podré pagarte. Debería haberte dado las gracias cuando tuve la oportunidad.

Siento su pulso en la muñeca y su pecho sube y baja al respirar, pero no hay más.

—Mags, ¿cómo vas a decirme «Te lo dije» si no te despiertas de una puta vez para que te lo pueda decir todo mientras no estás inconsciente?

Agacho la cabeza y mis lágrimas le mojan la mano.

—Te perdono. Te quiero. Por favor, vuelve conmigo. El mundo será un lugar más triste sin ti. Mi mundo será mucho más gris, y sé que no quieres que eso pase.

Espero un largo instante en silencio, pero no se despierta.

¿Qué creía que iba a pasar? ¿Que sería como la Bella Durmiente y, de alguna manera, mi perdón despertaría a mi mejor amiga como si fuera el beso del príncipe azul? Está claro que no.

—Te quiero, Mags. —Le beso la palma y le dejo la mano en la cama—. Vuelve con nosotros. Te prometo que vas a disfrutar de todas las ventajas de que tu hermana se haya convertido en reina.

Cuando llegamos a la salida, mi madre no para de hablar del sitio tan estupendo que mi padre ha alquilado para las siguientes semanas y de lo mucho que me va a gustar. Su coche de alquiler está arrancado junto a la acera. Mi padre se baja en cuanto nos ve y se acerca a nosotras justo cuando otro coche aparca detrás del suyo.

Un Mercedes Maybach negro con ventanillas tintadas. Claro que no me hace

falta ver el interior para saber quién conduce.

—¿Te apetece ir detrás o delante, cariño? —Mi madre sigue hablando y empieza a discutir con mi padre acerca del tema, sin esperar a que yo conteste.

Algo bueno, porque estoy concentrada por completo en el coche negro.

La puerta del conductor se abre y sale V. Mira a mis padres, pero estos ni se dan cuenta. Cuando vuelve a mirarme, asiento con la cabeza y mantenemos una conversación silenciosa.

«Sí, estoy lista para volver a casa. Llévame con él.»

V me devuelve el gesto y echa a andar hacia mí. Cuando me levanto de la silla de ruedas, con las piernas temblorosas, V se apresura a sujetarme.

Mi madre se da media vuelta cuando mi padre y ella por fin se dan cuenta de que ha llegado otra persona.

—¿Cariño! ¿Qué haces? ¿Quién es este hombre?

V me conduce hasta la puerta trasera del Mercedes y la abre para mí, pero antes de que pueda entrar, mi padre se abalanza sobre nosotros. Si tuviera un arma, estoy convencida de que ahora mismo le estaría apuntando a V a la cabeza.

—No sé qué coño te has creído, pero ya puedes ir quitándole las manos de encima a mi hija.

—¿Cariño? ¿Qué pasa? ¿Quieres que llame a seguridad? —La voz de mi madre destila miedo, y resuena tan fuerte como la amenaza de mi padre que flota en el aire.

No puedo culparlos. Los avisaron de madrugada y me encontraron al borde de la muerte. Pero todavía no sé si puedo contarles la verdad.

—Mamá, papá, es mi coche. Mi chófer. Os prometo que no permitirá que me pase nada. Me mantendrá más a salvo de lo que jamás os habéis imaginado.

Mi padre mira a V con los ojos entrecerrados.

—¿Dónde cojones estaba cuando te dispararon si es tan bueno manteniéndote a salvo?

El instinto me pide que le suplique a mi padre que no discuta conmigo; pero, en cambio, yergo la espalda todo lo posible pese a las heridas y lo miro a la cara.

—Hay cosas que todavía no puedo contarte, papá, pero lo haré en cuanto pueda.

—Esto no me gusta. No me gusta ni un pelo. —Mi madre se retuerce los dedos por delante, nerviosa—. Cariño, por favor, ven con nosotros. No te subas a ese coche.

V carraspea.

—La protegeré con mi vida. Se lo juro. —Su voz grave suena muy ronca por la falta de uso.

Me quedo de piedra. «Joder, V, ¿puedes hablar? Venga ya.»

Levanto las cejas de forma exagerada, pero consigo morderme la lengua para no hacer las preguntas que quiero soltarle.

—¿Quién eres? ¿Para quién trabajas? ¿Te he visto antes? —Mi padre aprieta los dientes y los puños.

V vuelve a quedarse en silencio, lo que me hace pensar que oírlo hablar es como ver un leopardo albino en libertad: solo sucede una vez en la vida.

Miro a mis padres, que están aterrados.

—Papá, tranquilízate. Mamá, os quiero a los dos. Os prometo que estaré bien. Que voy a estar a salvo. Me pondré en contacto con vosotros muy pronto.

—Keira...

Mi padre pronuncia mi nombre con voz ronca, y lo interrumpo antes de que pueda soltarme el sermón o la reprimenda que sea que vaya a soltar.

—Nos vemos mañana por la mañana en la destilería, papá. Me encantará

contar con tu experiencia para decidir nuestros siguientes pasos. Seven Sinners está a punto de saltar al siguiente nivel y me niego a retroceder.

Mi padre levanta la cabeza.

—¿Mañana por la mañana? ¿Me lo prometes?

Asiento con la cabeza.

—Sí. Allí estaré. A lo mejor deberías llevar a cenar a mamá esta noche. Seguro que se muere por volver a comer un *étouffée* como Dios manda.

Mi padre me mira y luego mira a V.

—Quiero respuestas, y pronto.

Sonrío y tengo la ridícula sensación de que mi porte es regio, incluso con el cabestrillo.

—Las tendrás cuando esté preparada. Os veo a los dos mañana.

V me ayuda a entrar en la parte trasera del Mercedes Maybach, y agradezco que el interior sea tan cómodo. Mis padres se quedan de pie, inmóviles junto a su coche, mientras V se sienta tras el volante y se aleja de la acera.

—Bueno, ¿cuándo ibas a decirme que puedes hablar? No creas que voy a dejarlo estar.

V me mira a través del retrovisor y gruñe. Me echo a reír, el primer sonido alegre que brota de mis labios en una semana.

Vuelvo a casa.

## Mount

Ahora mismo podría cambiarme el nombre y llamarme Keira, porque llevo diez minutos paseando de un lado para otro del salón. He intentado trabajar, pero soy incapaz de concentrarme, porque sé que viene de camino a casa.

A casa.

Nunca me he referido a este sitio como mi casa, pero con ella aquí, todo ha cambiado.

Oigo que se abre el pestillo de la puerta principal y la veo entrar con la melena pelirroja recogida en un moño suelto en la coronilla del que se han escapado varios mechones que le enmarcan la cara. V me hace un gesto de asentimiento con la cabeza y cierra la puerta tan pronto como Keira entra.

Mi mujer.

Mi amante.

Mi amor.

—¡Habla! —suelta Keira de repente.

La miro y parpadeo varias veces, porque no me esperaba que eso fuera lo primero que iba a decir.

—¿Qué?

—¡V! ¡Ha hablado! Les ha hablado a mis padres. Mi padre estaba a punto de llamar a los vigilantes de seguridad, pero V.. le habló.

Mis labios esbozan una sonrisa, algo que solo ella es capaz de conseguir ahora mismo.

—Siempre ha podido, fierecilla. Pero hace mucho que decidió no hacerlo.

Se lleva una mano a la sien y hace un gesto con los dedos como si le estallara la cabeza.

—Me ha dejado loca.

La risa escapa de mi pecho y reverbera en las paredes del salón. Esta mujer es increíble...

Atravieso la estancia y la abrazo con cuidado.

—Joder, lo que te he echado de menos.

—Me alegro, porque estar sin ti tampoco me ha hecho mucha gracia. Un encuentro clandestino en el sótano del hospital no basta. A ver si no se repite nunca, ¿vale?

Le apoyo la barbilla en la cabeza.

—Vale.

Ella aparta la cabeza de mi pecho y me mira.

—¿Me besas? ¿Por favor?

—Todavía estás herida...

Sus ojos verdes me miran, suplicantes. El buen humor que traía cuando apareció por la puerta ha desaparecido.

—Lo sé. Pero cuando me desperté en la cama del hospital sin que tú estuvieras a mi lado, sin anillo y sin colgante, pensé que... que todo esto... como tenía la cabeza tan mal... —Se le quiebra la voz.

—Fierrecilla, ya está.

Ella niega con la cabeza.

—No. Tengo que desahogarme. Es importante para mí.

Le coloco una mano en una mejilla y atrapo la lágrima que resbala por ella.

—Dímelo entonces.

—Pensé que existía la posibilidad de que todo esto fueran imaginaciones más, que tú no eras real... y eso me destrozó. No quiero volver a sentirme así. Nunca.

La estrecho con fuerza entre mis brazos.

—Más real, imposible. Tú y yo. Estaremos juntos siempre.

—¿Me lo prometes?

La suelto y me meto la mano derecha en el bolsillo para sacar el anillo que cogí de sus objetos personales.

—Este anillo no volverá a apartarse de tu dedo —le aseguro mientras lo devuelvo a su lugar.

—Tendrán que quitármelo cuando muera y tenga la mano fría.

—No digas eso, joder. No sé cómo aguanté en la sala de espera mientras pensaba que te había perdido. Yo tampoco quiero volver a sentir eso en la vida.

Keira traga saliva y las lágrimas hacen que le brillen los ojos de nuevo mientras se apoya en mí.

—Bésame y cerramos el trato.

El dolor de ese recuerdo se desvanece al sentir el roce de sus labios sobre los míos.

## Keira

—No pienso tolerar que me prohíba ir al trabajo. Le prometí a mi padre que iría esta mañana. Tú lo oíste. Estás loco si crees que mi padre no es capaz de llamar a la policía como yo no aparezca.

V gruñe y sus dedos vuelan sobre el teclado de su móvil, porque otra vez se ha sumido en la mudez. Siento la vibración del móvil cuando recibo el mensaje, que no deja de ser una forma muy inconveniente e insatisfactoria de mantener una discusión.

V: El jefe ha dicho que te quedes aquí.

—Pues que me lo diga a la cara. Si no, ahora mismo cruzo ese patio y paro un taxi. ¿Crees que le va a gustar que lo haga?

V frunce el ceño y me escribe otro mensaje.

V: Está ocupado. Una llamada. Tienes que esperar.

—¿En qué momento desde que nos conocemos has llegado a la conclusión de que llevo bien las esperas? Pienso echar la casa abajo gritando si eso es lo que hace falta. No nos conviene que mi padre llame a la policía. Lo sabes mejor que yo.

V gruñe otra vez, y le clavo un dedo en el musculoso pecho.

—Llévame con él ahora mismo o tendremos un problema más gordo que mi

cabreo.

Otro gruñido.

—Ahora mismo. —Le clavo el dedo con más fuerza y descubro que esto de dar órdenes me resulta muy natural.

V se da media vuelta después de echarme una mirada asesina y señala la puerta con la cabeza. Ya lo conozco lo bastante como para saber que me está diciendo que lo siga.

—¿Ves? ¿No es más fácil cuando me obedeces?

Salimos al pasillo exterior y lo sigo hasta que llegamos al laberinto de pasadizos secretos que se extiende al otro lado del cuadro.

—¿No vais a darme un plano un día de estos? Porque me gustaría aprender a moverme sola.

V no se molesta en contestar, algo que me parece bien, porque lo único que me importa es ver a Lachlan lo antes posible. Preferiblemente, antes de que mi padre haga que la policía rastree la ciudad para localizarme a mí y al Mercedes Maybach negro.

Una vez que la estantería se desliza, V se aparta para que yo entre primero, pero no me sigue. Lachlan está sentado a su escritorio, hablando por teléfono o, más bien, discutiendo con alguien. Se pone en pie en cuanto me ve.

Su mirada me dice: «¿Qué estás haciendo?».

Le respondo en voz baja, sin apenas alzar la voz, más bien articulando las palabras con los labios.

—Tengo que ir al trabajo antes de que mi padre llame a la policía.

Lachlan levanta un dedo y se acerca a la entrada donde espera V. Empiezo a pasear de un lado para otro, aunque se me agota la paciencia mientras él sigue hablando con quienquiera que sea.

No le presto atención a la conversación. Ya he decidido que hay muchas cosas que no necesito saber sobre los negocios de mi marido.

Al llegar a su mesa, me doy media vuelta, lista para andar en dirección contraria, pero veo algo en el monitor que me llama la atención.

Grito mientras me acerco a él, golpeándome la cadera con el pico de la mesa en el proceso. Apenas si reparo en el dolor, porque en el monitor veo a una rubia atada a la cama del hospital en la que yo estuve después del accidente.

Una rubia. La mujer que me disparó y que me encerró en un mausoleo con un montón de cadáveres. Y con mi amiga medio muerta.

—Pero ¿qué coño es esto? —grito—. ¿Qué coño significa esto?

Lachlan se vuelve para mirarme. Adopta una expresión inescrutable mientras se aparta el móvil de la oreja y corta la llamada.

—Keira...

Se acerca a mí, pero levanto una mano para detenerlo al tiempo que señalo el monitor con la otra.

—Explícame esto ahora mismo. Rapidito. Porque no tiene sentido.

—Keira... —dice de nuevo, pero su voz apenas traspasa el zumbido que siento en los oídos.

—Dijiste que te habías encargado de todo. Y cuando dijiste que te habías encargado de todo, ¡te creí! ¿Sabes por qué? ¡Porque siempre que dices eso significa que te has encargado de todo, joder!

—¿Quieres tranquiliz...?

—¡Ni se te ocurra decirme que me tranquilice! ¿Mi marido también está ahí abajo? ¿A cuántas personas tienes encerradas en el sótano?

Su expresión, que ya era adusta, se torna pétrea.

—Está en el fondo de un puto pantano, no el sótano.

Señalo el monitor con una mano, gesticulando sin parar.

—Entonces ¿qué narices está haciendo ella ahí? ¡Intentó matarme! ¡Ella es

la culpable de que mi mejor amiga esté en coma! ¿Se te han olvidado las demás mujeres del mausoleo? ¿Por qué sigue viva?

Las pétreas facciones de Lachlan acababan demudadas por la angustia.

—Porque he sido incapaz de matarla, joder. ¡Porque he sido incapaz de apretar el puto gatillo!

Me aferro al borde de la mesa e intento respirar mientras trato de entender qué coño está pasando. Es evidente que se me escapa un detalle importante.

—Dime por qué, Lachlan. Tienes que decirme por qué. —Pronuncio despacio cada palabra, como si mi cordura dependiera de ello, porque a lo mejor es verdad.

Mi marido, al que ahora mismo no sé si conozco o no, se pasa las manos por la cara.

—Es complicado.

—Pues te sugiero que lo simplifiques ahora mismo. Empiezo a preguntarme si de verdad te conozco o no, y no me gusta en lo más mínimo.

Lachlan cierra los ojos un momento y después los abre para mirarme, sin quitarse los dedos de las sientas.

—Mi pasado es feo.

—Y yo me casé contigo a sabiendas de lo que eres y de quién eres. Al menos, eso pensaba. —Señalo a la mujer del monitor—. Me disparó. Me dijo que era tu destino. Me dijo que se suponía que era a ella a quien debías amar. Creo que me merezco una explicación.

La cara de Lachlan se convierte en esa máscara inescrutable que tantas veces he visto ya.

—En ese caso, será mejor que te sientes, porque va para largo. Lo que tengo que contarte es la puta historia de mi vida.

Me siento en su sillón, y mis heridas protestan por el repentino movimiento

mientras miro a la mujer inconsciente, atada a la cama del hospital, y después miro a mi marido.

—Empieza cuando estés listo. A ser posible, ahora mismo.

## Mount

*Trece años antes*

Una graduación universitaria. Era la primera a la que asistía en la vida, porque desde luego que nunca había pisado una universidad antes. Ver cómo Destiny cruzaba el estrado para aceptar su diploma del Instituto de Tecnología de Massachusetts me llenó de orgullo.

Después de la ceremonia, esperé en el exterior, entre la multitud de familias que se abrazaban y celebraban el momento. Jamás me había sentido tan fuera de lugar, por más caro que fuera mi traje.

Cuando Destiny se abrió paso entre la multitud, no se detuvo a hablar con nadie. Tenía la vista clavada en mí y se lanzó a mis brazos. Por instinto, la atrapé.

—¿Lo has visto? ¡Lo he conseguido!

—No he dudado de ti ni por un segundo. —Destiny siempre había sido lista.

—Ojalá... ojalá Hope estuviera aquí para verlo.

La culpa se me clavó en lo más hondo, más afilada que la hoja que llevaba en el bolsillo. Seguía sin saber si yo era responsable o si ya estaba muerta antes de que yo apareciera. Nunca podría librarme del sentimiento de culpa.

Me obligué a sonreír mientras miraba a Destiny.

—Estoy seguro de que te vigila desde allí arriba.

Ella esbozó una sonrisa trémula.

—¿Lo crees de verdad?

—Pues claro.

—Creo que tienes razón.

Desesperado por cambiar de tema, le pregunté:

—¿Preparada?

—Sí, ya he preparado el equipaje.

Me di media vuelta, pero lo que acababa de decir me impidió dar un solo paso.

—Me refería para cenar. No para mudarte. No vas a volver a Nueva Orleans. Allí no hay nada para ti.

Destiny, la cría que recordaba como la niña de cinco años delante de cuya puerta dormía, se cruzó de brazos y levantó la barbilla con gesto obstinado.

—Voy a volver. No me he dejado los ojos aprendiendo todo lo que sé para acabar trabajando a las órdenes de otro.

—¿De qué coño hablas?

—Voy a trabajar para ti. —Hablaba con un deje decidido, pero no tanto como el mío.

—Y una mierda. Ni de coña. No durarías ni un día en mi mundo, Desi. Tienes que mantenerte alejada de mí y de Nueva Orleans todo lo posible después de hoy.

Eché a andar hacia el coche y sus pasos resonaron en la acera cuando corrió para alcanzarme. Abrí el coche de alquiler y ella se detuvo junto a la puerta del copiloto.

—Combate cuerpo a cuerpo. Entrenamiento como francotirador. Identificación de microexpresiones. Conducción táctica.

—¿Qué coño significa eso?

—Me he pasado estos cuatro años aprendiendo todo lo que podía dentro y fuera de las aulas para ser un activo para la organización. Un activo para ti. ¿Nunca te has preguntado por qué necesitaba dinero extra para clases? Aquí

tienes el motivo. Si crees que me vas a mandar a otra parte y esperas que me mantenga alejada, no me conoces en absoluto.

—Destiny...

—No, ahora soy J. ¿No es como funciona la cosa? La primera letra de mi apellido. Te has pasado casi veinte años protegiéndome, y ahora me toca a mí. No soy una niña, Mount. Soy un activo. Úsame.

—No te mandé aquí para eso. Tienes la oportunidad de llevar una vida normal...

Destiny torció el gesto y compuso una mueca socarrona.

—¿En serio? ¿Porque no he salido de la misma mierda que tú? ¿Crees que me voy a convertir en el ama de casa perfecta y a darle unos cuantos retoños a un comercial de clase alta que seguramente se tire a su secretaria? ¿Eso es lo que quieres para mí?

—Lo mataría.

Abrí la puerta del coche de un tirón y me senté al volante antes de meter la llave mientras ella se sentaba junto a mí. Cuando arranqué el coche, deseé poder decir que no comprendía sus motivos, pero lo hacía. Sabía lo que era querer demostrar tu valía. Demostrar que pertenecías a algún lugar.

—No hagas que me arrepienta, J. —Le dirigí una mirada elocuente mientras metía la marcha atrás.

—Yo te protegeré las espaldas, jefe. Ya lo verás.

## Keira

*En la actualidad*

Mientras me habla de Hope y de Destiny, de todo lo que tuvieron que soportar, sobre todo la parte en la que me describe cómo sacó el cuerpo de Hope en brazos de la casa en llamas mientras Destiny lo miraba, el corazón se me hace añicos.

No por mí, sino por ellas. Por todos ellos. Por los niños que nunca pudieron ser. Por la oportunidad que nunca tuvieron de disfrutar de una vida normal.

Lachlan lleva una hora contándomelo todo. Bueno, contándoselo a mi hombro. A la pared. O al techo.

Hasta que por fin me mira a los ojos, y el dolor y la angustia que veo en ellos me resultan insoportables.

—Si fuera cualquier otra persona, ya estaría muerta por lo que te hizo. Pero fui incapaz de apretar el gatillo. Y eso me convierte en el mayor hipócrita del puto mundo, porque hace poco erradiqué a un cártel entero de esta ciudad por haber derramado tu sangre, y fue ella la que lo organizó todo. Contrató a un miembro inferior de ese cártel para que hiciera el disparo. Los jefes no se lo ordenaron. Fue ella la que lo planeó, y me he pasado la semana que tú has estado en el hospital enmendando el daño que ha causado. Por eso he llegado a un acuerdo con el otro cártel. Van a responsabilizarse de lo ocurrido y, a cambio, conseguirán el monopolio del tráfico de drogas en la ciudad. —Mira al techo de nuevo—. Sin embargo, fui incapaz de meterle una bala en la

cabeza, que es lo que se merece. Joder, ni siquiera fui capaz de ordenarle a otro que lo hiciera porque soy...

Lo interrumpo.

—¿Porque no eres el monstruo que creías que eras? ¿Porque eres humano?

Lachlan me mira con expresión severa.

—No...

Me pongo en pie y rodeo la mesa para acercarme al hombre con el que me he casado, consciente de que en algunos aspectos lo conozco mejor de lo que él mismo se conoce.

—No deberías...

—¿Quererte? ¿Decirte que si estuviera en tu lugar, yo tampoco podría haberla matado después de todo lo que me has contado? Porque eso es justo lo que te estoy diciendo.

Con cuidado, me siento en su regazo y cojo uno de sus tensos brazos para que me rodee la cintura.

Él me observa con el ceño fruncido, confuso.

—Deberías desearle la muerte por lo que os hizo a Magnolia y a ti. Y, por Dios, a todas las demás.

Se me revuelven las tripas al recordar los cadáveres ocultos en aquel mausoleo, pero entierro esos recuerdos.

—¿Cómo voy a desearle la muerte cuando te has pasado toda la vida cuidándola? Es como una hermana para ti. La vida fue injusta con todos vosotros desde el principio. Lachlan, Destiny no está bien. Y tú no eres el culpable. La vida la ha convertido en lo que es.

—Eso no la exime de las consecuencias de sus actos. —Sus palabras son tan roncas como las de V.

—Es tan culpable como cualquier persona que esté loca y cometa un crimen. Su mente no funciona bien. Y lo sabes.

Él aparta la mirada y aprieta los dientes.

—Keira, Destiny es un portento. Se graduó la primera de su promoción en el Instituto de Tecnología de Massachusetts. No pienso justificar sus...

Le aferro la barbilla y lo obligo a mirarme.

—Pues lo haré yo. Porque puede ser un portento y, al mismo, tiempo tener problemas mentales serios que se ha esforzado muchísimo por ocultarte. Necesita ayuda.

Lachlan traga saliva y veo cómo la nuez le sube y le baja.

—¿Y cómo narices la ayudo? Sabe demasiado como para mandarla a encerrar en una clínica.

—Lachlan, eres inmensamente rico. No me digas que no puedes ayudarla y mantener a salvo tus secretos al mismo tiempo.

Baja la cabeza hasta apoyar la frente en la mía.

—Estoy hecho polvo desde que descubrí lo que ha hecho.

—En ese caso, déjame ayudarte. Somos un equipo. No hay nada que no podamos hacer juntos.

Lachlan levanta la cabeza y algo parecido al asombro aparece en sus ojos.

—No te merezco.

—Menos mal que sé que te equivocas. Venga, tienes muchas cosas que decidir. Planes que trazar y esas cosas, porque eso es lo que haces. Y yo tengo que ir al trabajo antes de que mi padre llame al puto FBI.

Lachlan me entierra las manos en el pelo y me susurra una palabra:

—Gracias.

*Tres meses después*

—¿Adónde coño vamos? —Lachlan masculla la pregunta en voz baja mientras subimos la escalerilla de su avión privado. El que pedí que preparasen para la luna de miel que he planeado.

Me doy media vuelta y lo miro con una sonrisa descarada.

—¿Recuerdas que no me dijiste que íbamos a Dublín hasta que ya estábamos en el aire? Pues considera que se han vuelto las tornas, como es justo. Además, puedes mascullar todo lo que quieras. Me pone muchísimo.

—Keira...

—Paciencia, marido. Paciencia.

Me fulmina con la mirada, pero no replica. Estoy segurísima de que le cuesta la misma vida no entrar en la cabina del piloto para exigirle que le diga el destino. El mismo al que he obligado a jurar que va a guardar silencio bajo la amenaza de despedirlo.

Resulta que cuando amenazo a alguien, la gente ahora me toma en serio.

Eso no quiere decir que los últimos dos meses hayan estado exentos de desafíos, claro. Destiny está encerrada en una institución donde recibe cuidados constantes y se somete a terapia y a medicación a espaldas. Le han diagnosticado un trastorno de identidad disociativo. Pero como es más lista que el hambre, ha intentado escapar en varias ocasiones. Por suerte, las fuertes medidas de seguridad del recinto han evitado que llegara muy lejos. Ha

hablado mucho, eso sí, y entre los detalles que ha compartido está el hecho de que sabía desde hace años que Hope estaba enterrada en aquel mausoleo, porque siguió a Lachlan en el aniversario de la muerte de su hermana y lo vio depositar flores en la puerta.

Magnolia por fin se despertó, loado sea Dios, pero no recuerda nada de lo sucedido. Creo que así es mejor. Está «de excedencia» en su trabajo, porque también está recibiendo terapia ocupacional y fisioterapia. Desde luego que se está beneficiando de todas las ventajas de que su hermana se haya convertido en reina.

La destilería va viento en popa, elaborando el mejor whisky irlandés del país. Claro que no soy objetiva. Aunque el almacén se incendió, casi no hubo pérdidas. El humo y las llamas dañaron algunos barriles, pero mi padre, con toda una vida de experiencia a sus espaldas, lanzó una hipótesis que resultó ser una genialidad: el humo y la carbonilla de los barriles le añadía un toque distinto al whisky, pero para bien. Cuando embotellamos unos cuantos de los barriles que ya habían envejecido lo suficiente, el sabor fue increíble. Algo que tal vez no podamos replicar jamás, y debido a su escasez, el precio se ha disparado.

La etiqueta Fénix de Seven Sinners es una de las más caras y exclusivas del mercado. Estamos experimentando formas para ahumar y quemar nuestros barriles, pero esta vez sin que haya necesidad de llamar a los bomberos.

También hemos lanzado una edición limitada del Espíritu de Nueva Orleans, y la respuesta ha sido increíble. Nuestro proyecto de expansión se ha convertido en la prioridad, porque necesitamos más capacidad... y ya vamos con retraso. En cuanto la expansión esté terminada dentro de unos sesenta días, empezaremos con las visitas guiadas y Nueva Orleans tendrá una nueva atracción.

Mis padres volvieron a Florida después de un mes, pero antes de

marcharse, mi padre me dijo algo que llevaba esperando años:

«No habría podido dejar la empresa en mejores manos. Estoy muy orgulloso de ti, Keira, y has logrado cosas que ni soñé que Seven Sinners pudiera alcanzar. Tu abuelo, incluso tu bisabuelo, también estarían orgullosos. Eres una honra para el apellido de esta familia, niña».

Todavía no les he dicho a mis padres que ya no llevo el apellido familiar ni que el pedrusco que tengo en el dedo no solo es un anillo de compromiso. Cuando le pedí consejo a mi marido, su respuesta fue muy sencilla: «Cuéntaselo o no se lo cuentes. Haz lo que te apetezca. Siempre me aseguraré de que estén a salvo, hagas lo que hagas».

Ajá... Sigo dándole vueltas al asunto, aunque estoy casi segura de que mi padre se ha olido de qué va. No es idiota, y la constante presencia de V en la destilería es una pista inconfundible de que algo ha cambiado mucho.

Pero, para mi asombro, mi padre no me presionó y, de alguna manera, impidió que mi madre me hiciera demasiadas preguntas.

Ya no vivo en la luz, pero Lachlan tampoco vive en las sombras todo el tiempo. Hemos encontrado un punto medio que nos hace feliz, y dicho punto medio se va del país para que podamos ser Lachlan y Keira de nuevo, tal como lo fuimos en Dublín.

Cuando intento sentarme a su lado, me sienta en su regazo.

—Vas a decírmelo. Exijo saberlo.

—¿Lo exiges? Vaya, vaya, va en serio la cosa. A ver, con la reputación que tienes y tal...

—Joder, claro que va en serio, fierecilla. Deberías tenerme miedo, porque soy tu dueño.

Aunque su voz suena feroz y ronca, no puedo evitar sonreír.

—Así que mi dueño, ¿no? ¿Eso quiere decir que también eres dueño de mi culo? ¿O llevo un enorme dilatador anal porque sí?

Sorpresa. No es algo que vea a menudo en su cara, pero es lo que veo ahora.

—¿Cómo dices?

Adopto una expresión severa.

—Jamás me repito.

Sus ojos oscuros relampaguean.

—En ese caso, supongo que tendré que comprobar por mí mismo si te he oído bien.

El avión empieza a avanzar por la pista cuando sus labios se pegan a los míos. Me retuerzo en su regazo mientras el deseo que ya me late entre las piernas se dispara.

Cuando por fin llegamos a altitud de crucero, me falta la blusa y estamos entrelazados en el amplio sofá situado en la cola del aparato.

—Necesitas un avión con dormitorio. Es hora de pasarse a un modelo superior, Lachlan.

—De saber que me enamoraría de una mujer que me llevaría al límite con solo respirar, me habría comprado uno.

Me quedo paralizada al oírlo.

—¿Me quieres?

Han pasado meses pero, aunque estoy casi segura de que Lachlan Mount me quiere, porque es un hombre que habla más con actos que con palabras, siempre he querido oír esas palabras.

—¿Estás loca, fierecilla? Pues claro que te quiero. La idea de perderte casi acabó conmigo. Nunca he sabido cómo amar, pero tú me has enseñado. Tú has hecho que me sea imposible no quererte.

Me muerdo el labio mientras me escuecen los ojos por las lágrimas.

—No te atrevas a llorar. Ahora no.

—No me digas lo que tengo que hacer, Lachlan Mount.

—Te diré lo que tienes que hacer cuando me apetezca, Keira Mount. Sobre todo, cuando estés desnuda.

El escozor de las lágrimas desaparece.

—No me amenaces con hacerme pasar un buen rato.

Sus labios se apoderan de los míos, como siempre.

—Dime adónde vamos —me ordena de nuevo contra la boca.

—No. Todavía no.

—¿Cuánto tiempo crees que vas a aguantar mientras te dejo al borde del orgasmo?

—Vamos a tener que comprobarlo...

## Mount

—¡Por favor! ¡Deja que me corra!

—Dímelo.

Mi esposa me enseña los dientes como un animal salvaje. Puedo asegurar que lo es por las marcas que tengo en la espalda, y no la querría de otra manera.

Le pego el dilatador al culo mientras disfruto al sentir cómo lo empapa con su humedad y le acaricio el piercing con la lengua.

—¡No!

—Qué fierecilla más terca. —Jugueteo con el dilatador—. Seguro que cuando te meta la polla en este culito tan prieto, gritarás mi nombre y todo lo que quiera saber.

Arquea la espalda y se pega a mí.

En realidad, me importa muy poco adónde vamos, pero estar con Keira, sobre todo cuando estamos en mitad de una lucha de poder que llevamos a cabo desnudos, es lo que más me gusta del mundo.

—Eso ya lo veremos. —Pronuncia las palabras entre dientes, desesperada por alcanzar el orgasmo que le niego, aunque al final le permitiré alcanzarlo, porque soy incapaz de negarle algo durante mucho tiempo.

Cuando grita mi nombre, me enorgullezco de que se haya contenido para no decirme lo que quiero. Nunca antes me habían gustado las sorpresas, pero con Keira todo es distinto.

La vida ya no es en blanco y negro. Está llena de color, y no solo de dorado.

—¿Vas a ponerte a ello, Lachlan, o todo el trabajo de preparación ha sido para nada?

Me desafía todos los días. Me mantiene en vilo, y con la polla dura, casi las veinticuatro horas del día.

—Ah, fierecilla, ya deberías saber que no es bueno ponerme a prueba.

Le saco el dilatador del culo y cojo el lubricante que tiene guardado en el bolso. ¿He mencionado ya que es la mujer más previsora que he conocido?

Me unto los dedos con el lubricante antes de meterle uno en ese culito casi virgen.

—¿Quién es el dueño de este culo?

Me mira con expresión rebelde.

—Yo.

Le meto un segundo dedo y pulso un botón del mando a distancia que tengo al lado.

—¿Y si probamos otra vez?

—¡No es justo! —Su voz se vuelve más aguda al tiempo que se frota contra mis dedos y las vibraciones le recorren el cuerpo desde el juguete que tiene en el coño—. Me corro.

—No hasta que te la meta hasta el fondo en este culito mío. Mi mujer. Mi esposa. Mi amor.

La ternura asoma a su cara.

—No juegas limpio.

—Nunca lo he hecho. Y nunca lo haré. Contigo no. Ahora dime lo que quiero oír. —Le meto y le saco los dedos, y sus músculos se tensan.

—Te quiero.

—¿Y qué más?

## Keira

No sé cómo, pero siempre gana.

Aunque, por suerte para mí, cuando él gana, también gano yo.

Lachlan me saca los dedos y coge una toallita húmeda que yo ya he impregnado con el gel lubricante. Porque aunque técnicamente sigo siendo virgen por ahí, ya tengo mucha experiencia en el tema. Se cubre la polla de gel y me tenso al sentir la punta en el ano.

Me saca de un tirón el vibrador de la vagina y me lo acerca al clítoris.

—¡No es justo!

Me la mete de inmediato un poco, traspasando la barrera inicial de músculo y haciendo que mis terminaciones nerviosas vibren de placer al tiempo que empiezo a ver estrellitas.

—Dímelo —me ordena mientras me tortura el clítoris.

—Tú eres mi dueño. —Veo un brillo triunfal en sus ojos mientras me penetra, y las sensaciones hacen que el resto de mis palabras parezcan un gemido—. Pero yo soy tu dueña.

Mi marido sonrío mientras me la mete entera por el culo.

—Desde luego que sí, joder. En cuerpo, corazón y alma.

Se retira y me la mete de nuevo, pero yo ya estoy al borde del orgasmo.

Me corro una y otra vez hasta que él ruga al llegar al clímax, y sus gemidos resuenan en el interior del avión. Nuestros corazones laten al unísono y el sudor perla nuestras frentes.

—Ahora dime, ¿adónde coño vamos?

Sonrío.

—Ya lo verás.

## Mount

Mientras el avión toca tierra en el aeropuerto, Keira saca una carpeta de su bolso y me la da.

—¿Qué es esto?

—No te enfades.

Me tenso al detectar la cautela de su voz.

—¿Por qué iba a enfadarme?

—Porque te robé una muestra de ADN, la envié bajo un nombre falso, usando un apartado de correos y...

Parpadeo dos veces mientras repito mentalmente lo que acaba de decir.

—¿Para qué narices has hecho eso?

Le quito la carpeta de las manos y la miro. Nunca he querido saber nada de la mujer que me dejó delante de una iglesia, pero no puedo negar que siempre me he preguntado por mis orígenes, sobre todo después de ver cómo Keira se sintió al estar en Dublín.

—Porque quería que supieras dónde están tus raíces. Quería que pudiéramos decirles a nuestros hijos cuáles son sus raíces... por parte de su padre y de su madre.

La miro a los ojos.

—¿Estás...?

Keira niega con la cabeza.

—Todavía no. Pero quiero que pronto tengamos una conversación al respecto.

Niños. Una familia. Cosas que nunca me había planteado antes de conocerla, pero que ahora me planteo a todas horas. Acostumbraba a evitar cualquier vínculo con otra persona por temor a mostrar un punto débil, pero ahora no me cabe duda de que en Keira reside mi fuerza. Ella me ofrece un motivo para levantarme todas las mañanas y regir mi imperio con honor. Aunque sea un imperio tiznado y deslucido.

Abro la carpeta y veo los resultados en la primera página.

73% Italia/Grecia

—Bueno, entonces ¿dónde estamos? —Levanto la vista de la página, alucinado.

—En Grecia. Se me ocurrió que podíamos empezar aquí y ver qué te parece. Después iremos a Sicilia. Me parece muy apropiado. Y luego iremos donde más te apetezca.

—No sé qué decir.

—No hace falta que digas nada. Solo quería darte algo que pensé que tú nunca te darías. Algo que tú me diste. La oportunidad de ver de dónde procedo.

—Estoy... no sé ni qué decir, joder.

—No pasa nada. Pero por si te lo preguntas, da igual de dónde procedas. Lo único que importa es que te has convertido en el hombre que eres. En el hombre que quiero. Con el que voy a compartir el resto de mi vida. Con el que voy a formar una familia. El hombre que, algún día, conocerá a mis padres. A ser posible, antes de que tengamos a nuestro primer hijo.

Lo último lo dice entre carcajadas. Me pongo de pie y tiro de ella para que se levante de su asiento.

—Pueden venir a Italia, y allí me los presentas. Grecia será nuestra luna de

miel. Los padres están prohibidos.

Keira sonríe de oreja a oreja.

—Trato hecho.

## Keira

*Un mes después – Mardi Gras*

A veces, hacer un trato con el diablo es lo mejor que puedes hacer. Sobre todo cuando te das cuenta de que no es un diablo en realidad.

Salvo esta noche.

Esbozo una sonrisa por el juguete sexual que tengo dentro y que vibra mientras escucho al dueño de los Voodoo Kings de Nueva Orleans cantar las alabanzas del whisky de Seven Sinners y, en concreto, de su preferido: la etiqueta Fénix.

—Me alegro mucho de que lo disfrute.

—Voy a comprar todo lo que pueda. Seguro que al comisionado también le gustaría un par de botellitas. Y yo que creía que no podría superar al Espíritu de Nueva Orleans.

—Me aseguraré de reservarle dos botellas.

—Se lo agradecería —dice antes de beber otro sorbo.

—Si me disculpa un momento, tengo que comprobar unos detalles.

—Por supuesto. Menudos fiestones organizan. Desde luego que volveremos a traer a los chicos.

Con «los chicos» se refería al equipo al completo, y me costó la misma vida no agitar el puño en señal de victoria.

—Será un placer volver a hacer negocios con usted.

—Gracias, señora Kilgore.

Me alejo de él y me tenso mientras las vibraciones me recorren por entero.

Lachlan y yo casi llegamos a las manos por el hecho de que quería ocuparse él solo de la seguridad del evento. Yo estaba en contra, porque Seven Sinners es mi chiquitín.

—Teniendo en cuenta que me gustaría que tuvieras un hijo mío, creo que tengo derecho a protegerte.

—No me vengas con eso ahora mismo. Ni siquiera estoy embarazada.

—Sacaré el tema cuando me dé la gana. Eres mi esposa.

Nuestra discusión acabó a gritos en la habitación, y también acabó con los dos arrancándonos la ropa, presas del deseo, que es básicamente como acaban todas nuestras discusiones.

Al final, entre las sábanas revueltas, Lachlan me propuso un acuerdo. Mi seguridad se vería reforzada por la suya según fuera necesario, pero él no tomaría el control.

Yo accedí.

Pero cuando esta noche salí con el vestido de fiesta, él me estaba esperando con un traje immaculado y una caja negra de cuero que me sonaba mucho. Al abrirla, descubrí un juguete negro y dorado, de aspecto inocente, aunque ya sabía que de inocente no tenía un pelo.

—O te lo pones tú o te lo pongo yo. Pero no vas a salir sin él.

—Es un evento de negocios, Lachlan.

—El tiempo corre, Keira. —Se miró el reloj—. Tienes quince minutos antes de la hora en la que se supone que debemos irnos.

Gruñí, una costumbre que me ha pegado él, y repliqué:

—Solo si antes te pones de rodillas. —Levanté un pie, enfundado en un zapato de tacón altísimo, y lo apoyé en una silla antes de levantarme la falda del vestido para que pudiera ver el tanga reluciente que llevaba puesto.

Sus ojos relampaguearon.

—Solo por ti. Con gusto.

—Más te vale.

Tres horas más tarde, me muero porque me arrastre a un rincón oscuro para suplicarle que me folle, pero primero tengo que encontrarlo en este mar de gigantes con máscaras de Mardi Gras que hacen juego con sus brillantes trajes hechos a medida.

Saludo con la cabeza y sonrío, y agradezco el hecho de llevar una máscara para que nadie vea que estoy a punto de alcanzar el orgasmo. Me paso la siguiente media hora buscándolo sin parar mientras me atormenta.

¿Dónde coño se ha metido? Cuando lo encuentre, lo mato.

V está montando guardia junto al ascensor, también con una máscara. Ha pedido ese puesto para poder vigilar la cocina y a Odile. No sé muy bien qué se cuece ahí, pero demuestra un afán protector en cuanto a ella se refiere. La verdad, me alegro de comprobar que es capaz de sonreír, sobre todo porque no he vuelto a oírlo hablar.

—¿Dónde coño está mi marido? —le pregunto al oído.

Señala hacia abajo.

—¿En mi despacho?

V asiente con la cabeza.

Qué cabrón más retorcido.

Bajo en el ascensor, pero se detiene en la primera planta antes de llegar al sótano.

En el mostrador de recepción, Temperance está discutiendo con un hombre alto y corpulento, explicándole la norma de no entregar las llaves del coche.

—¿Te encargas tú? —le pregunto al tiempo que mantengo abiertas las puertas del ascensor.

Temperance se vuelve para mirarme mientras el hombre la fulmina con la mirada.

—Claro, jefa. Este se gana la vida practicando un jueguito. Nada que vaya a darme problemas.

El hombre resopla por la nariz con fuerza, y se me pasa por la cabeza salir del ascensor para calmar los ánimos, pero el juguete que llevo dentro cobra vida de nuevo. Me aferro a la barra metálica que hay dentro del ascensor para mantener el equilibrio.

Me recuerdo que Z también está fuera. «No le va a pasar nada —me digo—. ¿Qué puede pasarle?»

Pulso el botón para cerrar las puertas y empiezo a dar golpecitos en el suelo con la punta del pie mientras el ascensor baja hasta el sótano.

A medida que me acerco a mi despacho, oigo pasos procedentes del interior, y recuerdo la segunda noche que Lachlan Mount me cambió la vida. Abro la puerta de golpe y miro hacia el círculo de luz que surge desde mi mesa.

—¿Qué quieres? —le susurro—. ¿A qué has venido?

Se pone en pie y sus gruesos dedos se abrochan el botón de la chaqueta mientras su cara sigue oculta entre las sombras.

—Tiene una deuda conmigo, señora Mount, y he venido a cobrarla.

Fin

Visita [www.meghanmarch.com/#!/newsletter/cluhp](http://www.meghanmarch.com/#!/newsletter/cluhp)  
para suscribirte a mi boletín de noticias  
y no perderte un solo anuncio  
acerca de mis proyectos futuros, novedades editoriales,  
ofertas, avances exclusivos y sorteos.

## Agradecimientos

Supe que la historia de Mount y de Keira era especial cuando Mount asaltó mi cerebro en octubre de 2018 y se quedó allí. Era exigente. Dominante. Abrumador. Cuando por fin le tocó el turno, puso mi mundo patas arriba al desatar una historia más épica de lo que yo me imaginaba siquiera. En cuestión de tres días, mientras esbozaba la historia, comprendí que jamás podría contenerla en un solo libro. Volqué el corazón, el alma y todas las emociones descarnadas que tenía en este proyecto, y casi me destrozó. Tengo una cosa clara: no podría haberlo hecho sola. Cada libro necesita de una comunidad, pero este ha necesitado un ejército.

Aunque suelo dejarlo para el final, tengo que darle las gracias a mi increíble hombre por mantenerme de una pieza mientras me desmoronaba por la falta de sueño, el estrés de no llegar a la fecha de entrega y los giros inesperados de una de las tramas más intensas que he escrito. Es mi mayor animador y mi mayor fuente de fuerza. Gracias, JDW, por todo lo que haces. Te quiero muchísimo.

Angela Smith: ¡Uf! Bordamos lo que parecía una misión imposible. Gracias por acompañarme a cada paso del camino mientras me abría paso por la historia. Eres una mujer increíble y doy las gracias por tenerte en mi equipo y por ser una gran amiga.

A mi JLL Crew: Me echasteis el mayor sermón del mundo, sobre todo Mo, para que apretara los dientes y terminara el libro cuando creía que podría conmigo. Jamás de los jamases podemos perder el contacto. Os quiero a todos.

Pam Berehulke: Como siempre, eres la calma en medio de la tormenta que es mi agenda. Te pido de rodillas que nunca dejes de hacer lo que haces. Me encanta trabajar contigo en todos los proyectos en los que nos embarcamos. Muchísimas gracias por tu atención a los detalles y por tu gran profesionalidad.

Danielle Sanchez: Incluso cuando las musas me llevan a alterar todos nuestros planes, te adaptas y cambias tan rápido como yo. Muchas gracias por tu apoyo, por tus ideas y por tus ánimos.

Jamie Lynn: No tengo palabras para agradecerte que me mantuvieras cuerda y que defendieras el fuerte mientras yo desaparecía en las profundidades de mi cueva de escritora. Tengo mucha suerte de contar contigo en mi equipo ¡y me muero por ver adónde vamos a continuación!

Kim y Natasha: Gracias por ser unas lectoras beta increíbles y por ayudarme a que la historia de Mount y de Keira fuera todo lo que yo esperaba. Vuestro tiempo es un regalo que valoro más de lo que os imagináis.

Julie Deaton y Michelle Lim: ¡Sois mis correctoras infalibles! ¡Gracias por vuestro ojo avizor y por vuestra impresionante rapidez!

Letitia Hassar: Cuando una portada se convirtió en tres, bordaste unos diseños maravillosos. ¡Gracias por tu creatividad y tu habilidad!

Sara Eirew: ¡Muchísimas gracias por capturar las imágenes perfectas para esta trilogía!

## Nota de la autora



### ROMANCE SEXY SIN EXCUSAS

Me encantará saber de ti. Ponte en contacto conmigo en:

Sitio web: [www.meghanmarch.com](http://www.meghanmarch.com)

Facebook: [www.facebook.com/MeghanMarchAuthor](http://www.facebook.com/MeghanMarchAuthor)

Twitter: [www.twitter.com/meghan\\_march](http://www.twitter.com/meghan_march)

Instagram: [www.instagram.com/meghanmarch](http://www.instagram.com/meghanmarch)

***Deseo* es la tercera entrega de la «Trilogía Mount», la saga *best seller de The New York Times* con más de 200.000 ejemplares vendidos en Estados Unidos.**



«Siempre conservo lo que me pertenece. Y eso incluye a Keira Kilgore.

Pero ya no me basta con que sea parte de mi deuda, con poseer su cuerpo.

Quiero algo más. Quizá intente resistirse, pero jamás renunciaré a Keira.

Nada nos separará. Ni ella ni mis enemigos. Nadie.

Solo hay un modo de que pague su deuda: con su corazón.»

Cuando Keira resulta herida, Mount jura no detenerse ante nada para salvarla y vengarla. Aquellos que al atacarla intentaron hacerle daño a él, pagarán con su vida. Pero Keira tiene el mismo afán de venganza que Mount. Ella también quiere que paguen aquellos cuya intención era perjudicar al hombre al que -ya no puede negarlo- ama sin remedio. En sus pasiones y en sus deseos, Keira y Mount han encontrado el camino que ha de mantenerlos unidos. Siempre y cuando sus enemigos no acaben con su historia de amor.

**Meghan March** es conocida por llevar pintura de camuflaje en la cara y correr por el bosque calzada con unas botas llenas de barro sin abandonar su perfecta manicura. También es impulsiva, fácil de entretener y no tiene reparos en admitir que le encanta leer y escribir obscenidades.

En sus vidas anteriores trabajó con piezas de coches, vendió lencería, hizo joyas por encargo y ejerció el derecho empresarial. Escribir libros sobre machos alfa malhablados y mujeres fuertes y descaradas capaces de postrarlos de rodillas es el trabajo más fabuloso que ha tenido nunca.

Le encanta que sus lectores le escriban a:

*[meghanmarchbooks@gmail.com](mailto:meghanmarchbooks@gmail.com)*.

Título original: *Sinful Empire*

Edición en formato digital: febrero de 2019

© 2017, Meghan March

Publicado por acuerdo con Bookcase Literary Agency

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2019, Ana Isabel Domínguez Palomo

y María del Mar Rodríguez Barrena, por la traducción

Adaptación de la portada original de Red Press: Penguin Random House Grupo Editorial

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17664-09-1

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

megustaleer

## Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

# Índice

Deseo

Acerca de este libro

1. Mount

2. Keira

3. Keira

4. Mount

5. Keira

6. Mount

7. Keira

8. Mount

9. Keira

10. Mount

11. Keira

12. Keira

13. Mount

14. Keira

15. Mount

16. Keira
17. Keira
18. Keira
19. Keira
20. Mount
21. Keira
22. Mount
23. Keira
24. Keira
25. Mount
26. Mount
27. Keira
28. Mount
29. Keira
30. Mount
31. Keira
32. Mount
33. Keira
34. Keira
35. Mount
36. Keira

37. Mount
38. Keira
39. Mount
40. Keira
41. Mount
42. Keira
43. Mount
44. Mount
45. Keira
46. Keira
47. Mount
48. Keira
49. Keira
50. Mount
51. Keira
52. Mount
53. Keira
54. Keira
55. Mount
56. Keira
57. Mount

58. Keira

Agradecimientos

Nota de la autora

Sobre este libro

Sobre Meghan March

Créditos